LA ÚLTIMA VEZ QUE LO VIO

Cristina Gumuzio



Esta novela está dedicada a mi familia; mi marido, Rafa, y mis hijas: Natalia, María y Ana. A mis hermanas, mis sobrinos, cuñados y amigos.

También está dedicada a mis lectores beta que leyeron con entusiasmo el manuscrito. Entre ellos, en especial, a Fernando Losada, allí donde estés.

A mis queridos lectores que tanto me animáis con vuestros comentarios.

PREÁMBULO

Unos nubarrones grises ocultaron el sol mientras el cielo se rompía en una inmensa tromba de agua. Los truenos sonaban en la lejanía acompañando a los relámpagos. La lluvia, tan ansiada por la intensa sequía que asolaba gran parte del planeta, chocaba con furia contra todo lo que encontraba.

La luz se fue de la casa; era habitual cuando había tormenta.

Mía se acercó a la ventana de la cocina. El espectáculo afuera era dantesco: el nivel del agua ascendía sobre el césped con rapidez.

Llamó a Adam. No hacía mucho que ella le había enviado el mensaje: «Os fuisteis hace un par de horas. ¿Todo bien?».

El móvil de su marido le devolvió un mensaje anunciando que estaba apagado o fuera de cobertura.

Volvió a llamarlo una y otra vez. No entendía por qué no contactaba con ella. La situación era tan grave como para imaginar lo preocupada que estaría por ellos. Pero sabía que Adam era así, un espíritu libre que manejaba las cosas a su manera.

El nivel del agua no dejaba de subir. Si la lluvia continuaba cayendo de aquella manera, enseguida inundaría el porche y entraría en el interior. La piscina se había desbordado y el agua corría libre inundando el jardín.

Mía temió que ocurriese lo mismo con la riera: atravesaba el resort y se encontraba a pocos metros de la casa.

Los pronósticos meteorológicos de los últimos días no se habían equivocado, habían alertado de tormentas extremas por la zona a finales de agosto. El verano había sido demasiado caluroso, el agua de la piscina no había bajado de los 32 °C y la del mar había rondado los 30 °C.

Otro día hubiese agradecido que lloviera, pero no ese, cuando faltaban escasas horas para emprender el viaje de

regreso a Suiza. Era el último día de vacaciones, su marido y sus hijos habían salido a realizar los últimos recados. Al anochecer se pondrían en camino; así evitarían las largas colas que se formaban en la frontera entre España y Francia.

El móvil le temblaba en las manos y no acertó a marcar los botones con facilidad. La masa de agua que inundaba por momentos el jardín estaba a un paso de entrar en la casa.

Una violenta tromba de granizo arreció contra la fachada e hizo añicos los cristales de varias ventanas. Era como si el cielo estuviera a punto de caer sobre la tierra. Enormes trozos de hielo destrozaban lo que iban encontrando en su camino. En cuestión de segundos, la hierba quedó cubierta por una masa blanca que se desplazaba de un lado a otro y le daba un aspecto fantasmagórico al jardín.

El agua era incontenible, el cristal de la puerta que daba al porche se había roto y entraba a raudales. Mía sintió que se le mojaban los pies. Corrió hacia las escaleras. Era inevitable lo que estaba a punto de suceder. Se detuvo en la entrada para poner a salvo el equipaje, que se encontraba apostado junto a la puerta, pero una corriente de agua la hizo desistir; traía con ella ramas, una silla del jardín, un balón…

Una vez en la planta de arriba, iluminó con la linterna del móvil los peldaños inferiores; el agua iba subiendo de nivel con rapidez. El aire arremolinado recorría el interior de la casa y la obligó a reaccionar. Corrió hacia las escaleras que conducían a la planta del tejado y accedió al pequeño espacio que comunicaba con la terraza exterior.

A través de las ventanas, intentó divisar hasta dónde había subido el nivel del agua, pero le resultó imposible calcularlo. Qué diferente le resultó ahora aquel mismo escenario en donde Adam le había dado un abrazo inesperado antes de subir al coche. Los niños se mostraban felices de ir con su padre de compras; les había prometido llevarlos al pueblo después de pasar por la cooperativa de Cambrils. Las

calles cercanas al puerto estaban llenas de tiendecitas y ellos siempre conseguían que les compraran algo.

En la retina de Mía permanecía grabada la última imagen que tenía de sus hijos antes de cerrar la puerta corredera del jardín: Lea y Thomas movían las manitas y se despedían de ella con una sonrisa desde el interior del coche.

Mía volvió a llamar a su marido, pero Adam seguía sin contestar.

CAPÍTULO I

La lluvia cesó, el vendaval había parado y la temperatura empezó a subir. Las bolas de granizo tapizaban el suelo de la terraza del tejado. Con cuidado de no tropezar, Mía se asomó a la barandilla en busca de señales entre los vecinos. Al igual que su casa y el hotel del resort, las casas de alrededor estaban sin luz. Algunos vecinos se encontraban en las terrazas superiores: gritaban pidiendo ayuda y agitaban las linternas de los móviles.

El sonido procedente de la riera era atronador. El nivel del agua había subido más de un metro y la riera se había convertido en una cascada donde el agua de la montaña bajaba a toda velocidad a su encuentro con el mar.

En medio de la oscuridad de la noche, Mía temió lo peor: la falta de noticias de su familia la enloquecía. Allí mismo, bajo aquel cielo estrellado, había cenado con Adam y los niños aquel verano, o jugado a algún juego de mesa.

Adam y ella habían decidido comprar la casa algunos años antes, cuando llevaban pocos meses viviendo juntos. Durante las primeras vacaciones que disfrutaron en el hotel del resort se enamoraron del lugar; era el sitio perfecto para desconectar del mundo. Se trataba de un pequeño poblado con casas individuales del mismo estilo, rodeadas de amplios jardines y situado al borde del mar.

La entrada de un WhatsApp la sacó de su estupor; era Adam, decía que los tres estaban bien. A pesar del alivio, Mía lo llamó.

—¿Por qué no contestabas? Estaba angustiadísima. ¿Cómo están los niños?

—A ver, tranquila, están bien —replicó él en un tono áspero—, la tormenta nos ha pillado cuando bajábamos de la cooperativa, y no podía conducir y escribirte a la vez, y luego no había cobertura.

—¿Dónde estáis?

—En el Caliu, el bar de la tortilla.

—¿En la parte alta del pueblo? —dijo Mía.

—Sí. Nos hemos refugiado aquí.

—¿Por qué no habéis vuelto a casa?

—La riera se ha desbordado y la carretera estaba inundada. Era imposible llegar. Además, hemos estado varias horas parados: ha habido un par de accidentes.

—No sabes lo mal que lo he pasado pensando que os había ocurrido algo.

—¿Cómo está la casa? ¿Ha llegado el agua? Con la riera tan cerca…

—La casa está bien, Adam —replicó Mía—. Y yo también.

—Venga, Mía, no seas así.

—El agua ha inundado la planta baja. Pero no puedo ver bien lo que ha pasado, la casa y todo el resort están sin luz. —Mía se quedó callada, intentaba contener el enfado que sentía hacia su marido—. Adam, ¿qué vamos a hacer?

—Tranquilízate y quédate en la planta de arriba. Ahí no te va a pasar nada. Nosotros no podemos salir del bar. La calle parece un torrente y no se puede circular por las carreteras.

—¿Cómo están los niños? ¿Muy asustados?

—Están viviendo una aventura, ya sabes cómo disfrutan cuando jugamos a imaginar situaciones. Eso es lo que estoy haciendo para que estén tranquilos.

—Pásamelos, quiero hablar con ellos.

—Ahora están en la cocina ayudando a la mujer de Pere a pelar patatas. Te llaman en un rato.

—¿Dónde vais a dormir?

—Pere nos deja pasar la noche aquí —dijo Adam—. Ha habilitado la planta superior del bar.

—No sabía que tenía una planta de arriba. ¿Hay mucha gente con vosotros?

—Bastante.

—¿No hay riesgo de que entre agua?

—Tranquila, Mía. —Adam suspiró—. Ha dejado de llover y estamos seguros. Métete en la cama y trata de dormir. Mañana volveremos a estar juntos. O vamos nosotros hacia allí o vienes tú. Lo que veamos que sea más fácil. Estamos al lado del mar, no creo que tarde en retirarse el agua.

—Te voy a hacer caso, pero que me llamen los niños cuando acaben de pelar las patatas. Quiero hablar con ellos antes de acostarme. Y, por favor, estate atento al móvil por si te llamo.

—Que sí. —La voz de Adam estaba empezando a parecer hastiada por sus preguntas—. Te llamamos enseguida. Una cosa: aunque no haya luz en la casa, pon a cargar el móvil, suele quedar algo de energía residual. Y no lo uses si no es estrictamente necesario, es importante mantener la batería. Yo voy a hacer lo mismo. ¿De acuerdo?

Adam era su brújula, siempre al tanto de todo. Siete años mayor que ella, gozaba de una experiencia de la que Mía carecía. Era su gran amor, del que tanto dependía. Haber escuchado su voz le hizo contener el impulso de llamar a sus padres y a su amiga Emma. Iba a seguir sus consejos y mantener el móvil con batería. A esas horas sus padres y su amiga estarían viendo lo sucedido en las noticias. Les envió un escueto mensaje poniéndolos al corriente de la situación y quedó en avisarlos cuando volviese la luz.

Se acostó en la cama e intentó tranquilizarse con la esperanza de que las palabras de Adam la ayudarían a conciliar el sueño, pero un cosquilleo le recorrió el cuerpo.

Pasaron un par de horas y Adam no le devolvió la llamada prometida. La angustia por no poder hablar con los niños la consumía. La pantalla seguía sin novedades: no había llamadas perdidas ni mensajes de WhatsApp. Tampoco había confirmación de que Adam hubiese recibido sus mensajes; solo aparecía un *tick*, no los dos. Quiso imaginar todo tipo de situaciones para disculparlo: se habría quedado sin batería o no tendría cobertura, pero nada de lo que conjeturaba la

hacía sentirse mejor. Manejaba mal las situaciones de estrés desde niña. Una sensación de pánico la invadió, por su mente desfilaron todo tipo de pensamientos catastróficos.

El sueño la venció de madrugada.

Los primeros rayos de sol la hicieron regresar a la realidad. El móvil continuaba mudo, sin noticias de su marido.

Se levantó de la cama con la intención de bajar a la planta inferior, pero la visión desde las escaleras la dejó sin aliento. El nivel del agua llegaba a los marcos inferiores de las ventanas.

Volvió a subir a la terraza del tejado. Hasta donde le alcanzaba la vista, la zona baja del resort estaba inundada. Su primera idea fue acercarse al hotel a refugiarse, pero la descartó al divisar cómo bajaba el agua por la riera. Era impensable atravesarla a pie.

A lo lejos, oyó unas voces.

—*Help, help*[1].

Mía agitó los brazos desde la terraza.

—¡No puedo ayudarles! —gritó—. ¡Estoy sola!

De uno de los cajones del armario donde guardaban la ropa de deporte, sacó su mejor bañador de competición. La natación era su deporte favorito, había ganado varios trofeos que decoraban las estanterías del salón. Se calzó con unas botas de montaña viejas y se anudó el pelo en una coleta alta. En la mochila impermeable que solía llevar a las excursiones acuáticas, metió algo de ropa: unos *shorts* y una camiseta de tirantes para cuando llegase a la zona no inundada; un bolsito de lona con la documentación, la tarjeta de crédito y el móvil.

Antes de bajar las escaleras, Mía se abrochó la cincha de la mochila a la cintura y ajustó los laterales.

[←1] Del inglés: ‘Ayuda, ayuda’.

CAPÍTULO II

La planta baja se había convertido en una charca oscura donde diferentes objetos flotaban por todos lados: los peluches preferidos de los niños navegaban boca abajo como los ahogados, las chancletas de dibujos de Thomas, restos de plantas procedentes del jardín, un cuento que había elegido Lea para el viaje…

Excepto los sofás que había enfrente de la televisión y la pesada mesa de madera del comedor, que se mantenían firmes en su sitio, el resto de los muebles se habían desplazado. El agua, revuelta y de un color marrón oscuro, no la invitaba a adentrarse, pero su mente no dejaba espacio para las dudas: tenía que encontrarse con su familia.

Introdujo una pierna y luego la otra, caminó con dificultad por el suelo lleno de barro y de cristales. El granizo había roto las ventanas. Las botas de montaña le permitieron dar unos pasos firmes y seguros, y los relucientes rayos del sol que se colaban por las ventanas le iluminaron el camino.

Antes de abandonar la casa, entró en la cocina en busca de comida; no había ingerido nada desde el día anterior al mediodía. Apesadumbrada, contempló el jardín desde la ventana. Las sillas del porche flotaban cerca de la piscina, la sombrilla se había roto y trozos de madera se movían entre las plantas empujados por la corriente. La barbacoa que tanto adoraba Adam había sido arrastrada de su sitio.

Abrió con dificultad la puerta corredera que daba al porche y una masa de agua y barro entró en la casa. Se hizo paso como pudo en medio de aquella riada que le cubría dos palmos por encima de las rodillas. A pesar de su estatura media y su bajo peso, tenía una musculatura potente y más energía de la que aparentaba. Adam solía decirle que tenía el cuerpo de una atleta. Esto contrastaba con la dulzura de sus facciones: ojos azules, pelo rubio ceniza y suavidad de carácter.

Lo más complicado fue descorrer la puerta de la cancela que daba a la calle. La presión del agua desde el otro lado de la valla lo impedía. La casa se encontraba cercana a la riera y la travesía se había convertido en un río cuya agua bajaba libre en dirección a la playa.

Se incorporó a la corriente; sorteando los coches atravesados en la calle, los restos de las vallas de las casas vecinas. A duras penas caminó envuelta en aquella marea color chocolate.

Mía se cayó en dos ocasiones y tuvo que esforzarse por levantarse y mantener el equilibrio. Algunos vecinos le pedían desde las terrazas que regresara a su casa, pero no hizo caso; le podía la ansiedad por ver a sus hijos.

Al llegar a la calle que conducía a la parte alta del resort, se encontró con más dificultades. El agua corría cuesta abajo y tuvo que ir esquivando marcos de ventanas y ramas de árboles que arrastraba la corriente.

Gracias a su buena forma física consiguió llegar a la zona seca, donde encontró a un grupo de personas. A Mía, igual que a algunos de ellos, le temblaban las manos. Entre ellos había heridos, pero ninguna ambulancia o servicio de emergencias a la vista. Un hombre le preguntó si era sanitaria o tenía conocimientos.

—No, lo siento. ¿Qué ha pasado?

Una mujer sangraba de una herida en una pierna y se requería hacer un torniquete de urgencia.

—Se acaba de cortar con un cristal.

—¿Han avisado a emergencias?

—Sí —dijo el hombre—, pero deben estar ocupados atendiendo a la gente del pueblo.

—Voy a ir hacia allí caminando. Puedo acercarme a la Policía o al centro de salud para dar el aviso.

—Acaban de ir un par de vecinos en busca de ayuda, pero, si encuentra algún sanitario por el camino, pídale que venga.

Y tenga cuidado, han avisado de que la carretera está cortada en varios puntos por la caída de árboles.

—Gracias —dijo Mía—, voy a tener cuidado.

Mía ajustó las cinchas de la mochila y siguió el camino.

A su paso fue encontrando más obstáculos. Los destrozos ocasionados por la tormenta eran incuantificables. El cambio climático llevaba años modificando la vida en el planeta. Las estaciones se habían modificado y se intercalaban situaciones de sequía extrema con tormentas que provocaban grandes inundaciones y desastres. En España, la costa de Levante era la más afectada.

La tormenta dejó paso a un día radiante: el sol brillaba con fuerza. A medida que avanzaba la mañana, la temperatura era más elevada. El calor, la humedad, el peso de las botas de montaña empapadas de agua le entorpecían el paso.

El sonido del móvil la detuvo. Su corazón palpitó acelerado. No pudo disimular la decepción en su voz al comprobar que era su madre quien estaba al otro lado de la línea.

—Ayer nos escribiste que no te llamásemos, para no gastar la batería, pero entiéndeme, Mía, tu padre y yo estamos muy preocupados. En las noticias han mostrado unas imágenes impresionantes. ¿Estáis todos bien?

—Espero que sí —respondió Mía—, pero todavía no nos hemos encontrado. Adam y los niños estaban de compras cuando comenzó la tormenta y tuvieron que refugiarse en un bar. Voy caminando hacia el pueblo.

—¿Adam no te ha llamado?

—No he tenido noticias suyas desde que hablamos ayer por la noche. Me imagino que se habrá quedado sin batería, llevamos desde ayer sin luz.

—Ah, claro —dijo la madre—, no había pensado en eso. Seguro que están bien. Llámanos cuando los encuentres. Y ten cuidado, hija, solo de pensar que estás sola y que…

Mía tuvo que hacer un gran esfuerzo por no contarle a su madre el miedo que sentía por la falta de noticias de Adam. No entendía aquella actitud en su marido, podía haber pedido el móvil a alguien.

Al llegar al pueblo, la asaltaron las dudas. Le preocupaba que Adam hubiese regresado a la casa por la otra carretera y se demorase el encuentro. No veía la hora de encontrarse con sus hijos.

Se afanaba en observar las ramas que cruzaban por su lado: árboles hechos pedazos.

La zona antigua de Cambrils se encontraba en la parte alta y no estaba inundada. Solo unos charcos dispersos, señales de tráfico volcadas, botellas y plásticos ocupaban la calzada.

Cuando llegó al bar, encontró a Pere retirando con una escoba el barro de la entrada. El propietario estaba tan concentrado en su labor que, en un primer momento, no le prestó atención.

—Buenos días, Pere. Vengo en busca de mi familia. Mi marido me dijo anoche que se quedaban a dormir aquí. ¿Dónde están?

El hombre levantó la vista y la observó sorprendido. Su rostro estaba colorado y unas profundas ojeras delataban la falta de horas de sueño.

—No, mujer, ¿cómo le iba a decir eso?

—¿Qué? —replicó Mía, sorprendida.

—Aquí no se podían quedar. El local es pequeño y había mucha gente intentando refugiarse.

—¿Y a dónde fueron?

—Su marido se marchó hacia las diez y dejó a Mari Pau al cuidado de los chicos. Comentó que usted vendría a por ellos por la mañana.

—¿Adam se marchó? ¡No me lo puedo creer! ¿Dónde están mis hijos?

Pere apoyó la escoba contra la pared y se compadeció de ella.

—Han habilitado una sala en el ayuntamiento para acoger a gente que no podía llegar a su casa o se había perdido. Cuando paró de llover, mi hijo llevó a los chicos al ayuntamiento.

—No entiendo nada. —Mía comenzó a marearse—. ¿Qué pudo pasar para que mi marido dejase a los niños? ¿Hubo un accidente o algo que lo obligase a abandonar el bar?

—Accidente, no, pero había mucho jaleo, no teníamos luz, la gente estaba nerviosa, el agua entraba por la puerta…

—Mis pobres niños estarán aterrados.

Pere, al verla tan pálida, sacó una silla para que se sentara y le ofreció una botella de agua.

—Esté tranquila por sus hijos, le doy mi palabra de que estaban bien. Su padre habló con ellos y luego se fueron contentos con mi hijo hacia el ayuntamiento.

La mujer del propietario se acercó a ellos.

—Lo vi hablando con el móvil —dijo Mari Pau— y lo oí decir a los chicos que tenía que hacer algo importante. Estaba yo delante cuando les pidió que se portasen bien y me obedecieran en todo. Estaban bien, esté tranquila.

—Voy corriendo a por ellos. Muchas gracias por cuidarlos y, si vuelve mi marido, díganle que nos volvemos a casa.

Derrumbada, se alejó del bar.

Mientras caminaba hacia el ayuntamiento, intentó comunicarse de nuevo con él. El mensaje automático informó que el número solicitado no existía.

—Cómo que… —musitó. Comprobó que la rellamada había marcado el número correcto.

Entró en el WhatsApp. La última conexión de Adam había sido después de la conversación con ella.

Por su cabeza pasaron cientos de cosas y todas la llevaron al mismo punto: no era capaz de imaginar qué había llevado a

Adam a actuar así, a dejar a los niños solos en medio de una tormenta e interrumpir su comunicación con ella.

CAPÍTULO III

Después de haber pasado las vacaciones de verano en Galicia visitando a la familia, los padres de Mía habían regresado hacía unos días a Suiza. Los dos eran hijos de emigrantes españoles, aunque habían nacido en Ginebra.

Mientras Mía esperaba en la cola que se había formado frente a la puerta del ayuntamiento, se lamentó por su mala suerte. De haber ocurrido la tormenta unos días antes, sus padres habrían viajado desde Galicia para acompañarla.

La mañana avanzaba y los rayos de sol caían sobre su cuerpo como lanzas de fuego: parecía imposible que unas horas antes hubiese llovido con semejante intensidad. Mía se retorcía las manos, contenía el impulso de gritar que le permitiesen saltarse la cola, que sus hijos estarían asustados, pero no se atrevió a pedirlo; el resto de la gente que formaba la cola tendría problemas similares a los suyos.

Llamó de nuevo a Adam. En realidad, no había parado de hacerlo. Su dedo presionaba la tecla de rellamada en un camino automático. Cuando se acababa el mensaje informando de número inexistente, lo volvía a intentar y lo volvía a intentar.

Era como si Adam se hubiese esfumado de la faz de la tierra.

Sonó el timbre del móvil. Aunque no era la llamada que esperaba, agradeció escuchar la voz de su amiga Emma en aquellos difíciles momentos. Emma y Mía se conocían desde la infancia. Habían ido a la misma escuela y desde entonces se trataban como hermanas, era lo que tenía que las dos fuesen hijas únicas. Al no tener hermanos con quienes compartir juegos y vivir a escasos metros, pasaban las tardes en una u otra casa haciendo los deberes o en el club practicando deporte.

Su amistad se había mantenido en la vida adulta, a pesar de que habían elegido carreras universitarias diferentes.

Emma había seguido los pasos de su padre y se había convertido en una bióloga apasionada por la investigación. Trabajaba en un importante laboratorio farmacéutico. Mía se había decantado por las lenguas y se graduó en Filología. Tenía facilidad para los idiomas, y el motivo por el que había elegido la profesión de traductora, se debía en parte a la cantidad de lenguas que había aprendido durante su infancia: español, gallego, alemán, francés e inglés.

El llevar vidas personales diferentes tampoco las había distanciado. Mía estaba casada y con dos hijos mientras que Emma continuaba soltera. Mía solía animarla a que buscase un novio, pero Emma se resistía alegando que todavía no había encontrado a su media naranja y, por el momento, su trabajo como científica la mantenía demasiado ocupada. Algunos fines de semana, cuando Adam estaba de viaje, hacían planes juntas. Su amiga disfrutaba mucho con Lea y Thomas, que la llamaban tía Emma.

—Acabo de leer tu mensaje de anoche y he visto las noticias. Las imágenes que han retransmitido en la televisión son terribles. ¿Estáis bien? ¿Ha entrado el agua en vuestra casa?

—Dame tu palabra de que no les vas a contar nada a mis padres —susurró Mía al micro—. No quiero asustarlos.

—Me estás asustando a mí. ¿Qué ha pasado?

—La tormenta pilló a Adam y a los niños bajando de la cooperativa de Cambrils, adonde habían ido a comprar aceite. Yo estaba en casa cerrando el equipaje. Íbamos a salir a las diez; ya sabes cuánto le gusta a Adam conducir de noche. Un rato después de que se marcharan empezó a llover tanto que daba miedo. En mi vida he visto una cosa igual. Se fue la luz y enseguida empezó a entrar agua en la casa.

—Pero si para acceder al porche hay que subir un par de escalones —la interrumpió Emma.

—Imagínate cómo llovía. Lo peor era que no conseguía hablar con Adam; no me llamaba y tampoco contestaba a mis

llamadas.

El tono de voz de Emma se volvió tembloroso:

—¿Les ha pasado algo? ¿Estás con ellos?

—No, y no sé cómo están. Estoy en una cola esperando para entrar en el ayuntamiento. Han habilitado unas salas para refugiarse de la tormenta.

—Mía, si tú has podido llegar al pueblo andando, ¿qué hacen Adam y los niños en el ayuntamiento?

—Todavía no te he contado lo peor. Cuando por fin conseguí hablar con Adam, me dijo que el propietario del bar donde se habían refugiado los dejaba quedarse a pasar la noche en la planta de arriba. Hace un rato he estado en el bar y el propietario me ha dicho que el bar no tiene ninguna planta arriba, así que Adam me mintió.

—No entiendo nada —dijo Emma—. ¿Por qué se inventaría esto? Quizá para tranquilizarte.

—No lo creo. Estoy en *shock*. Nunca habría imaginado que Adam fuera capaz de hacer algo así. No sé qué pudo haber más importante que cuidar de sus hijos. Emma, solo tienen tres y seis años, y los ha dejado solos en un bar en medio de una terrible tormenta. Lo que más me preocupa es que me mintiese, con lo de la planta de arriba del bar, y que le mintiese a Pere diciéndole que había quedado conmigo en que yo pasaría por la mañana a por los niños.

—Te conoce y se imaginó que lo harías.

—No es excusa. Además, el teléfono no está operativo. Al principio salía un mensaje informando que estaba fuera de cobertura, pero ahora dice que el número marcado no existe. Estoy aterrada, Emma. ¿Qué está pasando?

—No quiero ser indiscreta, y mucho menos en estos momentos tan delicados, pero ¿ha pasado algo entre vosotros?

—Qué va.

—Por pensar algo —dijo Emma—, igual se encontraba enfermo. ¿Has llamado al centro de salud?

—La verdad es que todo ha pasado tan rápido que no he pensado en eso. Después de ir a por los niños, me acercaré al más cercano. Lo que no entiendo es por qué el mensaje de telefonía informa que el número marcado no existe.

—Igual lo perdió y lo ha bloqueado.

—¿Bloqueado? ¿Para qué?

—Para que nadie acceda a la información. En el móvil llevamos *apps* de nuestros bancos y también información relevante que no queremos compartir.

—¿Cómo se puede hacer eso si no tienes el teléfono contigo?

Emma necesitó un instante para responder.

—¿Alguien le prestó el suyo y lo bloqueó en remoto?

Un sollozo amargo inundó la garganta de Mía y se echó a llorar. Emma añadió enseguida:

—Me quedan días de vacaciones para disfrutar. Voy a tomar un vuelo a Barcelona.

—¿Venir? Entonces crees que ha pasado algo grave, ¿verdad? —A Mía se le fue la vista hacia la entrada. Quedaban por delante pocas personas para que le tocase el turno.

—No, Mía, seguro que los niños están bien y Adam aparece en cualquier momento, pero aun así voy a ir… Vais a necesitar ayuda para retirar el agua y el barro de la casa.

Llegaba el turno de Mía, la persona que tenía delante acababa de ser atendida.

—Tengo que colgar. Te llamo en un rato.

El interior del ayuntamiento era un hervidero de gente que iba de un lado a otro. Tras identificarse a un funcionario y relatar lo sucedido, un agente le indicó que se dirigiera a una sala adyacente.

Al fondo de aquella sala, Mía encontró a sus hijos agazapados en un rincón. Habían sido pocas horas las que llevaban separados y se abrazaron como si hubiese sido una eternidad. Thomas no dejaba de temblar, aferrado a su cuello.

—Hemos pasado mucho miedo —protestó la niña—. ¿Por qué has tardado tanto en venir a buscarnos? Papi dijo que vendrías pronto.

—Cuando ayer hablamos por teléfono no me dijo que le pasara nada ni que yo viniese a buscaros… Llevo desde ayer llamándolo, pero no he conseguido hablar con él. ¿Por qué se fue del bar? ¿Os dijo qué le pasaba?

—Que tenía que hacer un recado —dijo Lea, y frunció el ceño.

—¿Pasó algo en el bar o notaste si se encontraba mal o…?

—No. Solo nos dijo que nos portásemos bien y obedeciésemos a Mari Pau. El hijo de Pere nos dejó aquí, no había luz y teníamos hambre.

—Seguro que algo os habrán dado. ¿A que sí, Thomas?

Thomas se frotó los ojos con sus manitas manchadas de polvo, saliva y mocos.

—*Tocolate*.

—Algo es algo. Venga, agarrad las mochilas, que nos vamos a casa.

—¿Y papá? —lloriqueó el niño con una voz ronca después de llevar horas llorando.

—Ahora vamos a ir a buscarlo.

Dio la mano a los niños y contuvo las lágrimas.

CAPÍTULO IV

La comisaría de los Mossos d'Esquadra de Cambrils se encontraba cerca del ayuntamiento. A pesar de la fatiga que mostraban los niños, Mía los animó a apretar el paso. La temperatura era cada vez más elevada y los chicos se quejaban de calor, de hambre, de cansancio, de la falta de noticias de su padre. Solo querían volver a casa, pero la vuelta se presentaba complicada. Con toda la planta inferior inundada, sería difícil vivir allí.

Una larga cola de gente esperaba a las puertas de la comisaría. Se escuchaban quejas de los diversos incidentes acaecidos después de la tormenta: robos, agresiones sexuales, asaltos a comercios…

Mientras esperaban su turno, Mía no conseguía poner fin a los lamentos de sus hijos. De eso siempre se ocupaba Adam, era uno de los roles que tenía en la familia. A veces, ella se sorprendía de que su marido se manejara con la habilidad de haber pertenecido a una familia numerosa.

—Chicos, tenéis que aguantar un poco. Cuando acabemos, iremos a comprar helado.

—¿Y si ha llegado el agua a casa? —insistió Lea, enfurruñada—. Seguro que se han mojado nuestros juguetes.

—Cuando lleguemos a casa, lo miraremos todo. Por favor, Lea, estás asustando a tu hermano.

—Con papá era mejor.

Mía se quedó fría.

—¿Qué has dicho?

—Nada —dijo Lea, y agachó la cara.

Una vez en el interior de la comisaría, un agente los atendió a través de una ventana blindada. Tras explicar brevemente la situación, pasaron a una pequeña sala de espera que estaba en penumbra. La luz no había regresado, solo la iluminaban los rayos de sol que penetraban a través

de un ventanuco. La sala estaba atestada de gente y tuvieron que acomodarse en los dos únicos asientos que quedaban libres. Mía los secó con un pañuelo de papel y pidió a los niños que mantuviesen los pies colgando de las sillas; el suelo tenía restos de barro y agua.

Después de unos minutos, otro agente la llamó para tomarle declaración. Mía se disculpó por entrar con los niños, pero no quería dejarlos solos.

El agente tecleó en el ordenador y dio comienzo a las preguntas. Los niños se agarraron con fuerza a las manos de su madre mientras miraban asustados de un lado a otro. El *mosso* estaba serio.

Mía le relató lo sucedido desde la noche anterior, la conversación con Adam y que no había podido volver a comunicarse con él.

—Por la información que tengo —dijo el policía—, la nacional 347 estaba abierta al paso. Tampoco coincide con lo que cuenta de que sufrieron retenciones por accidentes en la carretera que baja de la cooperativa. De cualquier forma, voy a ordenar que se realicen las comprobaciones pertinentes.

Mía se dirigió a los niños con un gesto implorante, pero ellos le devolvieron una mirada ignorante, inocente.

—Lea, papi me contó que os llevó un buen rato llegar al pueblo porque la carretera tenía retenciones. Dile al agente lo que pasó.

La niña levantó los hombros y Mía no supo interpretar si no lo sabía o si estaba protegiendo de algún modo a su padre.

—A ver, Lea. —El *mosso* se dirigió a la niña en un tono cansino—. Intenta hacer memoria sobre lo que ocurrió. Puede ayudarnos a encontrar a tu padre.

—Cuando salimos de la cooperativa, llovía muchísimo y papi dijo que no veía bien y que íbamos a esperar en la gasolinera hasta que parase. Yo me quedé dormida —respondió Lea, titubeante.

—¿Y tú? —preguntó el *mosso* al niño.

Thomas se refugió entre los brazos de su madre.

El agente perdía la paciencia.

—A ver, chicos, que estamos intentando encontrar a vuestro padre. Habéis sido muy valientes y estoy seguro de que vais a seguir siéndolo. Lea, intenta contarme qué ocurrió desde que salisteis de casa con vuestro padre. Paso por paso. Piénsalo tranquila.

La niña miró interrogante a su madre, que asintió para que colaborase con el agente.

—Antes de subir a la cooperativa, fuimos a Cambrils, a la calle de las tiendas, y papi nos compró camisetas y cuentos para colorear. Los tengo en la mochila, ¿se los enseño?

—No hace falta. Continúa. Lo estás haciendo muy bien.

—Luego subimos a la cooperativa y compramos lo que mami había puesto en la lista. Las garrafas de aceite que llevamos siempre a Ginebra, los botes de aceitunas que le gustan a Thomas, cajas de tomates pequeños y fuet.

—Perfecto. ¿Había empezado a llover mientras ibais a la cooperativa?

—No. Fue luego. Cuando estábamos poniendo las cosas en la cinta, se escuchó un ruido muy fuerte contra el techo. Yo me asusté mucho y Thomas se puso a llorar. La cajera nos dijo que el techo era de no sé qué y hacía ese ruido cuando llovía, pero que no pasaba nada.

—¿Qué pasó después?

—Papi nos pidió que lo esperásemos con el carro en la puerta y acercó el coche para que no nos mojáramos. Tomó a Thomas en brazos y nos subimos. Llovía muy fuerte y Thomas no dejaba de llorar.

—¿Y salisteis de la cooperativa con esa lluvia?

—Esperamos un rato, pero cada vez llovía más y papi dijo que había que bajar la cuesta.

—¿Se veía bien la carretera?

—No, por eso iba muy despacio y se metió en la gasolinera. La carretera estaba toda blanca.

—Claro, del granizo —apuntó el agente—. ¿Por qué no volvisteis a casa?

—No lo sé. Yo me quedé dormida. Era muy aburrido esperar en la gasolinera.

—¿Y tú, Thomas?

El niño no se mostraba dispuesto a colaborar y, lloriqueando, escondió la cabeza entre los brazos de su madre.

—Algo tuvisteis que ver —insistió el agente—. ¿Había algún accidente en la carretera o una caravana de coches?

—Cuando papi me despertó, estábamos en Cambrils —respondió la niña—. Ya había aparcado el coche.

—¿Os dijo por qué no habíais ido a casa?

—La carretera estaba inundada y no podíamos llegar.

—¿Te acuerdas en qué calle dejasteis el coche?

La niña meneó de un lado a otro la cabeza. No sabía el nombre de la calle, solo que estaba cerca del bar.

—¿Os dijo algo vuestro padre antes de marcharse?

Los dos niños negaron con la cabeza.

—¿Visteis si habló con alguien?, ¿lo llamaron por teléfono o se encontraba mal? —Lea estaba a punto de echarse a llorar y volvió la mirada hacia su madre a modo de súplica.

El agente dirigió a la niña una sonrisa fingida.

—Lea, lo estás haciendo muy bien. ¿Cuándo os bajasteis del coche fuisteis directos al bar o pasasteis por algún otro sitio?

La niña asintió con la cabeza. Tenía un carácter fuerte y enseguida recobró la compostura.

—Fuimos al bar y papi nos dejó a Thomas y a mí en la cocina ayudando a Mari Pau a pelar patatas para hacer tortilla. Bueno, yo, porque Thomas no sabe pelar. Papi se quedó en la barra hablando con la gente. Luego entró en la cocina y nos pidió que obedeciéramos a Mari Pau. Tenía que hacer algo importante y mami vendría a por nosotros.

El agente tecleó la declaración de la niña a gran velocidad. Luego realizó una llamada que no pudieron escuchar; hablaba bajito mientras se cubría la boca con la mano.

Los niños se revolvieron y movían nerviosos las piernas. Los ojos del niño contemplaban a la madre, evitaban al agente.

—¿Qué, Thomas? —preguntó ella.

El niño le susurraba algo con aquella mirada.

—¿Qué te pasa? Dime.

Thomas se chupaba los dedos, inquieto.

—Thomas, qué.

El pequeño respondió al fin, en un hilo de voz.

—Vámonos.

—Solo los voy a retener unos minutos más —dijo el *mosso* —. Me voy a comunicar con el centro de salud. Hola, *bon día*, *escolti* —saludó a través del aparato—, quería saber si está registrado un señor llamado Adam Jones. Treinta y tantos años, metro ochenta, muy delgado, rubio. Se presume que pudo acudir hacia las diez de la noche, solo o acompañando a alguien. Si puede preguntar… De acuerdo, *moltes gràcies*.

Mía agarró la mano de su hijo y trató de consolarlo. La mirada del niño transmitía miedo.

—Lo siento, señora —dijo tras colgar—. No hay ningún registro a nombre de su marido en el sistema sanitario. De haber acudido a algún centro de salud, aparecería en el ordenador. Quizá acompañó a alguien, pero eso no queda registrado. Ahora que lo pienso, no había luz; los ordenadores estarían apagados. Y tampoco creo que haya registros escritos a mano, bastante tendrían con atender a las múltiples situaciones de urgencia. Voy a ordenar que se revisen las cámaras del centro de salud y de la calle donde está situado el bar y los alrededores. Pero, al no haber corriente, quizá tampoco funcionaban.

Mía asentía con los ojos abiertos de par en par mientras escuchaba lo que decía el agente. Agachó la cabeza y apretó la

mano de su hijo.

—Le sugiero —añadió el agente— que vuelva a casa con sus hijos y espere a recibir mi llamada. Voy a ordenar que se inicie la búsqueda de su marido. Las primeras horas son fundamentales en una desaparición. Necesito que me envíe alguna de las fotografías que me acaba de mostrar y cualquier detalle que se le ocurra por muy insignificante que le parezca: una cicatriz, una marca de nacimiento, un tatuaje… Y, si se pone en contacto con usted, llámeme de inmediato. Aquí tiene mi tarjeta con los datos.

—La casa está inundada —replicó Mía—. No sé si prefiero volver al ayuntamiento.

La niña le tiró de la manga.

—A casa, mamá.

Los niños no tenían ninguna gana de volver a aquel lugar tan ruidoso y lleno de desconocidos, de modo que Mía se guardó la tarjeta del *mosso* y suspiró.

De camino al resort, un fatal presentimiento la perseguía. Apenas habían pasado unas horas desde que había visto a su marido por última vez. La hipótesis que había planteado su amiga Emma sobre la posible pérdida del móvil no se sostenía. Adam podría haber pedido uno prestado para hacer una llamada de emergencia. Tampoco aceptaba la presunción del agente de policía sobre un posible accidente. En la comisaría no tenían constancia de ello, aunque lo iban a investigar.

Para ella era evidente que había algo oscuro por detrás de esa historia, pero era incapaz de imaginar de qué se trataba.

Durante el trayecto a casa, los niños se fueron quejando de cansancio, de hambre, de sed; también de tener que cruzar enormes charcos y mancharse los pies de barro, ya que iban en chancletas. No entendían por qué no podían hablar con su padre e insistían a su madre para que lo llamase por teléfono.

El resort se encontraba a unos metros del mar, lo que iba a facilitar la retirada del agua. Al descender por la calle que

bajaba a la casa, comenzaron los problemas. Thomas se puso a llorar despavorido; se negaba a caminar en medio de aquella corriente turbia. Mía tomó al niño en brazos y tuvo que agarrarse a Lea para no perder el equilibrio. Era difícil caminar en aquellas condiciones y la caída fue inevitable; madre e hijo de bruces sobre el asfalto, impregnados de aquella agua chocolatada y fangosa. Ante los escandalosos llantos del niño, Mía intentó trivializar la situación, pero era difícil; además del golpe, estaban llenos de barro.

Lea gritó enfadada a su hermano mientras los miraba con una actitud altiva. Mía solía preguntarse de dónde había sacado su hija aquel carácter. Cierto era que no conocía a la familia de Adam.

—Hija, no sé de dónde sacas ese genio. Tiene que ser de la familia de tu padre, de verdad te lo digo, porque de la mía no es.

Entre tropiezos y resbalones, alcanzaron por fin la calle donde se encontraba la casa. La puerta corredera del jardín se encontraba en parte abierta, tal y como la había dejado al salir. La descorrió por completo. De esa forma pensó que se facilitaría la salida del agua.

Una vez en el jardín, Mía observó que no había muestras de que Adam o alguien hubiese entrado en la casa. No obstante, gritó varias veces su nombre y los niños se sumaron a las voces: «¡Adam!», «¡Papi!», «¡Papá!». Pero nadie apareció en el porche ni se asomó a las ventanas.

Un charco fangoso los separaba de la puerta. Mía animó a los niños a atravesarlo, pero se negaron.

—¡Por ahí no!

—Que no, que no.

Pero no había otra opción si querían entrar en la casa.

—Venga, sed valientes, en tres pasitos estamos en el porche.

Entre muecas de asco y aspavientos, al final cedieron. Al pasar al interior, la niña se puso a gritar enloquecida.

—Pero, mamá, ¿cómo has dejado que entre el agua? Mira las maletas. Están mojadas y manchadas de barro.

—Ayúdame a subirlas a la mesa. Seguro que a la ropa no le ha pasado nada.

Tuvo que contar hasta diez para no darle una mala contestación. Adam estaba en contra de ese tipo de reprimendas y siempre le pedía que se calmara. Se preguntó si era correcto ser tan condescendiente con aquella criatura indomable.

Lea se negó a ayudarla a subir las maletas a la mesa y corrió vociferando a su dormitorio, que estaba en la planta baja. Desde allí se escucharon sus gritos; todo estaba mojado, la colcha de la cama, la mesa, las patas de las sillas. El blanco de las paredes, hasta donde había alcanzado el agua, estaba coloreado por una capa marrón.

—Lea, deja eso y sube ahora mismo. Vais a daros un baño y a cambiaros de ropa.

La luz había vuelto, pero el calentador de agua no estaba en marcha. Mía dejó correr un rato el agua, que salía oscura, hasta que salió más clara y entonces los hizo darse una ducha, no el baño de espuma que les había prometido. El agua estaba fría y los niños no dejaban de tiritar, pero era necesario despojarse del barro que había impregnado sus cuerpos.

—Voy a subir algo de comer. Portaos bien.

Estaba agotada, le habría encantado meterse en la cama y olvidarse de todo. Pero sus hijos eran lo primero. Bajó a la cocina y se volvió a manchar los pies con el barro que impregnaba las baldosas. Abrió la despensa y tomó lo que encontró envasado, pero no había gran cosa: un bote de cristal lleno de galletas, un tarro de mermelada, latas de aceitunas y un par de botellas de agua mineral. La habían vaciado antes de su prevista vuelta a Suiza. Solo iban a Cambrils en las vacaciones de Semana Santa y el mes de veraneo.

El suelo estaba lleno de cristales y se hizo una herida en uno de los pies. Exclamó una maldición. Abrió uno de los cajones de la alacena, allí había material de botiquín.

—Tranquilos, no es nada —comentó cuando subió a reunirse con los niños—. La sangre es muy escandalosa. Que nos sirva esto de lección para no bajar sin las zapatillas de deporte.

—¿Cuándo va a venir papi? —preguntó Lea sin escuchar lo que acababa de decir su madre—. Llámalo.

—Lea, te lo he dicho varias veces. Tu padre ha debido perder el móvil. Vamos a tener paciencia y confiar en que vuelva pronto.

Se estaba haciendo de noche. Mía se asomó a la ventana del dormitorio y buscó con la mirada el hotel; se divisaban luces a lo lejos. La temperatura era agradable, así que propuso a los niños subir a la terraza del tejado a cenar. En aquel momento, las galletas que tanto les gustaban a los niños les parecían horribles. Querían cenar tortilla o pollo frito, lo que fuese que los llevase a su vida anterior.

A Mía le costaba soportar aquella situación. La sal de las anchoas en aceite se mezclaba en la penumbra con la de sus lágrimas. El miedo a haber perdido a Adam la consumía. Su mente no era capaz de concentrarse, se movía de un lugar a otro sin un objetivo determinado.

La ropa limpia y el haber llenado el estómago templó el ánimo de los niños, que se prepararon para ir al dormitorio de sus padres a ver la televisión. Pero el agua había afectado a partes de la instalación eléctrica y el aparato no funcionaba. De nuevo hubo protestas, llantos…

Sonó el móvil y los niños se pegaron a Mía mientras le preguntaban: «¿Es papá?». Pero en la pantalla aparecía el nombre de la abuela. Mía se puso tensa, no sabía qué le iba a contar a su madre.

—Hija, ¿qué está pasando? Llevas todo el día sin llamarnos y sin responder al teléfono, y estamos muy

preocupados. ¿Has encontrado a Adam y a los niños?

—¡Hola, abuelos! —gritó Lea; Thomas se le sumó con su lenguaje infantil—. Hemos pasado mucho miedo. Papi nos dejó solos en el bar y un chico nos llevó a una sala del ayuntamiento que estaba llena de gente.

—¡Qué locura es esa! Mía, ¿dónde está Adam?

—Niños, meteos en la cama, ahora voy.

Una vez a solas, subió a la terraza del tejado y les relató a sus padres paso por paso lo ocurrido.

—… y no consigo contactar con él.

—¿Qué vas a hacer? —El tono de su padre delataba una enorme preocupación—. Mañana nos subimos a un avión y vamos a ayudarte.

—Me ayudáis estando tranquilos. Ahora mismo no puedo pensar en otra cosa que no sea encontrar a Adam. Voy a acercarme al hotel, a lo mejor alguien lo ha visto o me ha dejado una nota.

—De acuerdo, ten cuidado —dijo la madre—. Solo de pensar que tienes que cruzar esa riera…

Cuando acabó la conversación, Mía volvió al dormitorio y les dijo a los niños que podían estar un rato hablando. Ella iba a acercarse al hotel para comprobar si alguien había visto a Adam.

—No bajéis para nada a la planta de abajo. Lea, me llamas si pasa cualquier cosa.

Tras asegurarse de que estaban bien, salió de la casa.

Atravesó a duras penas la riera; todavía bajaba agua y, en un par de momentos, estuvo a punto de tropezar y caer. Las vallas de las casas estaban afectadas y las calles llenas de restos de ramas, plantas, alguna silla, colchonetas y coches atravesados.

En la entrada del hotel había un ejército de operarios retirando el barro. Mía tomó una manguera y se limpió los zapatos antes de entrar en la recepción.

Stephan, el responsable de animación, salió a su encuentro.

—¿Todo bien?

—Vengo a preguntar por mi marido, si alguien lo ha visto o me ha dejado un recado. No sabemos nada de él desde ayer.

—Yo no lo he visto, pero ha habido mucho jaleo. Voy a preguntar en la oficina.

Stephan se acercó a una chica.

—Cindy, ¿ha visto alguien al señor Jones? —preguntó.

La respuesta era la esperada. Se cruzó con varias camareras que confirmaron que nadie lo había visto. Abatida, regresó a casa.

Los niños dormían abrazados a sus peluches. El edredón estaba revuelto, tenía manchas de chocolate y restos de trozos de galletas.

Mía se acurrucó junto a ellos. El contacto con sus cuerpos le hacía bien.

CAPÍTULO V

Unos fuertes bocinazos sacaron a Mía del mundo de los sueños. La manita de Thomas le rozó la cara mientras se desperezaba y preguntaba qué era ese ruido. Lea corrió a la ventana. Abajo, junto a la entrada, había un taxi con el motor encendido.

Una mujer vestida con un atuendo informal salió del coche.

—¡Es tía Emma! —gritó la niña—. Tía, tía.

La recién llegada miró hacia arriba y gesticuló con las manos.

—Holaaa.

Thomas saltó de la cama y se puso de puntillas junto a la ventana. Casi no alcanzaba a ver el jardín.

El taxista sacó el equipaje del maletero y se ofreció a llevarlo hasta la casa. Las zapatillas de deporte de Emma, a medida que caminaba, se fueron hundiendo en una espesa alfombra de barro mezclada con cristales y restos de ramas. Habían pasado dos días desde la tormenta y el agua se había retirado de las calles.

—¡Espera, bajo a ayudarte! —gritó Mía desde la ventana. El sonido de un mensaje que acababa de entrar en el móvil la sobresaltó: era de la comisaría de Cambrils—. Chicos, quedaos aquí. Lea, obedece. A partir de ahora, no te voy a tolerar más tonterías.

—¿Y qué me vas a hacer? —preguntó con sorna.

—No quieras comprobarlo. Ahora, estate quieta.

La niña agachó la cabeza y tomó a su hermano de la mano.

En el porche, las dos amigas se fundieron en un abrazo. Mía aprovechó para descargar sobre ella parte de la angustia contenida.

Entraron en la casa; en el descansillo de la planta superior las esperaban los niños, que se tiraron a los brazos de Emma. Al no tener tíos ni primos, la habían adoptado como parte de la familia.

Subieron a la terraza a desayunar. Antes de sentarse, Mía desplegó el toldo para protegerse del sol. Emma colocó sobre la mesa los dulces que había comprado en la pastelería del aeropuerto. Los niños protestaron por tener que acompañarlos con un vaso de agua, pero la cocina no estaba adecentada y era inviable hacer café o chocolate con leche. La mayoría de los enchufes se habían visto afectados por el agua.

Mía agradeció la compañía de su amiga, su hermana del alma. Tenerla a su lado le estaba aliviando un poco de la angustia que sentía. Además, la ayudaría con los niños. No estaba en condiciones de cuidarlos como se requería. Tampoco de cuidarse a sí misma.

—¿Te quedarás hasta que vuelva papá? —le preguntó Lea a Emma acariciándole las manos. No podía disimular la pasión que sentía por su tía. Le parecía tan guapa y elegante, le gustaba todo de ella: cómo iba vestida, sus pendientes, sus bolsos; en definitiva, era su ídolo.

—Me quedan unos días de vacaciones, así que me tendréis que aguantar.

Emma hizo una mueca imitando al lobo feroz y los dos niños rieron a carcajadas. Cuando acabaron de desayunar, Mía acompañó a Emma a la habitación.

—Hasta que acondicionemos la planta baja, tendremos que dormir todos aquí. Menos mal que la cama es grande.

—¡Bien! —gritaron los niños mientras saltaban alrededor de las dos. Esto sí les pareció vivir una aventura.

—Niños, id al despacho de papi. He rescatado las pinturillas y algunos cuadernos para colorear. Emma y yo nos volvemos a la terraza del tejado. Tenemos mucho de qué hablar.

A pesar del toldo, la temperatura arriba era muy elevada.

—No quería comentarlo delante de los niños. El agente de Cambrils me acaba de enviar un mensaje; han trasladado el caso a la comisaría de los Mossos d'Esquadra de Tarragona y tengo que ir mañana a poner la denuncia.

—¿A qué hora es la cita?

—A las once —dijo Mía.

—¿No son muchas horas para poner la denuncia?

—No lo sé. —Mía se frotó los ojos—. El agente me explicó que la mayoría de las personas desaparecidas aparecen en las siguientes cuarenta y ocho horas.

—¿No van a hacer nada? ¡No me lo puedo creer!

—Sí, están buscando el coche y van a solicitar las cintas de las videocámaras de los lugares próximos a la cooperativa, la gasolinera y el bar.

—¿Cómo iremos? ¿Tienes coche?

—No, se lo llevó Adam.

—Llama al hotel —dijo Emma—. Seguro que desde recepción pueden gestionar un coche de alquiler.

Mía marcó el número de recepción en el móvil y pidió hablar con Cindy. La recepcionista era también suiza y las dos mantenían una buena relación. Tras unos minutos, la encargada le devolvió la llamada confirmando que a media tarde podría pasar a por las llaves.

—No sé qué pensar, Emma. Me gustaría creer que Adam va a aparecer en cualquier momento, pero lo veo todo negro. ¿Qué es lo peor que puede pasar? Que Adam haya muerto en un accidente con el coche o arrastrado por la corriente, o que haya desaparecido por alguna razón inexplicable. Desde la tormenta, vivo pendiente del teléfono, a la espera de una llamada suya o de la policía. Esta noche, entre sueños, me ha parecido escuchar la entrada de un mensaje y ya no me he podido volver a dormir. Intento disimular con los niños, pero siento algo aquí —se tocó el cuello— que me oprime la garganta.

—No sé qué decirte, pero te propongo que hasta la entrevista con el inspector de Tarragona intentemos distraernos. ¿Por qué no empezamos por acondicionar la casa? Si vamos a pasar días aquí, es urgente empezar por arreglar la planta baja, retirar el barro del suelo, avisar al servicio de jardinería para que limpie el jardín y la piscina. Así los niños se tranquilizan un poco y tú mantienes entretenida la mente.

Aunque le costó aceptar la propuesta de Emma, sabía que su amiga tenía razón. Era imposible vivir en esas condiciones, la temperatura era demasiado elevada para pasar los días en la terraza del tejado y no sabía cuánto tiempo permanecerían allí. Desde la noche de la tormenta, vivía agazapada en la planta de arriba como un animal asustado.

—No sabes lo que agradezco tu compañía. Espero que no tengas problemas en el trabajo.

—Quita, quita, ya te he dicho que me quedan días de vacaciones. Llama a tu jardinero para que nos eche una mano.

Los niños las reclamaron desde el descansillo. Bajaron y los cuatro fueron al garaje para calzarse con las botas de agua. A pesar de que Mía tenía dos pares, Emma calzaba un número mayor y tuvo que ponerse las botas de Adam, que le quedaban enormes. Mía llamó al jardinero, pero el hombre se excusó alegando que todas las casas estaban iguales y la ponía en la lista de espera.

Entre las dos amigas sacaron al jardín los muebles del salón: los sofás y las butacas; el relleno de los cojines apestaba por la humedad. La mesa de comedor y las sillas y el carro de la televisión eran de madera y los limpiaron *in situ*.

Los niños colocaron las mangueras en las bocas de los grifos del jardín, pero el agua salía intermitente y con una presión bajísima. Les llevó un buen rato rellenar un cubo con agua y aún más retirar el barro y los restos de agua sucia del

suelo de las habitaciones de la planta inferior, así como el salón y la cocina.

Mía y Emma, provistas de trapos y fregonas, se quedaron limpiando el interior de la casa mientras los niños rellenaban los cubos de agua con las mangueras exteriores.

Emma llevaba el pelo anudado en una coleta alta y se movía de un lado a otro con una energía infatigable que no conseguía contagiar a su amiga.

—Vamos a limpiar los sofás y los colchones para dejar que se sequen al sol. Aunque, si te soy sincera, Mía, creo que van a ser irrecuperables. Por lo menos hemos conseguido quitar el olor de la casa, parecía una cloaca. —Emma se tapó con una mueca la nariz.

Los niños se rieron del comentario que había escenificado la tía Emma.

Aunque Mía había jurado que era imposible, a las seis de la tarde habían conseguido despejar la planta baja y el porche. Todavía quedaba retirar el barro del césped, pero para ello era necesario que el suministro de agua volviese con regularidad. La depuradora no había sufrido daños y el agua de la piscina iba retornando a la normalidad después de horas de estar en marcha. El centro del jardín parecía una pila fúnebre con muebles y colchones apilados sobre el césped.

Mientras la mesa y las sillas del porche se secaban, los cuatro se acercaron al pequeño supermercado del resort. Llenaron las bolsas con los pocos productos básicos que quedaban; los vecinos se habían adelantado haciendo acopio de alimentos. Una vez en la casa, prepararon unos tazones de Cola Cao y un trozo de pan con tomate. El agua del grifo no se podía beber y no les quedaba agua mineral, solo el par de botellas de leche que acababan de comprar.

Tras la fugaz merienda, los niños se fueron al interior a dibujar, Mía dejó a Emma al cuidado de sus hijos y se dirigió de nuevo al hotel.

Preguntó en la recepción si habían visto a Adam. Buscó su coche por los alrededores del resort y, cuando empezó a oscurecer, regresó a la casa, donde la esperaba Emma jugando con los niños en el porche.

—Hola, mami. —Thomas corrió a su encuentro.

—Chicos, hora de dormir. Lea, no me mires así.

Emma guiñó un ojo a la niña y esta aceptó sin rechistar la orden de su madre. Mía subió a acostarlos y luego regresó con su amiga.

—No quiero preocuparte con más problemas, Mía, ya tienes bastante, pero ¿has mirado las cuentas bancarias? Es lo primero que te va a preguntar el inspector.

—No se me ha ocurrido. ¿Te parece importante?

—Creo que debes hacerlo ahora mismo. Estará todo bien, pero no pierdes nada por comprobarlo.

Mía subió al despacho de la planta de arriba en busca del ordenador portátil. Se manejaba mejor para ver el estado del banco que con la aplicación del móvil.

—Excepto los cargos domiciliarios generales, las cuentas están intactas y son comunes. La aplicación me permite ver, además de las cuentas, las tarjetas y las carteras de valores.

—Habrá algún cargo en las tarjetas, has dado la señal del alquiler del coche, Adam pagaría las compras en la cooperativa con la tarjeta. Mira bien la cuenta de él.

—Está el pago a la agencia de alquiler de coches, el supermercado y la comida del día de la tormenta. Adam y yo bajamos con los niños a la cafetería del hotel a comer porque ya habíamos vaciado la nevera. Acuérdate de que aquella noche salíamos de viaje.

—Pero antes me has contado que volvían de echar gasolina y comprar aceite en la cooperativa. ¿No hay ningún registro de estos movimientos?

—No.

—Entonces, Adam pagaría con la suya personal.

—Los dos tenemos acceso a todas las tarjetas, son comunes. Mira, su tarjeta no tiene movimientos.

—¿Acostumbra a manejar efectivo?

—No —respondió Mía.

Cerró la aplicación con las manos temblorosas. Le faltaba el aire.

Por la mañana, Mía, Emma y los niños salieron con bastante antelación de Cambrils. Pretendían evitar posibles retenciones en la autopista debidas a los restos de la tormenta. En los arcenes todavía había lodo, troncos y restos de estructuras de edificios arrastrados por el agua, además de coches atravesados y servicios de asistencia cargando vehículos. La ciudad de Tarragona estaba sumida en el caos.

Antes de llegar a la comisaría pasaron por delante de supermercados donde había formadas largas colas de gente.

La comisaría de los Mossos d'Esquadra era un edificio blanco de baja altura y alargado. Una vez en el interior, un agente los hizo pasar a una sala de espera donde había otras personas. Los niños no paraban de hacer preguntas a su madre y a su tía.

El agente regresó y le pidió a Mía que lo acompañase. Ella hizo un gesto a Emma para que permaneciera en la sala al cuidado de los niños.

Sentada frente al inspector, un hombre de aspecto corpulento y de entrecejo poblado, no encontraba una postura cómoda en la silla. El agente la miraba fijamente y ella se sintió desvalida ante la difícil situación. El inspector le estrechó la mano y se presentó como Albert Molins. Tenía el pelo rizado, oscuro y entreverado de canas. Su cálido tono de voz enseguida le transmitió confianza.

El otro agente, al frente del ordenador, permanecía a la espera, dispuesto a transcribir la declaración.

—La comisaría de Cambrils nos ha enviado una copia de la denuncia —comenzó el inspector—. Lamento informarla de

que todavía no se ha localizado el coche de su marido. Necesito que me repita con la mayor exactitud posible todo lo que recuerde del último día que pasaron juntos. Todo lo que diga de ahora en adelante va a quedar registrado. —Hizo un gesto al agente para que comenzase a escribir en la ficha recién creada—. Puede empezar por presentarse.

—Me llamo Mía Domuiño Ouso. —Dejó sobre la mesa su pasaporte y una copia del de su marido—. Al ser extranjeros, acostumbramos a guardar copias en la caja fuerte de la casa.

—Perfecto. Por sus apellidos, veo que es de origen español.

—Sí. Mis padres nacieron en Suiza, pero son de origen gallego. Hijos de emigrantes que fueron allí en busca de trabajo.

—¿Su marido es de origen irlandés?

—Sí, nacido en Dublín.

—¿Está la familia del señor Jones al corriente de lo sucedido? —preguntó el inspector.

—Adam no tiene familia. Es hijo único y sus padres murieron en un accidente de coche cuando tenía dieciocho años.

—Tendrá parientes, tíos, primos…

—A excepción de unos tíos a los que visitamos esta Semana Santa pasada, no mantiene relación con la familia.

—¿Algún conflicto a destacar?

—Por lo que me contó, viejas rencillas familiares.

—¿Con las dos familias?

—Con la del padre, la de la madre vive en Australia.

—Entiendo que los tíos a los que visitaron son por parte paterna.

—Sí.

—¿Ha hablado con ellos?

—La verdad es que no. Estoy tan desbordada por la situación que…

—Tranquila, la entiendo. Por lo que veo, ustedes residen en Ginebra. ¿Están en Tarragona de vacaciones? ¿Dónde se

alojan?

—Tenemos una casa en propiedad en el resort El Dorado. Esta es la dirección. —Mía le entregó una tarjeta de visita.

—¿Desde cuándo tienen la propiedad?

—Ocho años. La compramos al poco tiempo de casarnos.

El agente al mando del ordenador tecleaba lo que Mía iba declarando. Había momentos en que levantaba la vista y la contemplaba mientras se le escapaba un ligero bostezo. El inspector, sin embargo, la observaba fijamente.

Mía repitió palabra por palabra lo que había declarado hacía dos días en la comisaría de Cambrils. El mismo discurso que no había dejado de repetir desde la mañana siguiente a la tormenta.

—¿Está segura de que su marido hizo la llamada desde el bar? —insistió el inspector—. Por lo que leo en la denuncia, usted no pudo hablar con sus hijos.

—No puedo asegurarlo, solo repetir lo que él me dijo.

—¿Había estado alguna vez en ese bar?

—Sí, como declaré en la comisaría de Cambrils, solíamos ir a menudo. A los niños les gusta su tortilla de patata y conocemos a los propietarios desde hace años.

—¿No le extrañó que sus hijos no se pusieran al teléfono?

—Intenté que me los pasase, pero mi marido dijo que la propietaria los tenía entretenidos en la cocina pelando patatas. Eso me tranquilizó, la conozco mucho. Aun así, le insistí en que me llamasen, supuse que estarían asustados y quería hablar con ellos. Pasé la noche desesperada, esperando su llamada o que contestase las mías.

—Hemos comprobado su móvil, no se está cuestionando su actuación, no tiene que justificarse. Sigamos. ¿Percibió algo extraño en su marido durante la conversación que sugiriera que se encontraba enfermo o asustado? ¿Había actuado antes de esta forma?

—Todo lo ocurrido desde que empezó la tormenta me resultó extraño. Es cierto que a veces Adam anda liado en el

trabajo y se olvida del móvil personal o lo tiene sin sonido o desconectado, pero su actuación en una situación así es injustificable. La disculpa de que no había cobertura y se encontraban en un atasco me sorprendió. Podría haberme enviado un mensaje o comunicarse por redes sociales. Yo lo intenté todo.

El agente asintió.

—Estoy a la espera de recibir las declaraciones de los propietarios del bar y las grabaciones de las cámaras de videovigilancia de la calle y los locales de alrededor. ¿Ha echado en falta alguna prenda de vestir, objetos de valor, documentación?

—*A priori*, no. Creo que está toda su ropa, sus libros y el ordenador. Falta lo que llevaba con él, su cartera con las tarjetas y la documentación.

—¿Qué lugares frecuenta su marido cuando están aquí?, ¿practica algún deporte?

—En Ginebra juega al golf, al tenis y monta a caballo, pero aquí se dedica por completo a la familia. Durante estas vacaciones, los cuatro hemos hecho *paddle surf* y varias excursiones en el velero que tenemos atracado en el puerto de Cambrils.

El agente que escribía levantó la mirada al oír que tenían un velero en propiedad y le pidió que le diese las características. Así lo hizo Mía y luego intervino el inspector:

—Voy a ordenar que vayan al puerto a echar un vistazo. Sigamos, ¿padece su marido alguna enfermedad, pérdida de memoria o desorientación, depresión?

—No. Por lo menos que yo sepa. Algún analgésico de vez en cuando o un jarabe para la tos, pero nada fuera de lo normal. Y respecto a la depresión, tampoco. Adam es una persona muy activa y optimista. Si tiene una preocupación, nunca se queja, lo gestiona todo a la perfección.

—¿Problemas en el trabajo, enemigos o algún conflicto?

—No, que yo sepa —repitió Mía.

—¿Me podría hacer una descripción detallada del físico de su marido? Me han pasado la fotografía que usted entregó en la comisaría de Cambrils, pero si me puede ampliar información…

—Adam mide un metro ochenta. Es delgado, tiene los ojos verdes, rasgados, y la cara afilada.

—¿Tiene alguna marca especial?

—Una cicatriz en la frente y varias en el pecho. Tuvo un accidente de moto de joven.

—Háble me de su trabajo. ¿Qué estudió? ¿Dónde comenzó su carrera profesional? —continuó el inspector.

—Adam se graduó con unas notas excelentes en Ciencias Económicas en la Universidad de Oxford. Es muy inteligente y trabajador. Hay veces que le digo que tiene TOC. Se pasa la vida estudiando noticias de la Bolsa, la situación de los mercados financieros. Cuando lo conocí, trabajaba en un despacho financiero en Londres. Es bróker especializado en venta de futuros. Al cabo de un par de años, decidimos casarnos y entró a trabajar como socio en una importante sociedad financiera de Ginebra.

—¿Cómo definiría su carácter?

—Suelo bromear con él sobre eso. —A Mía se le escapó una media sonrisa—. Es un gran comunicador, agradable, empático, enseguida conoce el punto flaco de cualquiera y, a nivel profesional, esto le facilita que sus clientes confíen enseguida en él. Pero es demasiado reservado respecto a lo suyo. Nunca habla de su familia o de su niñez.

—¿Diría que tiene problemas económicos?

—¿Adam? Todo lo contrario. Si le soy sincera, diría que en el trabajo le va demasiado bien. A veces discutimos por eso. Le pido que no trabaje tanto, que no necesitamos tanto dinero, pero es ambicioso y un gran apasionado de su profesión.

—¿Ha observado algún movimiento anormal en las cuentas bancarias?

—Sí, ayer las estuve revisando y me resultó extraño la falta de movimientos en las tarjetas. Los dos tenemos acceso a las cuentas y el último movimiento registrado en su tarjeta fue del pago que efectuamos en el bar del hotel. Esa noche íbamos a salir de viaje y habíamos vaciado la nevera, así que comimos de despedida en la cafetería. Mi hija me ha asegurado que en la cooperativa compraron tres garrafones grandes de aceite, siempre llevamos para pasar el invierno, y diez paquetes de jamón ibérico, además de aceitunas y alguna cosa más que no recuerda. Antes de subir a la cooperativa estuvieron en Cambrils y compraron varias cosas en las tiendas del paseo.

—¿Cómo efectuó el pagó si no figura ningún cargo? ¿En efectivo?

—No lo creo. Solo manejamos efectivo para cosas pequeñas y está todo en la caja fuerte de la casa. Lo comprobé ayer y no faltaba nada.

—¿La niña no se fijó en cómo pagó?

—No, justo en ese momento les dijo que fuesen hacia la puerta para ver si había parado de llover.

El agente que iba transcribiendo la denuncia elevó la vista del teclado y la dirigió hacia ella. Mía se enderezó en el asiento, sus músculos se pusieron rígidos.

—Me parece, inspector, que no me está diciendo lo que piensa y necesito saber…

El inspector se tomó unos segundos antes de responder.

—Es mi deber decirle que la inmensa mayoría de las desapariciones son voluntarias. ¿Tiene problemas con su marido? Nueve de cada diez desapariciones se deben a desavenencias en las parejas.

—No en nuestro caso. Tenemos las discusiones habituales en una pareja, nada fuera de lo normal.

—¿Sucedió algo durante estos días de vacaciones?

—No. Como le acabo de contar, hemos disfrutado muchísimo con los niños en familia: la playa, la piscina, las

actividades deportivas… Adam y yo nos llevamos bien y le aseguro que adora a los niños. Le ha tenido que pasar algo para dejarlos solos en una situación así.

—Si lo autoriza, me gustaría interrogar a sus hijos. Hay veces que se pasan por alto cosas importantes que luego se recuerdan.

Mía dio su consentimiento.

—Lo único, no los presione. Lo pasaron mal en la comisaría de Cambrils.

El agente que transcribía la declaración salió en busca de los niños. Al cabo de unos minutos, Emma irrumpió en la sala de la mano de Lea y Thomas. El pequeño corrió a pegarse junto a su madre; sus ojos miraban de un lado a otro, asustados.

—Tranquilos —dijo Mía—, el inspector solo quiere haceros unas preguntas.

El inspector los saludó de la manera más cordial y le pidió a Lea que relatase lo ocurrido desde el momento que salieron de casa con su padre. La niña le dirigió una mirada inteligente y le repitió paso por paso lo que habían hecho. En su relato aportó un dato que antes había evitado.

—… y, cuando arrancó el motor, le llamaron por teléfono y se bajó del coche.

—¿No has dicho que llovía? —intervino Mía.

—Sí, mucho.

—¿Por qué crees que bajó? —continuó el inspector.

—Para que no lo escucháramos, muchas veces lo hacía.

Mía se dirigió a su hija en un tono airado.

—¿Cómo no me lo has contado? Te he preguntado varias veces si pasó algo que te llamase la atención.

La niña rompió a llorar.

—Papi dijo que no dijera nada.

El inspector habló a la niña con suavidad.

—No pasa nada, Lea. ¿Estuvo tu padre mucho tiempo hablando?

—No.

—¿Os dijo quién lo había llamado?

—No, pero se puso triste.

Thomas corroboró la explicación de su hermana asintiendo con la cabecita.

—Buen trabajo, chicos.

El inspector pidió a un agente que se llevara a los niños a la sala de espera. Emma les dio la mano y salió con ellos. Una vez a solas, se dirigió a Mía.

—Háble me de sus hijos, describa cómo iban vestidos aquella tarde.

—Lea llevaba una camiseta rosa palo con florecillas y *shorts* vaqueros. Thomas, camiseta blanca y un *short* idéntico al de su hermana.

—Perfecto. Nos ayudará a identificarlos en las cámaras. Intentaremos, en la medida de lo posible, reproducir lo que ocurrió la tarde de la tormenta.

El inspector recibió una llamada, bajó la cabeza y habló por lo bajo.

—Perfecto, gracias. —Colgó y volvió a dirigirse a Mía—. Me acaban de comunicar que no hay rastro del coche de su marido. No está aparcado en las calles ni en los *parkings* de Cambrils, tampoco ha sido visto en ninguna de las rieras ni en las playas cercanas. Un equipo especializado continúa las labores de búsqueda rastreando con detalle la costa.

—¿Qué cree que pudo pasar? —Mía estaba muy pálida.

—Hasta no tener más información, no me aventuro a lanzar ninguna hipótesis. Mañana, a primera hora, se personarán en su vivienda agentes especializados para tomar muestras de ADN y huellas dactilares de su marido. Le adelanto que también le van a solicitar ropa que su marido haya utilizado recientemente, el cepillo de dientes y el del pelo. Créame, señora Domuiño, no vamos a escatimar recursos para buscarlo. Solo le pido que confíe en mí y nos

permita hacer nuestro trabajo. Soy consciente de lo doloroso que le resulta pasar por esto, pero es necesario.

De la garganta de Mía salía un hilillo de voz apenas audible.

—¿Y si ha sufrido un accidente y se encuentra en algún sitio, herido?

El inspector envió una mirada furtiva al agente. Luego revolvió los papeles que tenía sobre la mesa y realizó una serie de anotaciones.

—En una desaparición, las primeras horas son fundamentales. Me gustaría plantear la hipótesis de que alguien le haya socorrido, sufra de amnesia por causa del accidente o que haya perdido la documentación y su salvador no pueda identificarlo, pero la experiencia me lleva a pensar que no se trata de una desaparición sin más, ni de un accidente. Como le he dicho, vamos a hacer todo lo posible por encontrar a su marido, pero tengo la obligación de advertirle de que se prepare para lo peor.

Aquella era justo la frase que Mía se resistía a escuchar. El inspector acababa de ponerle palabras a su miedo. A pesar de que intentaba evitarlo, sus ojos, rojos y humedecidos, pugnaban por estallar. Intentó en vano mantener la mirada limpia, pero las lágrimas lo emborronaban todo.

El inspector se puso en pie y la acompañó hasta la sala de espera donde estaban Emma y los niños.

—Si se le ocurre cualquier cosa, un mínimo detalle, un comentario insignificante, no dude en avisarme. Lo siento, señora Domuiño, por mi parte la tendré informada. Es lo único que puedo decirle.

Mía abrazó a sus hijos y se apoyó en su amiga; las piernas casi no la sostenían.

Emma le susurró al oído palabras de aliento y tiró de Mía hasta que los cuatro llegaron al coche. El trayecto de vuelta a casa lo hicieron en silencio. Mía no podía repetir lo que le había dicho el inspector y Emma tampoco tenía palabras

optimistas que regalarle. El único sonido era el del motor del coche unido al llanto de Mía y al de los niños, que se habían sumado al verla llorar.

En lo más profundo de su alma, Mía sabía que estaba todo perdido. De hecho, la última conversación con Adam le había sonado a falso, disculpas pueriles cargadas de distancia. Fue en aquel momento cuando su marido se convirtió para ella en un extraño.

CAPÍTULO VI

Un par de avispas revoloteaban rabiosas sobre la mesa del porche mientras Mía y Emma saboreaban el primer café del desayuno. Los niños todavía dormían, lo que les permitía hablar con libertad. Aprovecharon ese rato para repasar la conversación del día anterior con el inspector.

Mía sorbía el café entre bostezo y bostezo; había dormido mal. Desde la noche de la tormenta, Thomas tenía pesadillas y se despertaba varias veces llorando. Acusaba el miedo que había pasado ante la marcha de su padre.

El sonido de un coche acercándose a la casa interrumpió la conversación. El primer impulso de Mía fue que Adam podría encontrarse al otro lado de la puerta corredera y corrió a su encuentro. Pero la realidad volvió a hundirla: en la calle se encontraba un coche de la policía científica del que se bajó el equipo de investigación, tal y como le había informado el inspector. Agentes especializados pasarían a tomar muestras de ADN de la ropa y demás pertenencias de Adam.

Cuatro hombres uniformados con una vestimenta semejante a la que llevaban los científicos de laboratorios de alta seguridad entraron en el jardín.

—No los esperaba tan temprano y mis hijos están durmiendo. Me preocupa que los vean, podrían asustarse.

—¿Qué le parece si empezamos por el cobertizo? —preguntó el jefe del equipo—. Así le dejamos tiempo para que salgan de la casa.

—Buena idea. Voy a levantarlos y organizar algo para pasar el día fuera. Así los dejamos trabajar en libertad. Dejo abierta la puerta del porche para que entren por allí. ¿Necesita algo más?

—La avisaría si fuera necesario —dijo el jefe del equipo—, pero no lo creo. Vamos a intentar ser de lo más cuidadosos y dejar todo en su sitio.

—En la planta de arriba está el dormitorio principal. Allí están los armarios con la ropa de mi marido y los útiles del baño tal y como los dejó.

—Perfecto. Cuando acabemos, dejamos todo cerrado. Le enviaré un mensaje para que puedan regresar.

Los hombres se dirigieron a la pérgola donde se estacionaban los coches. A uno de los lados había un pequeño cobertizo, el lugar preferido de Adam para los ratos de ocio. Le gustaba hacer bricolaje y fabricar pequeñas cosas de madera. Mía regresó al porche, donde su amiga la esperaba impaciente.

—¿Te han dicho cuánto tiempo van a estar?

—No lo saben, unas cinco o seis horas. Empezarán tomando huellas dactilares y muestras de ADN. El cobertizo es el lugar donde más huellas van a encontrar. También me ha dicho que van a investigar el ordenador de Adam, aunque no creo que encuentren mucho, ya sabes lo maniático que es con sus cosas y la información de su trabajo la guarda escrupulosamente en la casa de Ginebra.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Emma—. No me parece bueno para los niños estar en medio de este jaleo.

—Voy a levantarlos —la interrumpió entrando en la casa— y los llevamos a desayunar al *buffet* del hotel. Luego, si me haces el favor, os vais a dar una vuelta. Yo voy a seguir preguntando por Adam. A lo mejor alguien lo vio hablar con alguien o, no sé…, consigo encontrar cualquier pista que seguir. No puedo quedarme de brazos cruzados a la espera de que me llame el inspector.

Emma tomó la mano de su amiga.

—No te preocupes mucho, ¿vale? Seguro que aparece esta tarde y cuenta que ha estado en no sé dónde.

Mía la observó con una media sonrisa.

—Tú también crees que me ha dejado.

—¿Yo? No, qué cosas dices —replicó Emma, pero no pudo evitar agachar los ojos.

—Vi la cara que ponías en la comisaría, Emma.

—¿Qué cara?

—La que pones siempre que estás con Adam.

Emma cruzó los brazos.

—No sé qué cara es esa.

Mía siguió arreglando la cocina.

—Adam no te gustó nunca.

—¿De dónde sacas eso?

—¿Te gustaba? ¿Te caía bien?

Emma se encogió de hombros.

—A ver…, no es que Adam no me… Es…

—Dime —insistió Mía.

—Adam siempre ha sido educado conmigo, pero hay algo en él que me hacía sentir incómoda. Sobre todo, cuando tú decías algo que yo había comentado y él pensaba de otra manera, y entonces se molestaba conmigo.

—Nunca me di cuenta de eso. Se dice que el amor es ciego y yo parece que no he visto detalles que me den una idea de lo que está ocurriendo.

—Reconoce que Adam era muy controlador y celoso. Te quería solo para él, que nadie pudiera influir en tu forma de pensar. Lo siento, Mía, no quiero preocuparte más.

—¿Por eso ponías tantas excusas para no venir a comer cuando estaba él?

—Olvídalo, no conduce a nada darle vueltas. Yo aprecio a Adam, pero está claro que había una distancia enorme entre él y yo.

—Gracias por tu sinceridad. Voy a despertar a los niños y salimos.

Lea y Thomas acogieron con entusiasmo el plan de ir a desayunar al *buffet* y no tuvieron ninguna pereza en levantarse y salir de la casa. Lea se interesó por la presencia de los agentes; la furgoneta estaba estacionada frente a la puerta y desde el cobertizo llegaban sonidos de voces.

—¿Por qué no podemos ir a verlos? —preguntó la niña con obstinación—. Yo quiero ver sus trajes. Tía Emma dice que parecen astronautas.

—Ahora no, a la vuelta.

—Pero igual se han marchado y…

Emma susurró al oído de la niña.

—Obedece a mamá; si no, otro día no te cuento nada. —Le hizo un gesto de súplica con las manos para que se comportase bien—. Si tu madre se enfada conmigo por haberme ido de la lengua, no me va a contar nada más.

La niña sonrió asintiendo con la cabeza. Dio la mano a Thomas y se pusieron en marcha.

La ilusión por desayunar en el hotel hizo que Lea olvidase enseguida a los agentes de la policía científica. Cruzaron la riera con precaución, apenas había agua; la proximidad al mar y la alta temperatura la habían aliviado, pero seguían quedando ramas y plásticos por todos lados.

Pasaron por la recepción del hotel y llegaron a la zona donde se servía el *buffet*. El restaurante tenía dos zonas: la cubierta, donde estaban las mesas con las bandejas que contenían los diferentes manjares; y la exterior, una terraza que acababa en el paseo que colindaba con la playa. Una de las esquinas estaba oculta por un biombo para evitar que restos del tejadillo causasen daños a los alojados.

Mía eligió una mesa en la terraza exterior. Era la preferida de Adam, todas las veces que desayunaban o cenaban en el *buffet* intentaba sentarse allí. A Adam le gustaba el mar, siempre se quedaba ensimismado mirándolo.

Mientras los niños iban y volvían con los platos y se quejaban de que faltaban los bizcochos que les gustaban, Emma hablaba por teléfono. Mía había dejado la mirada perdida en el horizonte.

Qué diferente le parecía aquella mesa en la que Adam y ella habían comido tantas veces. El acostumbrado olor a

flores de azahar que colgaban de una pérgola se había intercambiado con un penetrante olor a salitre.

—No hay casi de nada —protestó Lea al regresar de las góndolas del *buffet.*

—Mami, ¿se llevará la policía nuestros juguetes? —Thomas interrumpió sus pensamientos y la observó con sus inocentes ojos azules.

—No, cariño, los agentes han ido a casa para ayudarnos a encontrar a papi.

Tras el frugal desayuno, caminaron hacia el pueblo por el paseo que bordeaba la playa. Los pasos de Mía, antes tan firmes, eran pesados. Le costaba caminar sobre aquel asfalto por el que tantas veces había paseado con su marido y sus hijos.

Una idea tenebrosa la sobresaltó; en cualquier momento podrían encontrar el coche de Adam encallado entre las rocas o un grupo de gente reunido alrededor de un cadáver.

—¿Estás bien? —preguntó Emma.

—¿Eh? Sí, sí —respondió Mia. Se había puesto pálida.

Llegaron al puerto de Cambrils con algún pequeño sobresalto, un grupo de policías entraba en el arenal que bordeaba el paseo. Solo la luz del Mediterráneo y el vaivén de los barcos al compás de las olas elevaron un poco el ánimo de Mía. Emma insistió en que hiciera un esfuerzo por participar en la conversación de los niños. Pero Mía solo quería cerrar los ojos a la espera de que, al abrirlos, todo hubiese sido una pesadilla.

Las tiendecitas de las calles estaban abriendo sus puertas y los tenderos iban colocando fuera las mesas con los productos. Era evidente que se había trabajado duro para recuperar la normalidad, aunque todavía se advertían restos de los destrozos ocasionados por la tormenta.

Por un momento, Mía estuvo tentada de dirigirse al bar de Pere, volver a hablar con ellos, repetir lo sucedido, pero se

contuvo por no hacer revivir a sus hijos la dramática situación.

Tras comprar revistas, cuentos y algún juguete, se pusieron en camino hacia la playa.

Al entrar en el arenal, sonó el móvil de Mía. Mientras lo buscaba en el fondo de la mochila, dirigió una mirada interrogante a su amiga. Temía que fueran los agentes de la policía científica con algún problema. Respiró aliviada al leer el nombre en la pantalla.

—Tu padre y yo nos hemos tomado unos días de permiso —dijo su madre al otro lado de la línea—, llegamos esta tarde a Barcelona.

—Mamá, de verdad que no hace falta.

—Sí hace falta, estamos preocupados y te echamos de menos, Mía. ¿Tú no nos echas de menos?

Mía dejó escapar una sonrisa cansada.

—Claro que sí, mamá. Me hacéis mucha falta.

Los niños saltaron a su alrededor al escuchar la voz de los abuelos.

A media tarde alquilaron un coche para ir a por ellos. Recorrer la AP7, en dirección al aeropuerto de Barcelona, le recordó a Mía el último viaje, hacía apenas un mes, cuando los cuatro llegaron a Cambrils a pasar las vacaciones de verano. La música de la radio y el suave vaivén de la carretera la hicieron entrecerrar los ojos.

Sin darse cuenta, su mente viajaba hasta aquella tarde de otoño, hacía diez años, cuando conoció a Adam. Mía llevaba pocos meses trabajando como traductora simultánea y aquel fue el primer trabajo que realizaba fuera de Suiza. La traductora que iba a asistir al evento estaba enferma y se requería un reemplazo inmediato. Su superior no se lo pensó dos veces, le dijo que estaba preparada para enfrentarse a la situación. A Mía la asustó la responsabilidad. En poco tiempo tuvo que memorizar términos económicos desconocidos para ella. La conferencia se celebró en una reconocida sala del

centro de Londres. El tema por tratar estaba relacionado con valores e inversiones financieras.

El equipo de traductores lo formaban cuatro personas: un hombre y tres mujeres. A Mía le tocó traducir al francés el discurso de Adam; al menos era una lengua que dominaba a la perfección. El corazón le dio un vuelco la primera vez que oyó su voz; todo en él transmitía una empatía cautivadora que trenzaba lazos invisibles con la audiencia. Durante unos instantes, los ojos rasgados de Adam se cruzaron con los de ella y entre los dos imperó el silencio. Fueron unos segundos de complicidad y confusión.

Tras la conferencia, se sirvió un espléndido cóctel en la sala adyacente. Las instrucciones que tenía Mía la obligaban a permanecer durante el ágape por si algún asistente requería de sus servicios.

El grupo de traductores se situó al fondo de la sala. Mía estaba conversando con una de sus compañeras cuando Adam la sorprendió por detrás. En la mano llevaba dos copas de champán. Se acercó tanto a ella que su proximidad la hizo sonrojarse. Sin embargo, su contacto provocó que se sintiera la mujer más importante de la fiesta.

—Quería felicitarte por tu trabajo. —Adam le entregó una copa con una sonrisa amable y efusiva—. Nunca he tenido una traductora tan interesante.

—Gracias —respondió Mía con timidez.

—Pareces muy joven. ¿Llevas mucho tiempo en este trabajo?

Ella apenas le sostenía la mirada.

—Solo unos meses, es la primera vez que acudo a un evento tan importante.

Adam no dejaba de mirarla.

—Por tu acento no pareces inglesa.

Mía se retorció las manos.

—Soy suiza, de Ginebra.

Adam asintió.

—Por cierto, no nos hemos presentado. Tú juegas con ventaja; ya sabes mi nombre.

Ella giró el cuerpo un poco hacia atrás.

—Me llamo Mía —respondió bajando la mirada.

Adam sonrió.

—Bonito nombre y preciosa cara.

El halago la hizo sonrojarse. Durante un rato estuvieron hablando de cosas triviales; al finalizar el cóctel, Adam le propuso tomar una copa fuera.

Era temprano para ir a dormir. Mía no conocía a nadie en Londres y le tentaba la idea, pero no se atrevía a aceptar. Puso todo tipo de excusas, al día siguiente tomaba un vuelo y tenía que madrugar, pero Adam dominaba con creces la situación. Era unos años mayor que ella y se manejaba con gran seguridad. Tras agotar las excusas, Mía aceptó la invitación.

—Voy a despedirme de mis jefes. Nos encontramos en diez minutos en la puerta —le susurró Adam al oído.

Mía se despidió de sus colegas y tomó el abrigo del guardarropa.

La niebla caía sobre la ciudad y la humedad incrementaba la sensación de frío. Se apostó a unos metros del portero y en varias ocasiones estuvo tentada de marcharse. No era propio de ella salir con un desconocido y la situación la incomodaba. La realidad, sin embargo, era que deseaba conocer más a fondo a Adam.

No fueron diez minutos, sino veinte, los que tardó Adam en salir. Mía había pensado que se había olvidado de ella y decidió marcharse. Cuando estaba saliendo a la calle, él apareció sonriente. Llevaba una lujosa gabardina beis y un sombrero *barbour* de color verde a juego con sus ojos.

—No estarías pensando que te iba a dejar plantada. —La miró con unos ojos tiernos—. Mis jefes son unos pesados y no dejaban que me fuera.

Se sintió ridícula, pillada por sorpresa. Su rostro inocente debía ser un libro abierto para él.

El portero levantó la mano y, acto seguido, acudió un taxi que los condujo hasta un lujoso *pub*. Era la primera vez que Mía visitaba un lugar así y temió no estar a la altura. Los hombres iban con chaqueta y corbata y las mujeres con vestidos elegantes; en cambio ella llevaba pantalones vaqueros y un jersey de cuello alto.

El encargado del *pub* recibió a Adam con afecto y corrió a acomodarlos en un lugar preferente. Todo en Adam desprendía lujo: su forma de vestir, su trabajo, la forma tan exquisita como lo atendía el encargado del *pub*. Mía imaginó que provenía de una familia importante.

—Cuéntame algo de ti —le pidió él.

Animada por el efecto del champán —Mía daba pequeños sorbitos a la espumosa bebida y el camarero no dejaba de rellenar las copas—, le hizo un relato extenso de su vida. Su padre era ingeniero y trabajaba en una importante empresa energética; su madre, enfermera. El estatus profesional les permitió darle una buena educación. Desde su infancia, Mía se había interesado por las lenguas. En familia, ella y sus padres hablaban en francés. En ocasiones, o cuando viajaban a Galicia, lo hacían en español con un marcado acento gallego y los típicos modismos.

Cuando Mía le preguntó por su vida, Adam apenas contó unos breves detalles. Era de origen irlandés y no tenía familia. No había regresado a Dublín desde que comenzó la carrera en Oxford.

—Antiguos líos de familia de los que prefiero no hablar —dijo haciendo una mueca con la boca—. Te felicito por tu trabajo, parece difícil traducir a esa velocidad sin conocer el tema.

Mía dio otro sorbito al champán.

—Lo he pasado mal. Me preocupaba confundir algún término. Me has dicho que eres economista, pero ¿a qué te

dedicas exactamente? El mundo de la Bolsa es inquietante.

Adam sonrió.

—Trabajo como bróker en un despacho financiero. Me imagino lo que estás pensando: para que unos ganen, otros tienen que perder. En el mercado financiero, los brókeres operamos como intermediarios en transacciones de valores, como pueden ser acciones, futuros y, a cambio, nos llevamos una comisión por nuestros servicios.

—Parece que te va muy bien —dijo ella.

Adam también dio un sorbito a la copa de champán.

—No lo puedo negar. Me da la sensación de que este trabajo no te gusta.

Mía se sonrojó.

—No es eso, la verdad es que me parece un mundo arriesgado.

Adam la observó fijamente.

—En eso te doy la razón. Vivimos sobresaltados. Sobre todo, en estos momentos tan revueltos, con la inflación desbocada, el alza de las hipotecas, bancos asfixiados o en rescate.

Tras aquel primer encuentro, se sucedieron más. O bien ella viajaba a Londres, o bien él a Ginebra. Un día, Adam la sorprendió con una grata noticia.

—Acabo de firmar en un despacho financiero en Cologny; me han ofrecido entrar como socio.

Mía acogió con entusiasmo la buena noticia. Sus padres tenían en gran estima a Adam y lo habían acogido desde un primer momento como uno más de la familia.

Comenzaron su vida juntos en un apartamento de alquiler en el centro de Ginebra. Durante aquel verano, celebraron su boda en Galicia. A los dos años, nació Lea, y su llegada los convirtió en las personas más felices del universo. Fue entonces cuando se trasladaron de vivienda. La enorme casa de Cologny se encontraba cerca del despacho de Adam y esto les facilitaba el poder verse a pesar de la cantidad de horas

que él trabajaba. Los socios vivían alrededor, lo que facilitó que tuviesen una mejor relación. El nacimiento de Thomas puso la guinda al pastel; ambos se sentían felices y orgullosos del hogar que habían formado.

Cuanto más lo pensaba, más inadmisible le resultaba la desconfianza que había advertido en el inspector: aquella apuesta de que Adam la hubiese abandonado.

CAPÍTULO VII

La tormenta había dejado una larga estela de daños. Carreteras, casas y comercios requerían reparaciones urgentes, que se cuantificaban a medida que transcurrían los días. En cuanto a las personas afectadas, hubo tres fallecidos y muchos accidentados. Pero la única desaparición denunciada era la de Adam, que continuaba en paradero desconocido. No había nada que augurase una noticia positiva.

A Mía los días se le hacían insoportables. Los niños habían regresado con sus padres a Suiza; el curso escolar acababa de comenzar y no quería que perdiesen clase. La soledad la iba consumiendo poco a poco y su mente se resistía a aceptar los hechos. A pesar de esto, se le antojaba del todo imposible volver a Ginebra: suponía abandonar a Adam o, peor aún, aceptar la hipótesis de que su marido los había abandonado.

Los niños no aceptaron de buen grado que ella permaneciese en Cambrils y ellos fuesen a vivir con los abuelos.

—Con los abuelos estaréis bien, y cuando vuelva a Ginebra, yo voy a ir todos los días a veros. Lea, entiéndelo, durante un tiempo voy a andar de aquí para allá siguiendo la investigación para encontrar a vuestro padre y no puedo estar pendiente de vuestros horarios.

—Pero nos gusta más nuestra casa —protestó entre lágrimas la niña—. Allí tenemos nuestras cosas.

—Cuando esté allí, solo dormiréis cuatro noches en su casa; todos los viernes estaréis de vuelta en Cologny.

Unos días después recibió un mensaje del colegio de los niños que la obligó a cambiar de planes. La tutora se quejaba del mal comportamiento de Lea y le pedía que acudiese a una reunión para hablar de ello.

La noche previa a su partida todo se revolvió en su interior. Sus padres no dejaban de insistir en que, una vez en Ginebra, fuese a vivir con ellos, pero ella se obstinaba en que debía afrontar la situación sola. La agobiaba estar respondiendo preguntas, hablar cuando no tenía ganas, ser educada y hacer cosas por no molestar a la gente. En ese momento, ir a casa de sus padres era la solución más tentadora, pero a largo plazo le pasaría factura. Tenía que obligarse a asumir la soledad, acostarse y levantarse envuelta en ese vacío tenebroso. Cada segundo que pasaba, la hería más la inexplicable ausencia de Adam, saber si estaba muerto o si solo había huido por una razón que no alcanzaba a entender. Había momentos en los que deseaba dejar de existir, nada le importaba.

Cuando se entregó a Adam, creyó en lo que él le había prometido: ella era lo mejor de su vida y envejecerían juntos.

La mañana de su regreso a Ginebra amaneció revuelta. La caldera se había estropeado y tuvo que ducharse con agua fría. El cerrojo de la puerta corredera del jardín no encajaba y tuvo que dejar la casa abierta. El trayecto al aeropuerto de Barcelona se complicó al tomar la salida hacia la terminal; la presencia policial la alertó de una retención.

—Esperemos que no se trate de un accidente, tengo el tiempo justo para llegar al avión.

El taxista solicitó información a la aplicación.

—No se preocupe. Solo está afectado un tramo corto. En unos minutos estamos en la terminal. Menudo lío ha montado la dichosa tormenta.

A Mía no le apetecía hablar de la tormenta, pero se había convertido en el tema del momento.

—Y achacan todo al cambio climático. —El hombre la miró a través del espejo retrovisor—. Se escuchan tantas cosas últimamente… Que si los chinos están provocando lluvias artificiales para regar las cosechas, que si los aviones lanzan

productos para eliminar las nubes y provocar sequías. ¡En qué mundo vivimos!

Mía no había oído hablar de los fenómenos de los que hablaba con tanta soltura el taxista y lo escuchó con curiosidad.

Por fin avanzaron. Una vez en la terminal, corrió hacia la puerta de embarque y entró con el tiempo justo al avión. Al cabo de unos minutos, se cerraron las puertas. Por megafonía se escuchó el mensaje de la cabina de control: «Personal de cabina, ocupen sus asientos, preparados para el despegue».

Los motores comenzaron a rugir y la pista cobró velocidad bajo las ruedas. Cuando estas se despegaron del asfalto, una leve sacudida sobresaltó a Mía, que tenía los nervios a flor de piel. Cerró los ojos; el morro del avión se erguía mientras subían más y más. Al atravesar la capa de nubes, su mente voló a la noche en que nació Lea. La pequeña fue su mejor regalo de Navidad. Era chiquitina y pelona, tenía una nariz muy chata. Desde el primer momento manifestó carácter. Thomas, por el contrario, era tranquilo, siempre iba al compás de su hermana.

No podía creer que no volvería a compartir a Adam con los niños, que no lo volvería a ver con ellos, no los tendría en sus brazos y ni volvería a aspirar el aroma de sus cuerpos impregnados en colonia. Oír sus voces y sus risas, sus juegos y correteos por la casa. Los adoraba; desde su nacimiento se había desvivido por ellos. Nunca faltaba a las funciones del colegio y cada sábado los acompañaba a las actividades deportivas.

Las últimas conversaciones mantenidas con el inspector le martilleaban la cabeza.

—Lamento ser el portavoz de malas noticias. —Albert Molins le había comunicado antes de acompañarla a la puerta de la comisaría—. Todo me conduce a pensar que el coche donde viajaba su marido no fue arrastrado por la corriente. Han pasado días más que suficientes para haber encontrado

algún rastro, tanto del vehículo como del cuerpo de su marido, que debería haber salido a flote.

—¿Qué me sugiere que piense entonces? ¿Que aprovechó el caos de la tormenta para abandonar a su familia? Conozco a mi marido y sé que nos quería con locura.

El inspector trató de suavizar la situación.

—Aunque vamos a continuar con la búsqueda, voy a abrir nuevas vías de investigación. Quizá haya algo que se nos esté escapando.

Al salir de la comisaría, pensó en Noah. Llevaba días barajando el ponerse en contacto con él, pero al final siempre encontraba la excusa para no hacerlo. Decidió hablarlo con Emma nada más llegar a Ginebra.

El avión comenzó las maniobras de descenso y el vaivén sacó a Mía de sus pensamientos. Las palabras del inspector desestimando la teoría del accidente le hacía albergar la esperanza de que Adam estuviese vivo, que regresase a la casa de Cambrils y encontrase la nota que ella le había dejado en su lugar secreto. En uno de los cajones de la cocina había un compartimento que usaban para dejar cosas que no querían que nadie más que ellos viesen: un doble juego de llaves, una sorpresa, dinero o la tarjeta de crédito. Se sentía fatal por haber dejado la casa de Cambrils, pero no podía retrasar más la cita con la tutora de Lea.

Una azafata se acercó a su asiento y le preguntó si se encontraba bien. Había estado sollozando sin ser consciente de ello. Los pasajeros cercanos la miraban de reojo. Un rubor le subió por el cuello. Acercó el rostro a la ventanilla. Por megafonía se escuchó un nuevo mensaje procedente de la cabina: en unos minutos aterrizarían en el aeropuerto de Ginebra.

Unas nubes grisáceas, cargadas hasta los topes de agua, envolvieron al avión, que saltó a trompicones mientras las atravesaba. Esto provocó gritos de alarma entre los pasajeros.

Mía cerró los ojos, en su mente solo estaban sus hijos y una fuerza interior que la empujaba en la búsqueda de su marido.

Durante el trayecto a su casa, recibió una llamada del despacho de Adam.

—Buenas, Mía. ¿Hay noticias de Adam? —Mathys, el socio mayoritario del despacho donde trabajaba Adam, le hablaba con un tono de voz inquietante.

—Nada.

—¿Hasta cuándo te vas a quedar en España? Es urgente que hablemos.

—Acabo de aterrizar. Tengo que solucionar un asunto del colegio de los niños.

—Perfecto. ¿Podrás pasar el lunes por el despacho? Tenemos que hablar de algo importante —dijo Mathys.

Mía lo escuchaba inquieta. Hablar con Mathys era una de las primeras cosas que tenía previstas hacer en Ginebra, pero le sorprendió que él se le hubiese adelantado.

—¿No vas a ir mañana a la cena de Steve?

—Estoy de viaje y no vuelvo a casa hasta el domingo. ¿Tú vas a ir?

—Como te puedes imaginar, Mathys, no estoy mucho para cenas, pero igual me sirve para despejarme un poco. Hace tiempo que no hablo con las chicas.

—Siento por lo que estás pasando.

—¿De qué quieres hablarme? Si es importante, podemos hacerlo cuando llegue a casa. Abrimos una sesión de Zoom…

—No es un asunto para tratarlo por teléfono, y mucho menos por ordenador. Te espero el lunes a las diez.

—De acuerdo —respondió Mía con un tono suspicaz—. Nos vemos el lunes.

CAPÍTULO VIII

La noche de su regreso a Ginebra era jueves y la pasó en casa de sus padres. Habían acordado que, excepto los fines de semana, los niños vivirían con sus abuelos. Mientras no apareciese Adam, Mía estaría yendo y viniendo de Cambrils y no quería que aquello trastornara la vida de sus hijos. Los pequeños, al verla, la acosaron a preguntas sobre su padre.

Lea se dirigió a su madre en un tono algo impertinente.

—Ya tengo seis años, dime dónde está papá.

Una vez en su antiguo dormitorio, Mía cerró los ojos y se dejó llevar por el inconfundible aroma de su infancia, inmersa en esos momentos que había olvidado al casarse con Adam y dejar la casa. Su madre entró en la habitación con una infusión de valeriana y pasiflora.

—Tómate esto, Mía, te va a ayudar a dormir un poco. Tienes muy mala cara.

Aunque lo único que quería era estar sola, aceptó la bebida y la compañía. Tenía treinta y dos años y su madre seguía tratándola como a su niña. Sus ojos la contemplaban brillantes, parecía que trataban de succionar el dolor. Permaneció a su lado en silencio mientras le acariciaba con suavidad las manos. De su boca no salían palabras de consuelo. Era incapaz de encontrar palabras para transmitir esperanza ni con las que formular una explicación lógica a lo que estaba ocurriendo.

Cuando se quedó a solas, encendió la *tablet*. Desde la noche de la tormenta no cejaba en la búsqueda de noticias relacionadas con las personas desaparecidas. Profundizó en ese mundo desconocido para entender mejor los pasos que se seguían en la investigación. Algunos de los casos que leía la hacían temblar: una niña encontrada al cabo de los años en una cabaña donde la tenía retenida su secuestrador. Asesinatos sin resolver en el tiempo… Volvió a pensar en

Noah, su amigo del campus universitario. Hacía años que no se veían.

El día siguiente de su llegada a Ginebra era viernes. Su madre insistió en que se quedase con ellos, pero Mía fue al colegio a por los chicos y se dirigieron a la casa de Cologny. Los niños estaban deseosos por volver a ver sus cosas. En casa de los abuelos lo pasaban bien, pero echaban en falta sus juguetes.

La casa de Cologny los recibió con un aire de tristeza: no había luces encendidas ni los estores estaban levantados. El suelo del vestíbulo, marmoleado en damero a cuadros blancos y negros, brillaba como una pista de patinaje, lo que evidenciaba que la empleada del hogar no había dejado de asistir.

Los niños corrieron escaleras arriba y entraron en sus respectivos cuartos. Sus gritos al reencontrarse con sus cosas elevaron un poco el ánimo de la vivienda, aunque no consiguieron romper aquella barrera de soledad. Adam era un pilar fundamental de la familia, su ausencia era un grito mudo que se sobreponía a las voces de los niños.

Una vez desempacado el equipaje, dudó si acudir o no a la casa de Steve. Tras horas de deliberación y, a pesar del ínfimo estado de ánimo que la dominaba, decidió asistir al festejo. Echaba en falta la compañía de sus amigos, necesitaba hablar, desahogarse, escuchar palabras cargadas de esperanza. Albert Molins, el inspector al cargo de la investigación, le había insistido en que averiguase si le había ocurrido algo a Adam en el trabajo durante los días previos al viaje a Tarragona. También pensó que los socios le adelantarían algo de la conversación que tenía pendiente con Mathys.

La cena que ofrecía Steve en su casa era con motivo de la celebración de su cuarenta cumpleaños. Adam y ella habían recibido la invitación justo unos días antes de que partiesen de vacaciones a España.

Cuando Adam desapareció, los amigos del despacho la inundaron de llamadas intentando animarla. Pero, tras esa primera manifestación de amistad, llegó el silencio, lo que la llevó a pensar que la evitaban por temor a agobiarla.

Mía dudó si avisarlos de su llegada o no. Al final, decidió darles una sorpresa: no quería que se sintiesen en la obligación de variar sus planes por ella.

Steve, el mejor amigo de Adam en Ginebra, era una de las pocas personas sobre las que Adam y ella no estaban de acuerdo. Adam solía decirle que no era justa con él: Steve era inteligente, divertido, generoso, y los había aceptado desde el primer momento que llegaron a Cologny. Pero Mía sabía que engañaba con frecuencia a Lilly, su mujer, y no le gustaba saberlo. A Adam tampoco le gustaba esa faceta de su amigo, pero era capaz de separarlo de su mente; evitaba juzgarlo gracias a lo buen compañero que le había demostrado ser.

A las siete de la tarde, sonó el timbre de la entrada. Se trataba de Emillie, la canguro que cuidaba de los niños cuando Adam y ella salían a cenar. La chica trató de mantener la mirada de Mía. Balbuceó una serie de palabras confusas en relación con las muchas esperanzas de que encontrasen pronto a su marido.

A los niños les encantaba la compañía de Emillie. Siempre les hacía palomitas y los dejaba hasta tarde jugando o viendo la televisión. Sin embargo, esa tarde la recibieron mustios. No acudieron corriendo escaleras abajo a su encuentro como otras veces, no hubo abrazos efusivos. Le dieron la mano y la siguieron al cuarto de estar. Mía apresuró el paso para que no la viesen llorar.

Una vez en la soledad de su dormitorio, se puso un elegante vestido negro, con zapatos de tacón a juego, y se peinó la melena en un moño bajo. Al ponerse frente al espejo para maquillarse, este le devolvió una imagen desconocida; poco quedaba de aquella belleza que tanto había admirado Adam. Sus facciones, antes dulces, se habían vuelto duras, y

unas ojeras oscuras y profundas evidenciaban la falta de horas de sueño y su bajo estado de ánimo. El tono de su piel había perdido el sonrosado frescor de antaño y había adquirido una tonalidad cetrina. No quería dar lástima; decidida a disimular su aspecto, se cubrió la piel con una gruesa capa de maquillaje. Aun así, la pintura no fue capaz de competir con el dolor que embargaba su rostro.

Mía dio un beso a los niños y se encaminó hacia la casa del anfitrión. La residencia se encontraba a pocos metros de la suya.

La mayoría de los compañeros de despacho de Adam vivían en Cologny, una comuna del cantón de Ginebra situada a las orillas del lago Lemán. Era un lugar precioso donde residían los más pudientes. En el centro urbano se encontraba el Foro Económico Mundial, entre otros lugares importantes, y un campo de golf del que todo el despacho era socio. Allí solían invitar a clientes para hacer grandes operaciones financieras, además de alternar entre ellos. El trato constante, jugar al golf y tener hijos de la misma edad eran aspectos comunes que habían propiciado la amistad entre los socios y sus respectivas familias.

La planta baja de la casa de Steve y Lilly estaba iluminada; desde la calle se oían voces y música en su interior.

Mía llamó a la puerta, pero nadie respondió. A través de la ventana del vestíbulo, divisó una silueta tras las cortinas. Parecía que quien estaba detrás esperaba que ella se fuese. Llamó de nuevo a la puerta pulsando durante segundos el timbre. No estaba dispuesta a cejar hasta que la dejasen entrar.

Steve abrió la puerta de par en par, llevaba una copa de champán en la mano. En su mirada había algo que Mía no acertaba a descifrar, una extraña mezcla de nerviosismo y miedo.

—¿Cómo te atreves a venir? —dijo Steve. Sus ojos oscuros se clavaron en los de ella—. Te agradecería que te fueras de una manera discreta.

Desconcertada, Mía se quedó sin palabras. Parecía enfadado, pero ¿qué le había hecho ella? Steve, además, la había llamado varias veces tras la desaparición de Adam.

—Explícame qué está ocurriendo.

—Ahora no —respondió él haciendo un ademán de cerrar la puerta.

Mía extendió los brazos e impidió que Steve la cerrase. Entonces Lilly se colocó de pie en el umbral del salón. Tras ella, Mía divisó la sala llena de gente. En el centro colgaba un cartel enorme donde podía leerse «Feliz cumpleaños» y un mago entretenía con sus juegos a los invitados.

—¿Me podéis explicar qué pasa? Creo recordar que Adam y yo estábamos invitados a la fiesta.

Lilly intervino.

—Steve —dijo—, entra y atiende a la gente. Ya me encargo yo.

Hizo un gesto a Mía para que la siguiera a una zona apartada del jardín.

—No entiendo nada —dijo Mía—. Hace dos semanas no dejabais de llamarme preocupados por la desaparición de Adam y ahora me impedís entrar en la casa.

En la privacidad del cobertizo, Lilly se giró hacia ella con los ojos echando chispas.

—Estaréis satisfechos. Adam ha destrozado a Steve.

Mía retrocedió un paso.

—¿Qué?

—Lo de los futuros del agua.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

—¿Ah, no? —replicó Lilly.

—Lilly, no sé de qué me hablas. Me estás asustando.

—¿De verdad quieres que me crea que no sabías lo que Adam estaba haciendo?

—Adam nunca habla conmigo de trabajo —dijo Mía.

—¿Adam no te contó que convenció a sus socios para que participaran en los futuros del agua?

—¡No!

Lilly se acercó a ella vociferando.

—¿No le notaste extraño los días previos a la desaparición?

Mía negó con la cabeza.

—Se comportaba como era él: alegre, optimista, lleno de energía. ¿Y vosotros? ¿Por qué no me dijisteis nada si sabíais que andaba metido en algo raro? Podría habérselo contado al inspector, quizá fuese una pista.

—¿A la policía? —Lilly se llevó las manos a la cabeza—. ¿Estás loca? ¿No te llamó la atención que todos dejáramos de llamarte?

—Pensé que era para no agobiarme.

—No te creía tan ingenua, Mía. Siempre con esa carita angelical, perdonándonos la vida a todos.

Mía se mordió la lengua para no soltar un exabrupto haciendo referencia a las infidelidades de Steve.

—Explícate, te juro que no sé de qué me estás hablando.

—Tu marido nos ha metido a todos en un buen lío. Cuántas veces le dije a Steve que no me fiaba de él; siempre tan ambicioso y arriesgado. En nada te vas a enterar de todo por los medios. Van a ir a por ti igual que vendrán a por nosotros. Steve me ha dicho que el lunes te vas a reunir con Mathys en el despacho. Prepárate para lo que te va a contar. Yo no tengo nada más que hablar contigo, ni creo que ninguno de los de dentro lo tenga. Tu marido nos ha arruinado la vida y se ha dado a la fuga dejándonos el muerto.

—¿En serio crees eso?

—Claro que lo creo —replicó Lilly—. Adam ha colaborado en un fraude que nos va a costar la ruina, quizá acabemos en la cárcel. Si no me estás mintiendo y de verdad no sabes

cómo era en realidad Adam, es que eres la persona más estúpida del planeta. Lo siento por tus hijos, que son un encanto, y por los míos, que los van a echar en falta, pero… Ahora vete a casa, los niños te van a necesitar: se va a hacer añicos el ídolo que tenían por padre. Si hablas con él, que venga y dé la cara.

Se dio la vuelta y entró en la casa. Luego dio un portazo.

A través de un ventanal que daba al jardín, Mía escuchó algún que otro comentario de los otros socios: «A no ser que esté aquí para pagar los colegios de nuestros hijos».

Mientras caminaba hacia su hogar con los ojos nublados por las lágrimas, era incapaz de dar crédito a lo que Steve y Lilly insinuaban de Adam.

Mathys era el socio mayoritario y responsable del despacho. Mía ansiaba que llegase el lunes para ir a la oficina y escuchar lo que tuviera que decir. A la angustia por la desaparición de Adam se le sumaba ahora otra preocupación importante: verse envuelta en el problema del despacho, con el riesgo incluso de ir a la cárcel. Adam y ella compartían todo: cuentas bancarias, fondos de inversión, tarjetas…

Antes de entrar en la casa sacó el móvil para llamar a Emma y contarle lo ocurrido, pero su amiga tenía el teléfono fuera de cobertura.

Abrió la puerta y entró en el salón. Los niños la recibieron extrañados. La esperaban dentro de unas cuantas horas y apenas había estado fuera unos minutos. Le preguntaron qué le ocurría, la canguro también la observó asustada. Mía había salido arreglada y regresaba con un aspecto lamentable, con el maquillaje corrido y los ojos hinchados

—Me he emocionado al ver que había tanta gente y no estaba vuestro padre. Emillie, prepara unas palomitas, esta noche os dejo que os quedéis hasta las once. —Le hizo un gesto a la chica para que la siguiese a la cocina.

—¿Te importa quedarte a dormir? No me encuentro bien y necesito que te ocupes de ellos.

—Claro. Suba a descansar. Tiene muy mala cara. ¿Le preparo un té?

—Una infusión de valeriana, gracias.

Una vez en la soledad de su dormitorio, se vio en la necesidad de escapar; regresaba a su mente la ira de Lilly, la evitación de Steve y el cotilleo del resto de los invitados. Se acostó en la cama y encendió la televisión.

Emillie llamó a la puerta. Llevaba una bandeja con la taza de la infusión y un plato con galletas.

—Le vendrá bien comer algo. Se la ve débil.

Mía se estaba acercando la infusión a los labios cuando el móvil empezó a sonar.

—Pásamelo. Lo he dejado en el bolso.

Emillie le trajo el móvil. Mía respondió a la llamada, le temblaba la voz.

—Emma.

—Perdona que no te haya respondido antes, estaba en una reunión —dijo su amiga al otro lado de la línea—. No he entendido tu mensaje. ¿No te han dejado entrar en la casa? ¿Qué locura es esa?

—Emma, no te lo vas a creer. Parece que Adam ha metido en un problema al despacho.

Le relató la conversación con Steve y Lilly: acusaban a Adam de haber cometido un fraude con unos futuros.

—Mía, ya sabes lo que opino de esa gente. Son una panda de estirados que se creen por encima de todo. Pero esto que cuentas es demasiado. ¿No te han adelantado nada?

—Que Mathys me pondrá el lunes al corriente del problema.

—Siento decirte que esto se está complicando por momentos. Estoy liando una cosa con otra.

—¿El qué? Por favor, Emma, cuenta.

—Este lunes tuve una comida de despedida de uno de los jefes de zona que se jubila. Durante la sobremesa, me preguntaron por mi estancia en Cambrils y también

comentamos la desgracia de lo que te había ocurrido; muchos sabían de mi viaje para acompañarte. Sin venir a cuento, uno de los técnicos habló de su hermano, el periodista, y cómo estaba a punto de salir a la luz la noticia sobre un presunto fraude en un importante despacho financiero de Ginebra.

—¿Y crees que es acerca de ese asunto de Adam? ¿El periodista dijo el nombre del despacho?

—No lo recordaba o no lo quiso decir. Solo le saqué que el FBI llevaba tiempo investigando a la empresa.

—¡Qué horror si fuese cosa de Adam! ¿Te imaginas? No me cabe en la cabeza que haya podido hacer algo así. Siempre lo he tenido por una persona escrupulosa en lo referente a su trabajo.

—Si quieres, le pido a mi compañero el teléfono del periodista y te pones en contacto con él.

—Sí, por favor, habla mañana con tu compañero y pídele que su hermano se reúna conmigo. De momento, lo primero que voy a hacer es hablar con Mathys y ver qué me dice. Por lo menos, cuando hablamos por teléfono, estuvo educado, nada que ver con el comportamiento de Steve y su mujer. Si es tan grave lo que ha hecho Adam, tengo que prepararme. Me han advertido que vendrán contra mí.

—¿Quién puede ir contra ti? —preguntó Emma—. Me dijiste que tenéis separación de bienes.

—Yo qué sé, lo decían muy seguros.

—Bueno, Mía, duerme un poco. Voy a llamar ahora a mi compañero. A ver si hay suerte y su hermano nos hace un hueco este fin de semana para reunirnos con él. Y ten claro que te voy a acompañar.

Cuando colgaron, Mía se echó a llorar.

CAPÍTULO IX

El despacho financiero donde trabajaba Adam se encontraba situado en un elegante edificio del centro neurálgico de Cologny. Algunas tardes, mientras los niños realizaban las actividades deportivas, Mía se acercaba a verlo. Los dos disfrutaban tomando algo en los bares o restaurantes de los alrededores; eran sus momentos de paz, alejados del trabajo agotador y de las preguntas incesantes de sus hijos. Siempre elegían un lugar que les permitiese contemplar el lago; su agua en calma y la puesta de sol les hacía sentirse especiales.

Aquella mañana, sin embargo, Mía lo sentía diferente. Lo que antes era cálido se había vuelto frío, y lo dulce, amargo. Era un manojo de nervios. Temía, después de lo ocurrido en la casa de Steve, lo que se fuese a encontrar. Había intentado acudir a la reunión preparada con la información que le hubiese facilitado el hermano periodista del compañero de Emma, pero el encuentro había resultado imposible. El chico se había excusado, se encontraba realizando un trabajo fuera de Ginebra.

Mía entró en el despacho, renqueante. Saludó a Marie, la recepcionista, que le respondió con un inaudible «Buenos días». La actitud de la secretaria era anormal; las dos habían mantenido siempre una relación muy cordial. De hecho, ambas provenían de Galicia y tenían familia allí. Marie la acompañó cabizbaja a la sala de reuniones y Mía se mantuvo en silencio.

La sala de reuniones estaba desierta. De sus paredes, paneladas en madera antigua, colgaban retratos al óleo de los fundadores. A excepción de Adam, el resto de los socios que formaban la plantilla eran herederos de sus antecesores: abuelos, padres, tíos.

Mía tomó asiento al azar y observó con nostalgia a su alrededor. Cuántas horas habría pasado allí su marido, sentado en esa silla, en la de enfrente, o en cualquiera de las

que rodeaban la mesa de reuniones. Unos pasos que se acercaban a la puerta la sacaron de aquellos amargos pensamientos. El primero que entró fue Mathys; detrás de él, el resto de los socios.

Estaba sola frente a aquellos hombres que la miraban con cara de pocos amigos. Una voz en su interior le gritaba que fuese valiente y no se dejase amedrentar por aquellos miserables; recordaban al tribunal de doce hombres buenos.

—Buenos días, Mía. —Mathys la saludó con un rostro circunspecto—. Gracias por venir.

A la derecha de Mathys estaba sentado Steve, seguido del resto de los socios. Ninguno de los diez se lanzaba a comenzar a hablar, el silencio caía sobre todos.

Mía rompió el silencio con una fuerza que hasta entonces desconocía.

—Ya que no se anima nadie… Creo que es mejor que nos dejemos de rodeos. Mathys, por favor, explícame qué ha hecho Adam.

—Primero, cuéntanos tú lo ocurrido. Cuando hablamos aquellos días, todo estaba confuso.

Mía odiaba revivir lo sucedido, pero no había otra opción. Relató paso por paso lo sucedido desde el momento que Adam salió de compras con los niños hasta el momento actual.

—Adam ha metido al despacho en problemas —dijo Mathys—. Te he pedido que vengas porque entiendo que entre vosotros no había secretos, sobre todo en temas de trabajo y dinero. Estarás, por tanto, al corriente de sus negocios, imagino que habréis obtenido unos ingresos golosos. Lo que quiero saber es…

—Me insultas, Mathys, no sé cómo te atreves a decir esto. Para vuestra información, os lo creáis o no, no he detectado ningún ingreso fuera de lo habitual en el banco. Si pretendéis que os hable de sus negocios, estáis perdiendo el tiempo. Adam nunca me cuenta nada de trabajo. Dice que ya tiene bastante con las horas que le dedica. —Mía dirigió una

mirada humedecida a Steve—. Cuando está en casa, se desvive por sus hijos, y cuando nos reunimos en el club, nunca hablamos del despacho. Lilly, Úrsula, Ruth y Karin, entre otras, pueden confirmarlo. ¿Me podéis decir en concreto qué ha hecho? Tengo derecho a una explicación.

Los socios bajaron la mirada, pero Mathys la elevó. Era el de más edad del grupo; cincuentón, sus maneras refinadas delataban su origen francés. Cuando se dirigió a Mía, empleó un tono fuerte que ella no reconoció en aquel hombre con el que había compartido tantos momentos de ocio.

—Se le advirtió que era un mercado nuevo en el que no teníamos experiencia y se podría incurrir en riesgos, pero Adam no hizo caso. Como socio accionista y con la trayectoria tan brillante que tenía, no pudimos hacerlo desistir. Esta situación, Mía, es muy grave. Tu marido se metió en un producto financiero peligroso: los futuros del agua. Nos auguró importantes beneficios y repartió sustanciales sumas de bonos entre los inversores. La enorme especulación que ha generado este producto está provocando un problema muy grave en el mercado y, como consecuencia, la Comisión de Valores ha abierto una investigación.

—No sé de qué estás hablando. Si me explicas en qué consiste, podré hacerme una idea del lío en el que está metido Adam.

—Desde hace años, el agua cotiza en el mercado de futuros como lo hacen otras materias primas: petróleo, oro, trigo… La diferencia con el resto está en que, al finalizar el contrato, no se entrega el bien en sí, es decir, la cantidad de agua comprada, sino el derecho de uso. Piensa bien en lo que esto supone. Superamos los ocho mil millones de habitantes y el agua es esencial para nosotros y el resto de las especies vivas, pero también para la agricultura, ganadería e industria, que requieren una gran demanda.

Mía había escuchado a su marido hablar de ese tema.

—Lo que no entiendo es que si, como dices, es un producto financiero legal, qué es lo que Adam ha hecho mal. Doy por supuesto que todos os dedicáis a lo mismo: vendéis riesgo a personas a cambio de enormes beneficios.

—No se trata de eso, Mía, no me has entendido. El problema es que la Comisión acusa al despacho de poseer información privilegiada y de haber tenido conocimiento de que el precio del agua se iba a elevar de forma artificial. Eso está beneficiando a unos inversores, que están recuperando sus inversiones, y perjudicando a otros, que han iniciado una demanda colectiva. El cambio climático apuntaba a una sequía prolongada, pero no ha sido tal y como se esperaba, y zonas con escasez de agua han visto sus necesidades cubiertas. Esto, como entenderás, ha provocado una caída del precio.

—¿Entonces? No veo a dónde quieres llegar.

—Seguro que has oído hablar sobre los fondos de inversión, ¿verdad? Para evitar la pérdida del valor de los bonos, los grandes inversores han retenido el derecho equivalente a su valor en agua, lo que está provocando serios problemas en la agricultura y la industria. El mercado financiero está entrando en el caos, el precio del agua no deja de subir y el resto te lo puedes imaginar.

—¿Y pretendes hacer a Adam responsable de esto?

Mathys se irguió en la silla y contempló a Mía fijamente. El silencio que embargaba la sala era hiriente.

—Adam es inteligente y demasiado astuto, ninguno de nosotros cree que haya caído en una trampa. Existen diferentes opiniones para justificar lo que está ocurriendo. Hay expertos que hablan de la modificación artificial del clima para beneficio de los intereses de unos pocos.

—Mathys, ¿me estás sugiriendo que Adam ha participado en programas de manipulación del clima?

Steve respondió en un tono airado.

—No directamente, pero si Adam tenía información privilegiada…, el resto te lo puedes imaginar.

Mía no daba crédito a la acusación tan grave que recaía sobre su marido. Adam era un gran cumplidor de las normas. Había veces que ella le recriminaba ser tan estricto con todo. Nunca conducía a una velocidad superior a la indicada, cumplía escrupulosamente con sus obligaciones, incluidas las tributarias. En definitiva, evitaba tener problemas.

—Me parece increíble que lo acuséis sin darle ninguna oportunidad de defenderse. Ya me gustaría conocer el grado de implicación que tenéis todos vosotros en este negocio. Dudo que haya actuado por su cuenta sin informaros. Pero, claro, si está ausente, lo más fácil es cargar sobre él todo el marrón.

—Tampoco es eso —alegó Mathys en un tono conciliador —. Piensa en nuestra situación, en el despacho, en las consecuencias que todo esto va a traer a nuestras vidas.

—Yo sí lo pienso, pero parece que vosotros no. —Mía se escuchaba a sí misma, sorprendida por la valentía que había surgido en su interior de forma inesperada—. ¿Y si fuese cierto y Adam fuese de verdad responsable de este lío? A partir de ahora, lo que queráis de mí lo habláis con mi abogado.

—¡Estamos recibiendo amenazas muy graves! —gritó Steve fuera de sí—. Si se demuestra que Adam ha aceptado información privilegiada, podríamos enfrentarnos a penas de cárcel. ¿Lo entiendes, Mía? Nos estamos jugando la vida.

—Tranquilo, Steve. —Mathys lo sujetó del brazo—. Mía, te ruego que seas consciente de la gravedad del problema y el nerviosismo que estamos padeciendo; tenemos a la Comisión de Valores encima. Con Adam desaparecido, el problema recae por completo sobre nosotros. Aunque el abogado alegue que no estábamos al tanto, todo quedará en manos de la justicia. Nos enfrentamos a ir a la cárcel, a pagar fianzas inasumibles. La empresa no dispone de reservas suficientes

para afrontar lo que se nos viene encima. Tú misma lo sufrirás en tus propias carnes. La policía también te va a interrogar.

—Me da igual que me interroguen —replicó Mía. La angustia le dificultaba el habla—. No tengo nada que ocultar. Además, por si no os acordáis, ya llevo semanas hablando con la policía.

—Hablando de la desaparición de Adam, pero no de las cuentas bancarias ni de los grandiosos ingresos que debió obtener. —Steve volvió a intervenir con resentimiento.

—Steve, tengo que decirte que estás muy equivocado. —Mía recorrió con la mirada a cada uno de los socios—. Y lo mismo os digo a vosotros. Adam y yo tenemos separación de bienes, por lo que nada de lo que haya hecho afectará a mi familia. Y, respecto a nuestras cuentas bancarias, las puedo poner a disposición de vuestros abogados y de la policía para que comprobéis que no hay nada anormal. Los ingresos que figuran de Adam son los habituales desde que trabaja en este despacho.

—Tampoco juegues con nuestra inteligencia —intervino Mathys, molesto—, es evidente que Adam tendrá cuentas privadas.

—¡Si son privadas —gritó Mía en un tono airado, perdiendo la paciencia—, la misma palabra lo indica! Adam nunca me habló de que tuviera cuentas aparte de las comunes de la familia.

En la sala de reuniones se produjo un alboroto inesperado. Todos hablaban a la vez, la increpaban criticando con crudeza a Adam.

Mía se levantó con intención de abandonar la sala. Mathys iba a sujetarla del brazo en un intento de recuperar la armonía, pero ella abandonó la estancia sin despedirse. Solo quería salir cuanto antes de la oficina.

Por primera vez se enfrentaba a la posibilidad de que Adam hubiese huido.

CAPÍTULO X

La casa de Cologny la recibió a la vuelta de la reunión en el despacho de Adam con una frialdad desconocida. Lo que tanto le había gustado hasta aquel momento, una vivienda lujosa llena de amplios espacios abiertos y enormes ventanales con unas impresionantes vistas al lago, ahora la deprimía. Sin Adam, aquella casa carecía de sentido. Ni siquiera el magnífico jardín que rodeaba la mansión la animaba. El verdor de la hierba y las coloridas flores, que siempre elevaban su ánimo, se presentaban en aquel instante grises e inertes.

La falta de ruido martilleaba sus oídos. Echaba en falta las carreras de sus hijos, las risas, los enfados, pero era lo mejor para ellos.

La caída de la tarde incrementó su malestar. Se sirvió una copa de vino blanco y la acompañó con un pequeño sándwich vegetal. En el salón, sentada donde lo hacía siempre, se quedó contemplando hipnotizada el lago. El agua estaba en calma y las lucecitas de las casas del otro lado de la orilla se reflejaban sobre ella.

Encendió la *tablet* con la intención de encontrar información sobre los futuros del agua. Después de mucho navegar en internet, encontró un reportaje en el canal de YouTube. Se trataba de una entrevista de un programa divulgativo de investigación que Adam y ella acostumbraban a ver, dirigido por un conocido periodista. Acudía gente preparada y trataba temas de rigurosa actualidad. El periodista que lo conducía era reconocido por adelantarse a los acontecimientos. De hecho, durante la pandemia de COVID-19 se aportaron importantes testimonios de tertulianos entre los que se encontraban médicos, virólogos…

La melodía de introducción al programa comenzó a sonar, la cámara encuadró la mesa de debate. Era semicircular y el centro lo lideraba el periodista conductor del programa. A su

izquierda estaba su mujer, también periodista, y a ambos lados, los tertulianos. Entre ellos había importantes expertos del mundo de la economía, el mundo militar y la política.

—*El agua, ¿un bien común o un negocio?* Hola, buenas noches, estamos en el programa de los jueves y venimos a aprender. Para los que no nos conocen, en esta mesa se habla de todo, de lo que gusta y lo que no gusta; eso sí, siempre con riguroso respeto. Somos un altavoz de la actualidad, estamos en familia junto a los telespectadores. Esta noche íbamos a tratar otro asunto, relacionado con la violencia y robos en las calles, pero nuestras fuentes de información nos han avisado de que hay un polvorín a punto de saltar por los aires y, por este motivo, hemos decidido tratarlo. He convocado a especialistas que saben de lo que hablan. Ahora le doy la palabra a don Alberto Ruiz, catedrático en Economía con infinidad de publicaciones, estudios y un largo etcétera. Espero que nos aporte un poco de luz a este tema, del cual reconozco que soy un absoluto ignorante. Don Alberto, ¿qué nos puede contar sobre el mercado de futuros del agua?

El catedrático agradeció al periodista la presentación e inició el discurso haciendo referencia a la implicación de un importante despacho financiero en un grave problema relacionado con este tipo de productos financieros. Formuló una dura crítica a los gobiernos por permitir que se colocasen bienes esenciales en los mercados financieros y a las empresas que ponían por encima de los intereses colectivos los de los pequeños grupos de inversores.

—Respondiendo a su pregunta, los mercados de futuros juegan con las expectativas que tiene un bien fijo en un determinado plazo de tiempo. En su inicio se crearon con la finalidad de amortiguar fluctuaciones en el precio de determinados bienes, sobre todo de materias primas, como trigo o petróleo.

Intervino el periodista presentando al resto de los colaboradores.

—En cualquier momento pueden intervenir. Todos los puntos de vista son bien recibidos. El tema es inquietante y el asunto del agua, grave: no sé qué opinan ustedes. —El periodista recorrió con la mirada a los tertulianos—. ¿Qué nos puede contar sobre los futuros del agua? ¿Cómo es posible que, siendo el agua un recurso esencial, cotice en los mercados de futuros de Wall Street al igual que el petróleo, el trigo o el oro? —El locutor lo miraba con atención mientras daba un sorbito a la taza de loza—. ¿Le parece peligroso? El debate se ha puesto sobre la mesa y se puede hablar con total libertad. Explíquelo de forma sencilla para la audiencia.

El experto acusó a los fondos monetarios de crear una escasez artificial de agua y adelantó el incremento inmediato del precio en los próximos días. Esto afectaría a todo, no solo a su consumo esencial, sino a la cadena de alimentación y a la industria. De nuevo regresaba el fantasma de la superinflación tras la reciente crisis por el alza del precio del petróleo.

—Muchos agricultores no podrán cosechar esta temporada, ni los ganaderos atender a sus reses, industrias que van a entrar en parada al no poder asumir los elevados costes del agua. ¿Qué va a pasar con el canal de alimentación? Estamos a las puertas de un problema gravísimo a nivel mundial, lo que está ocurriendo con el agua es parecido a lo sucedido recientemente con la crisis energética. Las hipótesis que se barajaron en su inicio apuntaban a que el incremento del precio de la energía surgió como consecuencia de un descalabro en el mercado de futuros.

El periodista volvió a intervenir.

—¿Está sucediendo algo parecido en el caso del agua?

—Con la grave diferencia de que se trata de un bien esencial —respondió el experto—. Hay teorías que apuntan a que los grandes inversores no han obtenido los beneficios esperados y, como consecuencia, se están reteniendo los

derechos del agua para aumentar su precio y, por tanto, el de los valores financieros. En su inicio se pretendió justificar la entrada del agua en el mercado de futuros alegando que de esta manera se incentivaría la eficiencia en el uso de este bien que, previsiblemente, será cada día más escaso. Los grandes compradores negocian compromisos de compraventa con los posibles vendedores a un precio estimado en el futuro. El comprador tratará de conseguir la garantía a un precio favorable y estable, mientras que el vendedor garantizará ese precio a futuro sin tener en cuenta lo que pueda suceder.

—Pero entiendo que se puede torcer. —El periodista lo miraba con perplejidad.

—Cierto. No sé si ustedes se acordarán de lo que pasó en 2008, cuando los fondos públicos rescataron a la banca de la ruina ocasionada por la burbuja inmobiliaria. Pues bien, tras esto, la banca se dirigió a otros mercados de futuros, esta vez relacionados con los productos alimentarios; se estima que en apenas un año se invirtieron el orden de unos 320 000 millones de dólares, lo que provocó una nueva burbuja, esta vez en el sector de la alimentación.

—Y pagaremos los de siempre. —El locutor era muy gestero y se llevó las manos a la cabeza de forma teatral.

—Sí —respondió el experto—, por decirlo de algún modo. En unos meses la especulación corrió como la pólvora por los mercados provocando que el precio del trigo, del que depende la alimentación básica de miles de millones de personas, se multiplicara por cinco. Como consecuencia, millones de personas en el mundo engrosaron las filas del hambre.

—Deduzco, por lo que expone, que no es partidario de que el agua participe en semejante embrollo financiero.

—No quiero ser el que dé la voz de alarma, pero mucho me temo que, en un futuro próximo, se hablará largo y tendido de lo que está ocurriendo.

—Y para nada bueno, supongo.

El locutor miró fijamente a la cámara e introdujo a otro tertuliano, al que le dio una calurosa bienvenida.

—Usted, don Francisco, con su experiencia como asesor en este tipo de productos, dígame: una vez acabado el plazo del contrato, ¿el comprador recibe la cantidad de agua comprada?

—En el caso del agua, no. Lo que se mercadea en Wall Street con este tipo de producto financiero no es el agua en sí misma, sino su derecho de uso. De esta forma se convierte en un activo financiero. Como bien ha dicho don Alberto, los futuros del agua comenzaron a operar en el año 2018, tras la creación del índice Nasdaq Veles California Water (NQH2O). Este índice está basado en los precios de los futuros del agua en el Estado de California.

—¿Con qué fin? —insistió el periodista.

—Hay expertos que opinan que estos mecanismos financieros se crearon para beneficiar a los regantes de determinadas zonas para que así pudieran combatir las sucesivas sequías que asolaban y destrozaban sus cosechas. En zonas de escasez crónica de agua como California o el sudeste español, se puede no necesitar agua en un momento, pero sí querer garantizar su disponibilidad para una campaña de riego en el futuro o para un periodo de años. Tampoco nos olvidemos de que la industria demanda gran cantidad de agua. Aunque el agua en sí no se intercambia, su precio se acuerda en un momento determinado, y lo que se intercambia en el futuro es el derecho de uso.

»Para estas situaciones, sí veo positivo este mercadeo. Sin embargo, otros expertos ven riesgos en la especulación de un recurso natural tan esencial. De hecho, varias voces llevan tiempo alertando sobre la aparición de inversores que operen acumulando el bien y generen en el futuro una escasez artificial del agua que dispararía su precio; actores que lo único que buscan es ganar dinero con estos activos financieros.

—¡Qué interesante y también peligroso! Son las once y veinte de la noche y, como siempre, estamos en estricto directo. Vamos unos minutos a publicidad, no se vayan —el periodista miró fijamente a la cámara—, en nada estamos con muchas más cosas, y todas, por cierto, de última actualidad.

Tras la publicidad, prosiguió el debate. En esta ocasión, el tertuliano era un profesional del medioambiente que achacó lo que estaba sucediendo a la manipulación artificial del clima.

—Comparto lo expuesto antes sobre la mesa respecto a que nos encontramos ante un grave problema relacionado con el agua. Referente a que pueda deberse a un problema financiero, no puedo opinar, no es mi campo, pero sí puedo decirles que hay teorías que apuntan a la manipulación artificial del clima. Como pueden ver en las imágenes —el tertuliano señaló con el puntero sobre un gráfico—, hay zonas del planeta donde se están creando lluvias artificiales para favorecer los cultivos y la ganadería, pero hay otras zonas con grandes sequías.

—¿Manipulación artificial del clima? Lo que cuenta parece el argumento de una película de terror. —El conductor del programa lo contemplaba abriendo mucho los ojos.

—Y eso no es todo, hay cientos de relatos de personas que confirman haber visto aviones surcando los cielos y dejando a su paso enormes estelas blancas que perduran en el tiempo.

—¡Estelas blancas en el cielo! ¿Está diciendo que hay aviones que tiran algo desde el cielo? Para que los oyentes nos entiendan, cuéntenos a qué se refiere y cómo pueden provocar esas lluvias o sequías.

—Aunque muchos tachan estas teorías de conspiranoicas, y de hecho están criticadas por la comunidad científica, los llamados *chemtrails* son estelas blanquecinas que perduran en el cielo. Sus seguidores creen que hay aviones que lanzan productos químicos como yoduro de plata, dióxido de azufre,

aluminio y bario para provocar graves consecuencias: absorben las nubes y provocan sequías.

—¿Quién se especula que podría estar detrás de semejante atrocidad?

—Productores de regadío, parques solares que no encuentran obstáculos entre los paneles y el sol, y aseguradoras para tratar de evitar los daños ocasionados por el granizo y las lluvias sobre las cosechas.

—Esto que dice es alarmante, pero no pretendemos alarmar a la población, así que quédense con esto: los *chemtrails*, tal y como ha reconocido el experto, se enmarcan en el ámbito de las teorías de la conspiración, aunque habrá que seguir atentos a ello, porque nunca se sabe. De momento, el precio del agua es el habitual.

El conductor del programa miró a la cámara y luego se dirigió al resto de los tertulianos.

—No sé si ustedes han notado un incremento en la factura o no.

Los invitados confirmaron que no habían percibido un aumento en el precio y el economista que había iniciado el debate argumentó:

—Ojalá la información que poseo sea errónea, pero, en base a los parámetros que manejo, nos encontramos en la antesala de una nueva guerra: la guerra del agua. Me temo que, en unos días, las facturas comenzarán a elevarse, a la vez que habrá cortes en el suministro de agua corriente, escasez de determinados alimentos y un largo etcétera.

—Esperemos que se equivoque. El mundo ya está demasiado revuelto, la pandemia del COVID-19, la guerra de Ucrania y la de Gaza, la crisis energética…, y aquí, en España, la subida descontrolada del precio del aceite.

Mía apagó compungida el televisor. Temió que fuese cierto lo que habían dicho los socios de Adam.

Subió al dormitorio y se acostó en la cama, pero se levantó al instante. Sin Adam ni los niños, todo le resultaba

inhóspito, y la soledad la empujaba al vacío. Aquellas paredes que tanto había amado junto a su familia se habían vuelto un agujero negro. Cada dos por tres miraba por la ventana o se acercaba a la puerta ante el más mínimo ruido que escuchaba, empujada por el sueño imposible de que Adam apareciera en cualquier momento.

Permaneció la noche acostada en el sofá donde había estado viendo la televisión. Envuelta en la manta de viaje, esperaba impaciente a que llegase la mañana. Necesitaba el calor de sus hijos. Su mente, obsesiva, reproducía una y otra vez los últimos momentos que había pasado con Adam antes de que se fuese a la cooperativa con los niños.

Si la noche había sido oscura y dolorosa, la mañana la recibió con una noticia inesperada: la desaparición de Adam inundaba los medios locales e internacionales tanto en los periódicos como en la televisión. Y no porque fuese un personaje importante, sino por las graves acusaciones que recaían sobre él y sus socios. En la pantalla aparecía su imagen, una fotografía en la que iba perfectamente ataviado con un impecable traje azul marino y corbata de rayas a juego.

El comentarista informó de la grave implicación del despacho en el problema financiero relacionado con el mercado de los futuros del agua. Incluso dejó caer que la desaparición de uno de los socios pudiese no ser fortuita, sino organizada para eludir las acusaciones que fuesen a recaer sobre él.

CAPÍTULO XI

El lugar donde había quedado con Emma se encontraba en una céntrica calle de Ginebra. Cafeterías, restaurantes y tiendas proliferaban por doquier. Era un restaurante pintoresco, con un ligero toque bohemio que invitaba a la conversación. Emma era su gran soporte en los momentos difíciles de su vida. Al igual que una fiel hermana, la llamaba varias veces al día. Desde que se conocieron, Emma era la que llevaba la voz cantante, la decidida, la popular entre los chicos y la que la empujaba a que fuese más abierta. Le gustaba sentirse atractiva y observada. Además, era una gran comunicadora, siempre tenía un tema interesante de conversación; sus conocimientos de biología le permitían hablar de temas que preocupaban en la actualidad.

Mía, por lo contrario, siempre había pecado de retraída, de intentar no llamar la atención. Sabía que era guapa, pero menos resultona que su amiga. Tampoco le importaba. Mientras Emma disfrutaba en el campus saliendo con unos y otros, ella se quedaba en su habitación estudiando. Se refugiaba en los libros por la timidez que sentía ante los chicos.

Mía fue la primera en llegar a la cita. Emma la saludó mientras se quitaba el gorro y la chaqueta. Venía jadeando.

—Perdona por haberte hecho esperar. Cuéntame qué pasó ayer con los socios de Adam. Estuve todo el día llamándote y no me contestaste. ¿Estás bien?

—No puedo ni conmigo misma. Me imagino que habrás visto las noticias. —Entre lágrimas, le relató paso por paso lo sucedido en la reunión y lo que había oído por la noche en el reportaje de YouTube—. Adam nunca me habló de los futuros del agua, y, si lo hizo, no le presté atención; ya sabes cuánto me aburre la economía. Lo grave es que sus socios pretenden cargar todas las culpas sobre él. Insisten en que hemos recibido unos ingresos millonarios. He intentado convencerlos

de que no es cierto, me he prestado a enseñar a sus abogados las cuentas, pero no me creen. Tú misma viste el estado bancario en Cambrils. Lo único que me queda por pensar es que Adam tenga cuentas privadas. Al igual que el reportero de la televisión, sus socios me insinuaron que su desaparición puede tener que ver con esto.

—¡Qué sinvergüenzas! Son unos falsos, unos interesados. ¿Quién se va a creer que no estaban al corriente de sus operaciones? Adam era brillante, elocuente, terriblemente entretenido y simpático cuando quería. Me imagino que aportaría al despacho unos beneficios enormes. —Emma se quedó callada durante unos segundos mientras se llevaba una mano a la cabeza—. ¿Le has contado todo esto al inspector de Tarragona?

—No he podido contactar con él, pero los medios se están cebando con la noticia, seguro que se ha enterado. Lo llamaré en un rato, ahora no tengo fuerzas para soportar sus preguntas. ¿A qué hora has quedado con el periodista, el hermano de tu compañero?

—En media hora, quería tener algo de margen para que hablásemos las dos tranquilas.

La llegada del periodista interrumpió la conversación. Su sonrisa cercana enseguida empatizó con Mía, que lo acosó a preguntas. El chico les explicó que la FINMA, la agencia reguladora de los mercados financieros en Suiza, había entrado en la investigación, además de los investigadores de fraudes fiscales, que también habían iniciado las diligencias pertinentes.

—Primero han suspendido la actividad como bróker de tu marido. Me imagino que van a examinar las transacciones financieras en las que operaba en los últimos meses.

—¿Y a sus socios? —Mía hablaba entrecortada por la ansiedad.

—Un contacto me ha soplado que se ha iniciado una auditoría externa del despacho además de un análisis forense

digital.

—¿Qué es eso? —intervino Emma.

—Un examen profundo de los correos electrónicos, historial de transacciones y registros de comunicaciones.

—¿Y no los van a interrogar? —preguntó Mía.

—Seguro que van a tener que declarar ante el juez, pero no dispongo de esta información —concluyó el periodista.

Una vez que las dos amigas se quedaron a solas, Mía abordó un tema que le rondaba desde hacía días por la cabeza.

—Ahora que sé que Adam está metido en un asunto turbio, he pensado en contactar con Noah. Hace años que no hablamos, pero me imagino que continúa trabajando como detective. Reconozco que no me siento cómoda con la idea: no he vuelto a saber nada de él desde que nos distanciamos. ¿Sabes algo de él?

Emma jugaba con la cucharilla del café, tenía la mirada gacha.

—Hablamos de vez en cuando —dijo.

—Nunca me habías contado que siguieras en contacto con él. ¿Habéis hablado de esto?

—Sí.

Tampoco Mía levantaba la mirada.

—¿Crees que después de lo que pasó entre nosotros querrá ayudarme?

—Muchas veces me ha dicho cuánto se arrepintió de lo que te dijo aquella noche.

La temperatura había descendido. Las luces de las farolas iluminaban el anochecer. La gente caminaba a paso ligero y los tenderos bajaban las persianas de sus locales.

La voz de Mía era apenas un susurro.

—Cosas de la juventud.

—Yo creo que fuiste mucho más que eso.

—¿Sigue con la agencia de detectives en Zúrich? ¿Crees que podría ayudarme?

—Seguro que va a estar feliz de que lo llames.

—Hazlo tú, Emma, después de lo que pasó en aquella comida en tu casa me da vergüenza.

—Fue terrible, Adam tuvo un ataque de celos y la tomó con Noah.

—No me lo recuerdes —dijo Mía—. ¡Qué horror! Por eso no me atrevo a llamarlo, debí enfrentarme a Adam, pero…

—No hace falta que te justifiques. Lo tenías muy difícil si querías seguir con tu marido. Me duele decirte esto, Mía, pero…

—Estoy empezando a ser consciente de que he sido un reflejo de lo que él quería de mí —se lamentó Mía.

—Déjalo, te hace daño.

—Ahora mismo estoy hecha un lío. —Agarró fuerte a Emma de las manos—. Necesito que alguien me ayude. No puedo seguir viviendo con el interrogante de saber qué le ha pasado; si ha tenido un accidente, lo han secuestrado… Tengo que llegar como sea hasta la verdad.

—Ahora escribo a Noah. Estate tranquila.

Emma escribió un mensaje en el móvil. El sonido con la respuesta no se hizo de rogar.

Era más de medianoche cuando las dos amigas se despidieron. Esa noche Mía dormiría en casa de sus padres. Cologny se encontraba lejos para regresar de madrugada después de haber bebido alcohol.

Desde la entrada del piso, descubrió a su madre acostada en el sofá del salón; se había quedado esperándola y eso que le había hecho prometer que no lo haría. Mía sabía que al día siguiente tendría que levantarse temprano para ir a trabajar.

Le imploró que no se preocupara por ella; si seguía quedándose despierta para esperarla, no volvería a la casa. Por las arrugas del rostro de su madre se deslizaron las lágrimas, lo que provocó que Mía se derrumbase también.

—Te quiero, mamá —dijo entre hipidos—. Siento que papá y tú tengáis que pasar por todo esto. Mejor nos vamos a la

cama.

Entró en la habitación donde dormían sus hijos. Al sentirla, estiraron sus bracitos hacia ella y, entre bostezos, le pidieron que se quedase a dormir con ellos. Mía los besó en la frente y les dijo que se volvieran a dormir; en unas horas tendrían que levantarse para ir al colegio. Le hubiese gustado acostarse junto a ellos, pero sabía que no los dejaría descansar. Desde la desaparición de Adam, sus noches eran agitadas, le costaba encontrar la postura adecuada y sus piernas no paraban de moverse de un lado a otro de la cama.

Al entrar en su antigua habitación, aquella donde había dormido hasta que se fue a vivir con Adam, se dejó atrapar por el aroma inolvidable de la infancia. Era una vuelta hacia atrás, a un espacio al que no pertenecían ni Adam ni sus hijos. Estar allí le hizo evocar recuerdos, muchos empapados de una neblina de soledad. Era lo que tenía el haber sido hija única, sin hermanos con los que discutir o jugar. Debido a los respectivos trabajos de sus padres, muchas tardes los esperaba sola, deambulando de un lado a otro de la casa, asustada por inesperados sonidos, los habituales temores de la edad.

Desde la cama observó el escritorio, aquel en el que tantas horas había pasado estudiando para sacar buenas notas y acceder a la universidad, muchas de ellas sola y otras tantas acompañada por Emma.

Junto a su amiga había aprendido a crecer.

Siguiendo las indicaciones del médico, se puso una pastilla debajo de la lengua. Las pulsaciones enseguida empezaron a bajar mientras su mente se iba nublando. Era lo que necesitaba: dejar de pensar, sobre todo de sentir. Pero los fantasmas no parecían darle tregua y volvían una y otra vez a asaltarla.

CAPÍTULO XII

La oficina donde trabajaba Mía se encontraba en pleno casco antiguo de Ginebra. La catedral de San Pedro dominaba la zona, su torre ofrecía una vista panorámica de la ciudad y también del lago. Cuando salía del trabajo, le gustaba perderse por aquellas estrechas calles repletas de tiendas de antigüedades y cafeterías entrañables. Esa mañana, sin embargo, caminaba estremecida; no se debía al aire fresco que se colaba entre las calles, sino a la noche repleta de pesadillas que había maltratado su cuerpo. Las noticias sobre el escándalo en el que estaba metido el despacho financiero donde trabajaba su marido y las palabras de Emma le habían impedido descansar.

Nada más entrar en la oficina, sus compañeros de trabajo formaron a su alrededor un círculo de buenos sentimientos. Imaginó que todos estarían al tanto de las noticias, pero no percibió ningún gesto de censura en sus rostros. Tras revivir con ellos lo sucedido, les comunicó que por un tiempo se mantendría alejada de la oficina.

—Me encuentro tan baja de ánimo que no haría bien mi trabajo.

Su jefe le dio un cariñoso apretón de manos.

—Confiemos en que todo se solucione y te tengamos pronto de vuelta.

Una vez en la calle, se dirigió a una tienda de *delicatessen* a comprar algo para la cena de la noche. Eligió los productos que más les gustaban a los niños y platos más sofisticados para agasajar a Noah y Emma. El inminente reencuentro con su antiguo amigo la inquietaba. Hacía mucho tiempo que no hablaban y entre ellos quedaban asuntos pendientes.

De regreso a Cologny, justo en el momento que intentaba abrir la puerta de la casa, el móvil comenzó a vibrar en el fondo del bolso. Dejó los paquetes de comida sobre la mesa de la cocina y buscó en la pantalla el número que no había

podido contestar. El prefijo 34 indicaba que la llamada procedía de España; supuso que se trataría del inspector. Sus dedos titubearon sobre las teclas, nerviosos.

—Antes de nada —dijo el inspector Albert Molins—, he de decirle que estoy informado de las acusaciones que recaen sobre su marido. ¿Cómo no me habló de esto cuando la interrogué?

Mía se disculpó; alegó que no estaba al corriente del problema. Luego le dio un detallado resumen de la reunión que había tenido en el despacho de Adam. También le aseguró al inspector que su marido no la había puesto al corriente del problema que tenía en el trabajo.

—¿Cree que pueda haber una relación con la desaparición? —preguntó Mía con la voz entrecortada.

—Es pronto para confirmarlo. He recibido el resultado del rastreo realizado en la zona hace unas horas: dispositivos policiales han encontrado el teléfono de su marido enredado en unos matorrales al borde de la autovía.

—¿Al borde de la autovía? ¿Cómo es posible? Mi marido me llamó desde el bar de Cambrils.

—Hemos comprobado las llamadas y la última conexión telefónica la mantuvo con usted.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Debió tirarlo después de dejar a los niños en el bar.

—¿Tirarlo?

—Es una de las hipótesis que estamos barajando.

—¡Es una locura!

—Pudo ser que lo tirase él o iba con alguien que lo obligó a hacerlo. La llamo para informarle de que ya disponemos de las grabaciones de la cooperativa.

—¿Me las puede enviar?

En segundos recibió el mensaje del inspector. Llevaba dos adjuntos colgados: el vídeo de la grabación y el tique de compra. En la pantalla se visualizaba a Adam y a los niños sacando las cosas del carro y colocándolas sobre la cinta

transportadora. El tique de compra coincidía con la lista que habían confeccionado para llevar a Suiza: tres garrafas de aceite de arbequina y cinco de mesa, diez latas de aceitunas y dos rosarios de tomates para untar, además de varios paquetes de jamón y lomo ibéricos.

—Estoy perdida. ¿Qué opciones barajan? ¿Cree que, a consecuencia de lo que ha pasado en el despacho, lo han podido secuestrar?

—Es una posibilidad que estamos barajando —respondió el inspector Molins—, puede que su desaparición tenga que ver con eso del escándalo. El asunto financiero en el que andaba metido su marido es muy grave.

—Pero, si hubiese sido secuestrado, ¿no habrían solicitado ya un rescate?

Molins calló un instante antes de responder.

—Otra posibilidad sería un ajuste de cuentas, es de suponer que haya personas afectadas.

—¿Cree que lo han matado?

—De momento hay que esperar. No me puedo aventurar en una u otra dirección.

La conversación con el inspector la dejó con mal sabor de boca. Se subió al coche y se fue al colegio a por los niños. Le costaba disimular ante sus hijos todo aquel dolor, aquella incertidumbre.

Lea rompió el silencio que imperaba en el coche para contarle que esa mañana, en su clase, habían empezado a preparar la función de Navidad.

—Pero si faltan dos meses. —La idea de pasar la Navidad sin Adam le dio un vuelco en el estómago.

—¿Y qué? —replicó la niña, enrabietada—. Ha dicho la profe que nos va a llevar mucho trabajo y tenemos que aprendernos bien las canciones y los bailes.

—Tranquila, Lea, tienes razón. —Mía no entró a discutir y rebajó el tono—. He tenido una mañana complicada.

Sabía cuánto estaba sufriendo su hija la falta de su padre. Desde su nacimiento, los dos habían sido como uña y carne, con una complicidad tan intensa que en ocasiones le había hecho sentir fuera de su mundo.

Miró por el retrovisor. Atrás, sentado en su sillita, iba Thomas con el ceño fruncido. Sus manitas regordetas se secaban las lágrimas. Desde la desaparición de su padre se había vuelto asustadizo y al mínimo sobresalto se echaba a llorar.

En la entrada de la casa los esperaba la canguro. Se iba a encargar de los niños para que los mayores pudieran hablar con libertad. Mía bajó la ventanilla y le entregó las llaves para que abriese la puerta de la casa.

Los niños ayudaron a la chica a llevar a la cocina las bandejas de comida. Luego, obedeciendo las instrucciones de su madre, subieron a la primera planta a cambiarse la ropa del colegio. Los recibimientos anteriores a Emillie, acompañados de saltos y risas, se habían convertido en caras tristes y silencios.

Mía colocó sobre la mesa de la cocina los sándwiches que había comprado para los niños; sus favoritos eran los de jamón y queso. Confió en que calmaran sus ánimos.

Cuando los chicos bajaron a la cocina a cenar, Emillie la ayudó a poner la mesa del comedor. Colocaron las bandejas con el surtido de canapés y abrieron las botellas de vino. El sonido del timbre interrumpió sus labores.

Lea corrió a abrir la puerta. Adoraba a Emma y estaba impaciente por verla.

—¡Tía Emma! —gritó tirándose a sus brazos.

Mía se acercó a la puerta. Sus ojos y los de Noah se cruzaron fugazmente. Llevaban muchos años sin verse y les llevó unos segundos reconocerse. La chica de la universidad se había transformado en una mujer cargada de responsabilidades, y el chico larguirucho, en alguien de aspecto interesante. Se envolvieron en un abrazo y, sin

utilizar las palabras, aparecieron de inmediato los recuerdos entre los dos.

Lea observó al amigo detective de su madre con interés. Sabía que había venido a ayudarlos a encontrar a su padre y sus ojos lo acosaban a preguntas.

Luego tomó a Emma de la mano y la hizo que la siguiera a su cuarto de juegos. Mientras Thomas y ella le enseñaban las novedades, Lea le fue contando cuál iba a ser su papel en la función de Navidad.

Mía y Noah se sentaron alrededor de la mesa. Parecían dos adolescentes azorados; no acertaban a encontrar un tema del que hablar. Comenzaron recordando anécdotas triviales del campus universitario mientras bebían sin parar de sus copas de vino. Sin ser conscientes de sus emociones, evitaban mantener la mirada entre ellos. La historia de amor que habían compartido había sido breve pero intensa.

La presencia de Noah le hizo revivir a Mía el dolor que le provocó la ruptura. Una herida que creía completamente cerrada y que, sin embargo, tenía sus aristas.

Emma se unió a ellos y la magia del momento se rompió.

—Cuéntale a Noah —dijo— la conversación con el inspector de Tarragona.

Noah abrió la agenda electrónica para ir tomando notas.

—No consigo aceptar lo que está ocurriendo. Me parece surrealista, como si de un momento a otro fuese a despertar de esta pesadilla. Todas las opciones que plantea el inspector son malas.

Noah levantó la mirada de la agenda y observó con atención a Mía. La voz del detective era ronca y profunda.

—¿Notaste algo raro en él?

—¿En el vídeo que me envió el inspector? No. Os lo voy a mandar. Se le ve a Adam como era él, alegre, activo, hablando con la cajera y haciendo bromas con los niños.

Los ojos llorosos de Mía imploraban a su amigo expectativas optimistas.

—Durante la conversación telefónica de aquella noche —continuó— todo me pareció raro, sobre todo sus excusas por no haberme llamado ni contestado a mis llamadas. Quise creer que el tono tan serio que empleó se debía a la tormenta o al enfado por haber tenido que cancelar el viaje. Pero no tuve tiempo de averiguar nada, la llamada apenas duró unos minutos.

—Es decir, que no era normal en él esa forma de actuar.

—No. Adam siempre es atento conmigo, está pendiente de todo. ¿Verdad, Emma?

—Si me lo permites, yo diría que te tiene sobreprotegida.

—¿Celoso? —insistió Noah—. ¿Controlador?

Las dos amigas cruzaron una mirada seria. Emma hizo un gesto animando a Mía para que contestara.

—No lo sé —respondió Mía—. Ahora, después de lo visto, no sé qué pensar. A lo mejor…

—¿Sí?

—A lo mejor Adam me quería solo para él, pero yo no he sido nunca muy consciente de eso. De entrada, me ha demostrado que no confiaba en mí; si estaba metido en un lío, me lo tenía que haber dicho.

—¿Qué opciones baraja la policía? —preguntó Noah.

—El inspector no suelta prenda, pero presiento que me oculta algo. Sospecho que sabía del problema en el que andaba Adam antes de que la noticia saliera en los medios.

—Lo que dices parece lógico —respondió Noah—. Seguro que al empezar la investigación sobre su desaparición rebuscaron en su vida.

—Quizá haya una denuncia contra él y no me lo quisieron decir. Cada vez conozco menos a la persona con la que he compartido mi vida.

—¿Te comentó si tenía problemas en el trabajo? —insistió Noah.

—No, y tampoco parecía preocupado. Debe ser un actor magnífico porque no sospeché nada. Es verdad que alguna

vez le escuché conversaciones con sus socios, le preguntaba si ocurría algo grave y él enseguida le quitaba importancia. Decía que en ese tipo de trabajo a veces se camina por la cuerda floja. Pero nunca sucedió nada que los pusiera en evidencia y el despacho ganaba dinerales. De alguna manera, yo veía a Adam diferente a sus socios, o eso quise pensar siempre, que nunca se metería en algo que estuviese mal.

—¿Nunca te habló de sus negocios?

—Cuando llegaba a casa se dedicaba a nosotros. Disfrutaba tanto jugando con los niños… Hacía un gesto simulando que apagaba un interruptor y decía que se desconectaba de la oficina. Había días que trabajaba hasta catorce horas, incluso muchos fines de semana salía de viaje.

—Pues yo tengo claro que los socios estaban al tanto —intervino Emma—. Lo que pasa es que se quieren ir de rositas.

—Tiene toda la pinta —dijo Noah—. Además, si, como dice Mía, le habían avisado de que no entrase en ese asunto, lo normal es que estuviesen sobre aviso y le hiciesen un seguimiento. —Alzó la mirada hacia Mía—. Me ha dicho Emma que teníais separación de bienes. ¿Le firmaste algún poder o algo que pueda comprometerte?

—No —respondió Mía con las cejas arqueadas.

—Entonces, tranquila. Tampoco eres accionista del despacho, ¿verdad?

—No.

—Por lo que no tienes participaciones del fondo que ha generado los problemas.

—He comprobado con nuestro asesor las cuentas y las posiciones bancarias, y no aparece nada relacionado con eso.

—¿Le preguntaste si Adam tenía cuentas privadas? —insistió Noah—. Me refiero a movimientos a los que tú no tuvieses acceso. Si os lleva las cosas a los dos, os hace la declaración de impuestos.

—Se lo pregunté, pero dijo que tenía un contrato de confidencialidad con cada uno de sus clientes y, por tanto, no tenía permiso para dar esa información.

A Emma se la llevaban los demonios.

—Hasta que la policía o el juez se lo requiera. Ya verás como entonces habla. En una situación como esta, debería anteponer tu seguridad a la privacidad.

—Calma, Emma. —Noah la reprendió con la mirada—. Igual es mejor para Mía, como una forma de protegerla, ya que no tiene acceso a nada. Pensadlo. Si el asesor declara que Mía no tiene acceso a la información, la policía no podrá presionarla. Mía, ¿tienes dinero suficiente para afrontar los gastos cotidianos? ¿Necesitas que te ayudemos?

—Gracias, por ese lado no tengo problema. Adam no ha tocado las cuentas y todas tienen saldos elevados. Además, voy a disponer del subsidio de enfermedad. Esta mañana he estado en la oficina para entregar los papeles; en estas condiciones psicológicas no puedo trabajar.

A pesar del calor que desprendía el suelo radiante, el cuerpo de Mía temblaba. Aunque siempre había sido delgada, desde la desaparición de su marido estaba en los huesos. Su antiguo rostro, dulce y relajado, se había apagado y las profundas ojeras lo oscurecían aún más. Todo su ser mostraba una debilidad a punto de quebrar.

Emma se sentó a su lado y le tomó las manos.

Noah elevó la voz.

—Aunque no lo creas, eres la mujer más valiente que he conocido. Bajo esa aparente fragilidad hay una persona luchadora que nunca va a abandonar la batalla. Tus hijos lo saben, lo he visto en sus ojos; yo sé que no los vas a defraudar.

CAPÍTULO XIII

Era sábado por la mañana y el sol lucía por todos los rincones de la casa. Un aroma a chocolate, café y bollería recién horneada inundaba la cocina. Emillie y los niños habían madrugado: la clase de deporte de los sábados comenzaba a las nueve en punto. A pesar de la situación que padecían, Mía intentaba que sus hijos mantuviesen la rutina.

Emma se ofreció a acompañarlos, eso permitiría que Mía y Noah hablaran en privado de las acciones que se fueran a emprender.

—Os esperamos a las doce en la cafetería del club —se despidió Emma, cargando la raqueta de Thomas y la bolsa de deporte.

Mía les dijo adiós con una media sonrisa. Intentaba no trasladarles la inquietud que la invadía, pero la verdad es que vivía presa del móvil, del ordenador, de cualquier vía imaginable o inimaginable que le ofreciese un acceso a su marido.

Los primeros momentos con Noah fueron tensos. Un pasarse el azucarero, la jarrita de leche…

Noah levantó la tapa del ordenador portátil y se dispuso a escribir.

—Si quieres que te ayude a encontrar a Adam, debemos preparar una línea de acción, y para ello tengo que rellenar un formulario. Lo hago siempre al iniciar una investigación, me ayuda a ir colocando las piezas y resolver el rompecabezas.

—De acuerdo.

—Yo estuve con Adam en una ocasión y no tengo una idea clara de él. ¿Lo crees capaz de hacer algo así y darse a la fuga?

—¿Huir y dejar solos a los niños? No.

—No es mi intención cargar el ambiente con más problemas, pero es necesario que trabajemos en todas las hipótesis, incluida su posible desaparición voluntaria. Para ello necesito saber de su persona, de sus orígenes. Por lo que nos contaste ayer, vuestra relación era excelente y quería mucho a los niños. Cuéntame algo de lo que hacíais cuando estabais los cuatro juntos.

—Los sábados por la mañana acompaña a los niños al club, a las clases de deporte, luego viene a por mí y vamos a hacer la compra. A los niños les divierte ir al centro comercial. A Thomas le gusta montarse en el carro mientras Lea le va pasando las cosas. A Adam le gusta mucho la cocina, muchos domingos nos sorprende con algún plato nuevo. Cocina mucho mejor que yo y, además de preparar la comida de los domingos, cocina diversos platos para la semana. Nunca supe de dónde sacaba aquella colección de recetas, ese era uno de sus secretos. —Mía se volvió a llevar las manos a la cara—. Ahora no puedo soportar ver los cajones del congelador con cosas que preparó antes de irnos de vacaciones. Adam es muy meticuloso, calculaba al detalle las porciones de comida de los cuatro y las guardaba en bolsitas de congelación perfectamente anudadas.

—Te entiendo, tiene que ser difícil pasar por todo esto. —Noah apoyó la mano en el hombro de su amiga—. ¿Cuál era su plato estrella?

—Déjame pensar..., la crema de almejas. La servía entre pan y pan.

—Nunca había escuchado nada así, una crema entre pan y pan.

—No se derramaba porque era densa, como el guacamole. Tengo que decir que estaba buenísima.

—¿Se come eso en Irlanda?

—Dijo que la tomaba en Londres; cuando acabó la universidad, se trasladó a trabajar allí.

Mía hizo un repaso a la minimalista biografía que tenía de su marido mientras Noah tecleaba a toda velocidad.

—¿Y no conociste a sus padres?

—Murieron en un accidente de tráfico. Adam se costeó los estudios universitarios en Oxford con el dinero que le dejaron en herencia.

—¿Y sus abuelos, tíos o primos?

—No tenía ninguna relación con el resto de la familia. Lo achacaba a viejos problemas familiares derivados de la empresa familiar que hicieron que se dejasen de tratar. No te puedo dar detalles, nunca los he visto ni he hablado con ellos, a excepción de unos tíos que viven en Dublín y a los que visitamos la Semana Santa pasada.

—¿Cómo se animó a llevaros? Ayer contaste que evitaba hablar de Irlanda y de su infancia.

—Lea estaba empeñada en ir a conocer la casa donde se había criado y conocer a alguien de la familia. Yo soy hija única. Tras los días de vacaciones, les ordenaron en el colegio escribir un relato sobre la celebración de las fiestas y hacer una pequeña descripción de su familia. Ya has visto el carácter que tiene y, cuando se empeña en una cosa, no la suelta hasta conseguirla. Era el ojito derecho de Adam; la niña se enfadó ante sus evasivas y dejó de hablarle, a mí me evitaba y contestaba con palabras malsonantes.

—¿Cuándo sucedió ese conflicto?

—Las Navidades pasadas. Lea se quejaba de que sus amigos tenían dos familias y celebraban las fiestas con ambas y recibían muchos regalos. Ya sabes, cosas de niños. No entendía por qué no tenía primos ni tíos como el resto de sus compañeros. Fueron unos días difíciles para Adam y para mí.

—La actitud de Adam me parece exagerada. Debe ser muy duro perder a unos padres, pero eso no justifica aislar a los niños de su familia. Aunque tuviesen una mala relación, es raro que no hiciese alguna referencia a ellos. Por lo poco que

lo conocí, no veo a Adam en ese perfil, se manejaba seguro de sí mismo por encima de todo.

—Al final claudicó ante Lea. Un niño de la clase se rio de ella por no tener ni una sola foto de sus abuelos paternos. Entonces Adam le prometió que en Semana Santa viajaríamos a Dublín.

—¿Cuánto tiempo pasasteis en Irlanda?

—Cinco días, resultó genial. Los niños lo pasaron en grande.

—Hablaste de unos tíos, ¿os quedasteis en su casa?

—Nos alojamos en un hotel cercano. Se disculparon porque la casa era pequeña. Además, a Adam le encantan los hoteles, no le gusta ir a dormir a casa de nadie. Es muy especial con la limpieza, sobre todo, la intimidad en el cuarto de baño. Durante el día estuvimos visitando Dublín y otras poblaciones cercanas, Adam quería enseñar Irlanda a los niños. Fuimos a cenar dos noches a casa de los tíos. Los dos trabajaban y no llegaban hasta media tarde.

—¿En los días de fiesta?

—Sí.

—¿En qué trabajan?

—Celadores de hospital. Les había tocado turno varios de los días festivos.

—Bueno, tendrías un tema en común al ser tu madre enfermera.

—No te creas, en eso se parecen a Adam. No les gusta hablar de trabajo una vez que están fuera.

Noah meneó la cabeza, pensativo, y siguió escribiendo.

—Entiendo que los tíos te habrán llamado para interesarse por él.

—No.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, pero hasta ahora no he pensado en ellos.

—Coincidirás conmigo en que es difícil de creer que no hayan visto la imagen de Adam en la televisión. Desde que ha

saltado el asunto de los futuros del agua a los medios, su fotografía no deja de salir junto a la de sus socios.

—La verdad es que no lo hicieron.

—¿Y has pensado en llamarlos tú?

—Los llamé al día siguiente de la desaparición, por si Adam los hubiera llamado, pero no sabían nada de él. Durante nuestra visita a su casa, los dos estuvieron educados y atentos con los niños, pero conmigo y Adam se mostraron esquivos. Cuando los llamé, ninguno de ellos expresó la mínima preocupación por su sobrino, lo que reconozco que me molestó y me resultó raro.

—¿Quedasteis en volver a hablar o les pediste el teléfono de algún otro familiar?

—No me dieron opción. Como te digo, cuatro palabras rápidas y colgaron.

—Te preguntarían por los niños…

—No.

Noah la observaba con aquellos ojos astutos, típicos de detective. Se interesó por el álbum familiar y le pidió que le mostrase fotografías de la infancia de Adam y de sus suegros.

—No tenemos fotografías de sus padres. Adam me dijo que, cuando murieron, las rompió todas. Le hacía mucho daño recordar su pérdida.

—¿Y de él?

—Tampoco.

—Todo esto que me cuentas, Mía, es muy raro. ¿Qué hizo Adam con sus enseres cuando se trasladó de Londres? Algo traería para aquí.

—Cuando alquilamos el apartamento en el centro de Ginebra, pidió a una agencia que le enviara sus cosas. Alquiló un trastero a las afueras de la ciudad, el apartamento era pequeño y no tenía trastero, y guardó las cajas allí. Al trasladarnos a esta casa, trajo aquí sus enseres. Si te soy sincera, nunca me he interesado por el contenido de esos

paquetes. Dijo que contenían apuntes de la universidad y libros de economía.

—Si necesitas mi colaboración, te propongo empezar por investigar sus orígenes. Me gustaría ir a Irlanda, visitar a la familia y el colegio donde estudió. No quiero alarmarte, Mía, pero me parece rarísimo que ningún familiar haya contactado contigo ni se haya personado en la investigación.

—No sé, Noah, quizá piensen que busco alguna compensación.

—Podría ser que Adam tenga participaciones en la empresa familiar y sus familiares cosas que ocultar. Te cuento que he intervenido en un par de casos en que muere uno de los cónyuges; el viudo o la viuda reclama a la familia lo que le corresponde y, ante las negativas a entregarle su parte, amenaza con descubrir información que le dio su marido o esposa.

—Lo veo enrevesado —apuntó Mía—. Adam nunca me dijo que tuviese acciones en la empresa de la familia.

—¿Sabes cómo se llama la empresa?

—No.

—Por cierto, no hemos hablado del testamento. ¿Aparece algún bien del que no tuvieras constancia?

—Ese es otro problema —dijo Mía—, no hay ningún testamento. Estoy a la espera de recibir las últimas voluntades, por si aparecen registradas en alguna parte, pero el testamento como tal no existe. Nuestro abogado me dijo que le había insistido varias veces que lo hiciera, pero Adam lo dejaba para otra vez y así se iba postergando.

—Otra cosa extraña. Es raro que un hombre tan preparado y con tanto patrimonio pase por alto algo tan importante. Lo principal es proteger a los suyos. De cualquier forma, entiendo que su dinero irá a los niños. ¿Y esta casa? ¿Está a su nombre?

—Al mío. Adam se empeñó en ello, aunque la había pagado él.

—¿Y la de Cambrils?

—También.

—O sea que lo tiene todo bien atado; si va a juicio por el asunto que me has contado, no perderá nada. Dijiste que estabais en separación de bienes. Por lo menos os ha protegido a ti y a los niños. No será el primer caso en que la ambición lleva a la gente a la miseria.

Mía percibió inquietud en la mirada de su amigo. Sus ojos reflejaban lo mismo que ella sentía.

—Antes de nada, Noah, vamos a calcular los gastos que te va a ocasionar el viaje a Irlanda y te los adelanto por transferencia.

—Como quieras. Pásame la dirección de los tíos.

—No la recuerdo, me imagino que Adam lo tendrá apuntado en su agenda. Espérame un segundo.

Mía entró en el gabinete. Era un lugar privado donde Adam pasaba las horas trabajando; no le gustaba que lo molestasen. Los cajones de la mesa escritorio estaban cerrados y no había ninguna llave a la vista. El ordenador estaba apagado y no conocía la contraseña.

Y, de pronto, comprendió que no sabía casi nada del hombre con el que había compartido su vida.

CAPÍTULO XIV

Los efectos negativos de la especulación con los futuros del agua se agudizaron a medida que fueron pasando los días. Además del despacho donde trabajaba Adam, otros agentes financieros habían participado en el negocio. El planeta podía encontrarse en la antesala de la guerra del agua. A la obstinada sequía a causa del cambio climático se le sumó un nuevo factor: la retención del derecho al agua que estaba en manos de los grandes especuladores. Las restricciones del bien aumentaban cada día, el precio de esta y de los productos y servicios relacionados se volvió imposible para una mayoría que no dejaba de manifestarse reclamando soluciones inmediatas.

Los días pasaban sin novedades sobre Adam, las autoridades españolas continuaban buscando rastros del coche en carreteras, rieras, playas… No había constancia en las cámaras de las carreteras ni denuncias de alguien que pudiese estar implicado en un accidente. En comunicación con la policía suiza se solicitó la cooperación de la Interpol; la organización de la policía criminal actuaba en casos de fugitivos responsables de delitos graves contra el medioambiente, casos de corrupción, fraude, contrabando, terrorismo y drogas.

La situación emocional de Mía se fue agravando por momentos. El precio del agua, en la mayor parte del planeta, estaba sufriendo unas subidas a unos niveles alarmantes, tal y como había presagiado el tertuliano del reportaje que había visto en YouTube.

La mañana previa al viaje de Noah a Inglaterra amaneció turbulenta para Mía. Estaban hablando por teléfono, concretando detalles del viaje, cuando en el informativo matutino salió de nuevo el despacho donde trabajaba Adam. A las reclamaciones por la acción de los socios con los futuros del agua se le sumaron otras por pérdidas millonarias de

inversores en criptomonedas. El despacho quedó retratado ante el mundo como un nido de especies carroñeras. Uno de los tertulianos no dudó en acusar a Adam de haber desaparecido para no enfrentarse a la justicia y al escarnio público.

Mía no reconocía a su marido en la sinopsis que se estaba haciendo de su vida profesional, plagada de graves acusaciones. El reportero cedió la palabra a un personaje importante que explicó lo ocurrido de una manera muy clara. Inversores que habían comprado derechos del agua a un precio determinado y, por circunstancias en las que no se aventuraba a entrar, no habían visto que el precio alcanzara el nivel esperado.

—Especulación, especulación y especulación. Ya se avisó desde los foros financieros que esto podría pasar. Incluso para evitar las pérdidas e incrementar las ganancias de este coste, se han retenido los derechos de uso y, como consecuencia, el precio del agua está subiendo a unas cifras insostenibles.

La dejó sin aliento ver junto a la imagen de Adam una fotografía pixelada con ella y sus hijos. Era la primera vez que se exponía a su familia. El economista, no contento con esto, incluso se atrevió a dejar caer la hipótesis de que su mujer tuviese conocimiento de su paradero y no lo reconociese ante la policía. Fue entonces cuando Mía entendió lo que Mathys, el socio mayoritario del despacho, la había dejado entrever; de alguna forma, ella también se vería sometida al juicio público.

Los problemas a los que se enfrentaba no habían hecho más que empezar. Sentía una enorme angustia por sus hijos. Thomas, por suerte, apenas se enteraba de lo que estaba ocurriendo, pero Lea estaba sufriendo comentarios desagradables de varios compañeros de su clase en relación con su padre. En las casas se hablaba de la situación y era inevitable que los niños escucharan las conversaciones de sus padres, incluso las noticias de la televisión. El día anterior,

sin ir más lejos, la tutora de Lea la había telefoneado porque la niña había sufrido un ataque de ansiedad.

Si los Gobiernos no limitaban la especulación con este tipo de productos financieros, la guerra del agua elevaría el centímetro cúbico de agua a unos precios desorbitados y ello afectaría al precio de los alimentos. Una situación realmente grave en la que no habría agua con que cultivar o dar de beber a los animales, y muchas industrias entrarían en parada técnica. Incluso el sector sanitario y la industria farmacéutica se verían seriamente afectados. Derrumbada, apagó el televisor. No podía soportar tanta negatividad.

El sonido de un objeto chocando contra una de las ventanas del vestíbulo la sobresaltó. El cristal estaba hecho añicos, un coro de voces, cargadas de insultos y amenazas, invadieron la casa. Paralizada, contempló las pancartas tras los estores. El gentío exigía que dijese dónde estaba su marido. Aterrorizada, tecleó el número de emergencias en el móvil. Temía que la gente, descontrolada, accediese al interior.

—Asegure las puertas y las ventanas y no salga de la casa para nada. En unos minutos llegarán los coches patrulla.

La mansión estaba domotizada, la aplicación del móvil le permitió bloquear todos los accesos.

Escuchó el sonido de sirenas acercándose, pero el tumulto en la calle no cesaba. Los agentes de policía rodearon a la gente. Se les pidió por megafonía que cesaran las protestas. Una furgoneta blanca que llevaba rotulado el nombre de una importante cadena de televisión se detuvo delante de la casa.

Un agente de policía se acercó a la entrada mientras los periodistas se colaban en el jardín. Los vecinos de las casas adyacentes se asomaron a las ventanas, sus rostros observaban horrorizados la escena. Cuando la policía entró en la casa, Mía estaba a punto de echarse a llorar.

—Vamos a dejar un coche patrulla para evitar que vuelvan —aseguró el agente.

—¿Y los periodistas? Hay varios ocultos en el jardín. Yo no sé nada, ojalá supiera dónde está mi marido.

El agente la observó con compasión, pero elevó los hombros expresando que no estaba en sus manos el poder hacer más por ayudarla. El móvil comenzó a sonar. Mía respondió sin dejar de temblar.

—Estaba desayunando en la cafetería del hospital —dijo su madre— y acabo de ver tu casa en la televisión. Tienes que venirte a vivir con nosotros. Es peligroso que estés sola allí, la gente está como loca.

—¿Y llevaros el problema a vuestra casa, mamá? Tengo que pensar en otra solución. Lea lo está pasando mal en el colegio, ya sabes lo que dicen de Adam, y creo que todo va a ir a peor. Cualquier día me agreden por la calle o atacan la casa. No entiendo qué quiere esa gente de mí. Que vayan a reclamar al despacho, allí están los responsables.

—Lo han hecho. Han salido en televisión.

—¿Cuándo? La policía no me ha dicho nada.

—A la vez que ocurría esto en tu casa, había una manifestación enorme frente al edificio donde trabaja Adam. Unos policías controlaban el tumulto mientras otros sacaban esposados a los socios del despacho. Mía, te lo repito, ¿qué vas a hacer para protegerte? Estoy muy preocupada por ti.

—Cuando la policía me deje salir, voy a ir al colegio a por los niños. Me da miedo que les pase algo.

—Es muy grave lo que ha hecho tu marido —suspiró su madre.

—Mamá, yo no creo que Adam haya sido capaz de hacer algo así y, hasta que no me aporten pruebas, para mí sigue siendo inocente. No te olvides de la presunción de inocencia.

—Debería haberse enfrentado a ello, la huida no es la solución.

—Huida, huida… No vuelvas a mencionar esto delante de mí. ¿Y si lo han matado?

—No sé, hija.

—Pues si no sabes, no juzgues. Bueno, vamos a dejarlo, tengo que hacer una llamada.

Mía colgó el teléfono y llamó a su abogado.

—Me encuentro en una situación límite —le dijo—, y no sé qué hacer.

—Mi consejo es que hagas las maletas, vayas a por tus hijos y salgáis hoy mismo de Suiza.

—¿Salir del país? ¿A dónde vamos a ir? Los niños tienen que ir al colegio, seguir una rutina, bastante tienen con no saber si volverán a ver a su padre.

—Te propongo fijar temporalmente la residencia en la casa de veraneo de España. He comprobado las escrituras, por si había habido algún cambio del que no tuviese conocimiento, y todo sigue en orden: la casa está a tu nombre. Es un lugar turístico, con gente que va y viene, por lo que podéis pasar más desapercibidos. Lo urgente es alejarse de Ginebra, del foco mediático.

—Pero los niños se van a quedar sin colegio y allí no tienen amigos. No sé cómo se lo van a tomar.

—Me dijiste que tu hija estaba siendo presionada y no quería volver al colegio. Ya verás que estará bien. Y Thomas es demasiado pequeño. Voy a hacer unas gestiones para inscribirlos en el más cercano a vuestra vivienda, mi secretaria se pondrá con ello esta misma mañana. Te voy a enviar por correo unos papeles para que los firmes; les vas a poner tu apellido, eso les dará más privacidad.

—No tengo palabras para agradecer tu ayuda. ¿Cómo te explicas que haya movilizaciones tan rápido? Apenas ha saltado la noticia a los medios.

—La economía es como un tablero de dominó y, si una pieza cae sobre otra, hay que actuar rápido para evitar que caigan todas. Por lo que he podido averiguar, los derechos del agua se han ido reteniendo poco a poco, los mercados han acusado los incrementos a medida que se han ido produciendo hasta que la situación se ha vuelto insostenible y

la burbuja ha estallado. Los primeros perjudicados se han unido en asociaciones para presionar a los gobiernos a que tomen medidas de urgencia. Pero te auguro que pronto volverá todo a su cauce. Por la información que tengo, los inversores han empezado a asumir las pérdidas para evitar otras mayores en el resto de las inversiones.

—¿Crees que se tomarán? Van a tener que obligar a liberar los derechos.

—Seguro —dijo el abogado—. Así se ha hecho otras veces, date cuenta de que el agua es un bien esencial y ya se está acusando su escasez, con todo lo que esto conlleva. Piensa en el dinero que hay en juego. Serán unas negociaciones duras, nadie va a ceder sin nada a cambio.

—Me dejas sin palabras. Cada vez tengo más claro que Adam no ha participado en algo así. Era superestricto con las leyes. Tú mismo lo sabes.

—A mí también me sorprende. Demasiado inteligente para meterse en semejante lío. —El abogado se quedó callado y añadió—: Por cierto, ¿qué tal van las investigaciones de tu amigo el detective?

—Todavía está en Londres, pero no me ha contado nada. Intentó averiguar cosas sobre Adam desde aquí, pero no lo consiguió. Lo he puesto en sus manos porque no me fío de que la policía me cuente todo lo que sabe.

—Me parece correcto que investigue sus orígenes. Mía, siento decirte esto, pero te aconsejo que te prepares para lo peor. Me imagino que estarás al tanto de que han detenido a los socios de Adam para interrogarlos y que van a tener que pagar unas fianzas millonarias para evitar la cárcel. Todos van a ser juzgados, excepto Adam mientras no aparezca.

—¿Me llamará el juez a mí?

—No. —El tono de voz del abogado se suavizó todavía más —. Siento que tengas que pasar por esto. Sabes que puedes contar conmigo y que te ayudaré en lo que pueda.

—Edward, hay una pregunta que me ronda por la cabeza desde hace días y que necesito hacerte, me voy a volver loca. No quiero que te ofendas…

—Tranquila, dime, ¿qué quieres saber?

—¿Ayudaste tú de algún modo a escapar a Adam?

—¿Qué?

—¿Lo ayudaste a escapar?, ¿a esconderse para evitar todo esto?

El abogado buscaba las palabras.

—Mía, yo…

Ella apretó los dientes.

—No me hables del secreto profesional, Edward, te lo pido por favor. ¿Lo ayudaste?

Hubo un silencio al otro lado de la línea, duró apenas un instante.

—No —dijo el abogado.

—¿No? —insistió Mía.

—Ya te lo he dicho. No.

—Quiero creerte, Edward. Si Adam se pone en contacto contigo, por favor, dile que me llame. No importa lo que haya pasado, dile que me llame.

—Tranquila, no adelantes acontecimientos. Todavía no sabemos qué le ha pasado.

Mía se retiró del teléfono despacio, tenía la mirada perdida y las manos heladas. Luego subió a los dormitorios para preparar las maletas. Tras la conversación con su abogado había visto claro lo que tenía que hacer.

Al mediodía se personó en la jefatura de policía y, después de mantener una larga conversación con el inspector, se dirigió al colegio de los niños, que la escucharon asustados. No entendían por qué los sacaba antes de la hora del colegio para emprender un viaje.

—Mami, ¿y no vamos a ir al cole? —Lea se mostraba nerviosa. Aunque llevaba tiempo quejándose de los

compañeros que no dejaban de molestarla, le preocupaba el cambio.

—Tranquila. Edward, el abogado de papá, está buscando un buen colegio.

Los niños se fueron calmando a medida que disfrutaban de dos paquetes enormes de golosinas que había dejado Mía en los asientos de atrás. Imitando lo que había visto hacer a Adam cientos de veces, intentó que sus hijos vivieran la imperiosidad del viaje como una aventura. Llamó a su madre mientras atravesaban la frontera con Francia.

—No quiero hablar alto, los niños duermen. Lo de esta mañana en casa ha sido terrible. Confío plenamente en nuestro abogado y es lo que me ha aconsejado. En Tarragona estaremos seguros; y los niños, alejados del foco. Edward va a invertir los apellidos y nadie los relacionará con su padre.

Al colgar, se le saltaron las lágrimas y unos hipidos contenidos escaparon de su garganta. Miró por el espejo retrovisor, no quería que los niños oyeran su llanto.

La niña se despertó cuando el coche se detuvo. Adoraba la casa de Cambrils, su playa, los paseos en bicicleta, las cenas en el *buffet* del hotel y, sobre todo, la climatología; habían dejado Ginebra con lluvia y frío mientras Tarragona los recibía con una temperatura agradable para estar tan avanzado el otoño. Era una de las ventajas del Mediterráneo.

—Mami, no hay luces en las casas, qué miedo.

Lea se bajó del coche para ayudar a su madre a abrir la puerta corredera de la entrada.

—Tranquila, Lea, hace un rato he hablado con el hotel y Cindy me ha confirmado que siguen los vigilantes.

—¿Los que van en las bicis?

—Sí. Por favor, no le digas a Thomas que estamos casi solos en la urbanización, se asustaría. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Lea zarandeó a su hermano.

—Thomas, despierta, estamos en casita.

Mía descorrió la puerta corredera y metió el coche bajo la pérgola. Pidió a los niños que esperasen a bajarse mientras sacaba la linterna del portamaletas. Las luces exteriores de la casa estaban apagadas y era necesario alumbrar el camino. Luego los tres arrastraron las maletas por el sendero empedrado que llevaba a la puerta principal. La empresa que había contratado desde Ginebra para que reacondicionase la casa no había cumplido con el trabajo encomendado. El jardín se encontraba en malas condiciones, sobre todo la hierba en la que había restos de los destrozos ocasionados por la tormenta. Las luces que iluminaban la piscina estaban apagadas y las plantas y el césped hechos un desastre. Un intenso olor a pintura los recibió al entrar en la vivienda.

Al igual que el servicio de jardinería, la decoradora no había cumplido con el encargo y el interior estaba a medio arreglar. El mobiliario afectado por la tormenta había sido parcialmente renovado. La mesa y las sillas del comedor eran lo único que se había salvado del agua debido al material con que estaban construidas.

Mía contempló entristecida los nuevos sofás. A pesar de que eran parecidos a los anteriores, no podía evitar el recuerdo de los buenos ratos que había pasado allí junto a Adam y los niños.

Sus hijos la siguieron; arrastraban entre bostezos las maletas hasta sus dormitorios, que se encontraban en la planta baja. Sus camitas habían sido sustituidas por otras similares y las colchas infantiles que las cubrían no presentaban el mismo estilo acogedor. Los niños estaban tan agotados por el viaje que no protestaron por la falta de sus peluches favoritos. Se metieron en la cama y en segundos se quedaron dormidos.

Mía les dio un beso de buenas noches y fue a la cocina a abrir la cajita secreta donde había dejado una nota para Adam. Temblaba ante la incertidumbre de que en sus días de

ausencia él hubiese regresado y dejado un mensaje. Pero en la cajita solo estaba la nota que ella le había dejado.

Subió a su habitación. Se le partió el alma al entrar en aquel espacio en el que tanto había compartido y disfrutado con Adam. En ese momento, sin embargo, la recibía una cama que se tornaba gris y fría. Su corazón vibró al recordar aquellas noches calurosas que habían vivido alejados del trabajo y las preocupaciones. A esta desazón se le sumó el recuerdo de la angustia padecida la noche de la tormenta; el terror ante la incertidumbre de no poder salir de la casa inundada, de las oscuras horas intentando hablar con Adam y sus hijos, la explicación tan vaga que le dio por no haberla llamado y la falta de comunicación tras ella.

Entregada a una noche que se le presentaba de insomnio, regresó a la cocina para servirse una copa de vino. Al abrir el grifo del fregadero, salió por la boquilla a borbotones un chorro marrón oscuro, envuelto en un coro de sonidos sordos. Eran las estelas de la tormenta. Por la mañana se acercaría al pequeño supermercado del hotel para comprar botellas de agua mineral y preguntar por las horas de servicio de agua corriente.

Con la copa de vino en la mano y envuelta en una manta de verano, subió a la terraza del tejado. La urbanización estaba sumida en oscuridad; en aquella época no quedaban turistas, a excepción de los pocos que residían todo el año. Durante horas permaneció inmóvil, contemplando el cielo. Ese cielo que tantas noches la había arropado junto a su familia.

Adam le había prometido que entre ellos se había cumplido eso del amor a primera vista. Se le rompía el alma al pensar en todo lo que habían disfrutado en Londres y luego cuando fueron a vivir al apartamento de Ginebra. Pero Adam era ambicioso y enseguida decidió que había que comprar una casa importante. Los padres de Mía no vieron con buenos ojos la casa de Cologny; les parecía una subida social

desmesurada. Ella no se opuso a la compra, a pesar de que no podía aportar nada. Su sueldo era insignificante para tal inversión. Adam ganaba mucho dinero, su trabajo en el despacho iba viento en popa y le proporcionaba importantes ganancias. Mía carecía de argumentos para oponerse a ir allí a vivir.

Al poco de instalarse, se hicieron socios del club de golf, así fue como empezaron a alternar con los otros propietarios del bufete.

Se sintió completamente desolada al rememorar a aquellas personas con las que había compartido momentos irrepetibles de su vida, como el nacimiento y crianza de sus hijos, y comprobar en qué había quedado esa amistad. No podía asumir que la hubiesen acusado de ser cómplice de Adam en la delicada situación a la que había abocado al bufete.

La entrada de una llamada la sacó de su ensimismamiento.

—He pensado en pasar el fin de semana con vosotros —dijo Emma—. ¿Me aceptas?

—Claro. ¿No tienes que trabajar?

—Mañana es viernes…

—Perdona, Emma, no sé en qué día vivo. ¿Has hablado con Noah? Llevo horas intentando contactar con él y me sale el contestador.

—La verdad es que no. Quizá esté en una zona de Inglaterra con baja cobertura…

CAPÍTULO XV

La panadería preferida de Mía se encontraba en el centro de Cambrils. Además de los diferentes tipos de pan, bollería y pastelería, preparaba cocas variadas, dulces y saladas. La inminente llegada de Emma por la tarde, obligó a Mía a acercarse al pueblo a comprar algo para la cena. Recorrer aquellas calles le hizo revivir lo sucedido. Incluso los niños caminaban desganados y la miraban con las caritas gachas. Habían pasado unas semanas desde la tormenta y la mayoría de los escaparates de las tiendas continuaban tapados por tablones o cartones.

Cuando llegaron a la panadería, ni siquiera el aroma a pan recién horneado y cruasanes recién hechos animó a los niños. Mía eligió un par de cocas para la cena. Mientras esperaba a que envolviesen los encargos, pensó en cómo la tormenta había volado su vida por los aires. La voz de la dependienta avisando de que ya tenía todo preparado la sacó con brusquedad de sus pensamientos. El paquete era grande, contenía una coca de verduras con embutidos y otra de chocolate para el postre. Eran las preferidas de los niños y confió en que también fuesen del agrado de su amiga Emma.

De Cambrils se dirigieron a la Comisaría de Tarragona. Acababa de recibir un mensaje: el inspector quería hablar con ella. Dejó a los niños en la sala de espera al cuidado de un agente y entró en su despacho.

Tras ponerlo al corriente de lo ocurrido en los pocos días que había permanecido en Suiza, lo abordó con impaciencia.

—¿Hay alguna novedad de mi marido?

—Hace un par de horas se ha encontrado un coche de las mismas características.

—¿Dónde? —lo interrumpió.

—En una zona boscosa cercana a Montblanc. Un vecino que estaba paseando con sus perros ha avisado a la policía local. La policía científica lo está analizando. El vehículo está

prácticamente calcinado y no se puede leer la matrícula. Se va a comprobar el bastidor para comprobar si coincide con el del coche de su marido.

—¡Dios mío! ¿Cree que tuvo un accidente?

—De momento es pronto para sacar conclusiones, una unidad especializada está recorriendo la zona, pero de momento no tengo más noticias. Antes de que me lo pregunte: no hay rastro de él. De cualquier forma, la implicación de su marido en ese escándalo financiero complica aún más la investigación.

Salió derrumbada de la comisaría. Condujo en silencio de vuelta a casa con los niños sentados en el asiento de atrás.

Estaba a unas horas de reencontrarse con su amiga Emma, la necesitaba.

La noche se había precipitado sobre la casa cuando sonó el timbre de la puerta exterior. Al otro lado de la valla, Emma esperaba pagando al taxista. Mía dejó a los niños ir corriendo a descorrer la puerta de entrada al jardín. Lea y Thomas, descalzos y en pijama, se abalanzaron a los brazos de su querida tía Emma.

—Chicos —dijo agarrándolos de las manos—, ¿os acordáis de la pila de muebles que pusimos al lado de la piscina?

Los niños asintieron sonrientes. Con tía Emma todo les resultaba divertido.

—*Y e sofá de papá etaba machado* —dijo Thomas con su lengua de trapo.

Mía salió a recibir a su amiga. No pudo contener un «¿Qué?» al ver a Noah cargando el equipaje detrás de su amiga y de sus hijos.

Sus ojos se cruzaron durante un segundo, pasaron más y no dejaron de mirarse.

—¡Qué sorpresa! —dijo Mía—. No sabía que venías. Te he estado llamando…

—La cobertura era malísima —se disculpó Noah.

—Por Dios —dijo Mía entre dientes—, dime lo que sea. ¿Qué has encontrado?

Noah observaba a Lea de reojo, la niña no les quitaba la vista de encima.

—Ahora no —le dijo—. No te preocupes, no es nada grave —mintió, pero sus ojos no sonreían—. En un ratito te lo cuento todo.

Sobre la mesa del comedor había una fuente de pan con tomate, la coca de verduras y embutidos y un bol de ensalada que acababa de preparar. Los tres adultos entablaron una conversación trivial para disimular ante los niños, pero el rostro de Mía era un poema, incapaz de sonreír.

Tras acostar a los niños, se trasladaron al salón. El crepitar del fuego, en la chimenea, propició la cercanía del encuentro. Mía entrecerró los ojos. Pretendía que el alcohol de la copa de vino mitigase el dolor que sentía en su interior. En unos segundos iba a conocer el resultado de la investigación que había realizado Noah y no podía contener la impaciencia por saber qué le iba a contar.

Emma hizo un gesto a su amigo y este se lanzó a hablar.

—A pesar de que me dijiste que el dinero no era problema, yo quería evitarte gastos y traté de averiguar su biografía desde mi despacho. Para ello utilicé los canales de información habituales, pero no encontré nada que relacionase a Adam con la historia que me habías contado de su vida. En un primer momento, supuse que se trataría de algún error administrativo, pero por mucho que insistí, que hice llamadas a varias secciones de la administración de Inglaterra e Irlanda, no encontré ningún dato censal de él ni de sus padres en Irlanda. Por esta razón, tal y como te dije, emprendí mi viaje a Inglaterra. Tras aterrizar en Londres, me dirigí a la dirección que me entregaste, al apartamento de Adam. Allí me entrevisté con la casera. La señora Wetton recordaba muy bien a tu marido; lo presentó como un hombre

siempre correcto, puntual en los pagos y poco dado a recibir visitas. Se mostró impresionada por lo que había oído de él en las noticias. ¿Adam era solitario? Por lo que contaste de él, lo imaginaba comunicativo, abierto, empático.

—Y lo era —respondió Mía tragando saliva—, pero también muy serio. Cuando nos conocimos, vivía por y para el trabajo, no entendí cómo se había fijado en mí. Pasaba las horas prácticamente en la oficina, había días que salía a las tres de la madrugada y regresaba a las ocho de la mañana. Decía que estaba a expensas de los mercados de valores, sobre todo de Wall Street, y como había diferencia horaria con Nueva York… Noah, ¿qué más has averiguado?

—Después de hablar con la casera —continuó Noah—, me dirigí a la Universidad de Oxford, donde solicité hablar con el decano para conseguir información sobre la familia de Adam, pero el decano no me pudo aportar nada. Sí que recordaba a Adam, me dijo que era uno de los estudiantes más brillantes que había pasado por la universidad y se lamentaba por lo que había escuchado en los noticieros. Me remitió al departamento de Administración. La Secretaría localizó la ficha académica de Adam. Anoté la dirección de Dublín que figuraba como domicilio familiar, pero tras realizar una llamada a los actuales propietarios, tampoco coincidía. El hombre me confirmó que él y su mujer compraron la casa en construcción, hace unos cincuenta años, y que eran los únicos que habían habitado en ella. Realicé diferentes averiguaciones en la Administración Central, que me confirmaron la fecha de construcción y que efectivamente allí nunca habían vivido los Jones.

—No puedo creer lo que dices. —Las pupilas de Mía estaban dilatadas—. ¿Cómo que no vivían allí? Habría algún error en la ficha de la universidad y sería otra dirección. ¿Por qué no me llamaste? Yo podía haber hablado con los tíos para preguntarles la dirección exacta.

—No quise preocuparte y pensé que habría algún error. Por eso viajé a Irlanda. En Dublín tomé un tren con destino a Glasnevin y fui a la dirección que me entregaste de sus tíos. Fue una suerte que al final la encontrases, no habría dado con ellos. Un hombre idéntico al de las fotos de tu móvil me abrió la puerta. Cuando le dije que iba de tu parte y era detective, dijo que no te conocía y me insistió en que abandonara de inmediato su casa.

—Te equivocarías de dirección. Estuvimos en la casa dos veces y es la que te di. Lo tengo en la libreta de notas, te lo puedo enseñar.

—Lo siento, Mía, la dirección era correcta, es decir, la casa donde estuvisteis. Lo que te voy a contar es horrible. Créeme, me cuesta hacerlo. —Le temblaba la voz y se miraba las manos con disgusto—. Tras un rato de discusión y amenazas de presentarme con la policía, el hombre que supuestamente era el tío de Adam me reconoció que no se apellidaba Jones ni tenía nada que ver con tu marido. Adam lo contactó a través de las redes y le ofreció una suma importante de dinero para que él y su mujer se hicieran pasar por sus tíos.

—Pero eso es imposible. Me habría dado cuenta de algo. Nos trataron como cualquier familiar al que hace tiempo que no ves. Jugaron con los niños y les regalaron unos juguetes que les tenían preparados. Hablaron de la familia, compartieron anécdotas. Se lamentaron de la ruptura de los padres de Adam con el resto de la familia. Incluso el tío nos contó que su padre, el abuelo de Adam, tenía una finca con caballos en el condado de Donegal. Adam reconoció que de ahí procedía su afición por la hípica y pasaron un rato charlando de los paseos que daban a caballo por los bosques, las playas vírgenes, los acantilados. Lea les pidió ir a conocerlos, pero la tía de Adam le dijo que el anciano estaba muy enfermo y ya no tenía la finca, vivía en una residencia.

Noah se sentó junto a ella y la agarró de las manos mientras sus ojos, inmensamente azules, la miraban

brillantes. Era complicado encontrar las palabras adecuadas.

Ella se puso muy rígida.

—Mía, no he encontrado nada referente a él, ni a sus padres, ni demás familia en Inglaterra ni en Irlanda; no existe constancia registral de que sus orígenes estuviesen allí. Lo he chequeado con la policía. Tampoco he encontrado una mención en la hemeroteca del accidente en el que se suponía que fallecieron sus padres. Siento en el alma darte estas noticias tan malas: la historia que te contó tu marido sobre su vida es falsa.

Mía palideció. Su voz se quebraba:

—Pero yo sé que estuvo en la Universidad de Oxford estudiando la carrera, vi con mis propios ojos su diploma, lo tenía colgado de la pared en el despacho de Londres y en el de Cologny.

—Digamos que lo único tangible es que su vida como Adam Jones comenzó en la Universidad de Oxford. A partir de ese momento, coincide y es real. Lo anterior, Mía —añadió en un hilo de voz—, es todo mentira.

CAPÍTULO XVI

La madrugada llegó como un barco tras una tremenda tempestad. El estómago, revuelto; la mente, nublada de ideas vagas. Mía intentó incorporarse, pero su cuerpo no respondía. Puso todo su empeño en mover los brazos y las piernas. Le costaba respirar. Al final, consiguió despertar. Un lacerante dolor en las sienes la hizo llevarse las manos a la frente. Sorprendida, comprobó que se encontraba acostada en la cama con la ropa que vestía el día anterior. ¿Qué le había ocurrido?

Poco a poco, fueron llegando los recuerdos: Noah y Emma estaban en su casa y habían descubierto algo terrible. ¿Sería un sueño o más bien una pesadilla? La cabeza le daba vueltas, jamás había sufrido semejante resaca. ¿Se habría emborrachado?

Por mucho que lo intentó, no consiguió recordar cómo había llegado a la cama. Lo que sí sabía era que apenas había bebido un poco de alcohol, por lo que tenía que existir otra explicación. Encendió la luz. Faltaban horas para que amaneciese. Las palabras de Noah regresaron como un huracán a su memoria: ¿quién era Adam en realidad? ¿Por qué había mentido sobre su verdadera identidad?

Las horas que pasaron hasta que llegó el amanecer se le hicieron eternas, sin dejar de plantearse cientos de preguntas que no se podía responder. Con los primeros rayos de sol, Thomas entró en el dormitorio y se subió de un salto a la cama. Sus manitas regordetas le acariciaron la cara. Mía contempló con lástima aquel rostro inocente, ajeno a lo que sucedía y lo que le deparase el futuro. El niño, en su idioma infantil, le preguntó por qué estaba vestida. Luego se llevó la mano a la boca y dijo que tenía hambre.

A pesar de que el cuerpo parecía que le pesaba toneladas, Mía hizo un esfuerzo por levantarse.

Mientras calentaba la leche en el microondas, oyó unos pasos acercándose a la cocina. Emma dijo un suave «Hola». Su cara denotaba la falta de horas de sueño y sus párpados hinchados lo mucho que había llorado. Iban a empezar a hablar cuando Luci, la asistenta que había contratado por horas, irrumpió en la cocina con una bolsa de la panadería. El ambiente se llenó enseguida de un aroma a pan recién horneado y bollería. Thomas aplaudió con sus manitas.

—Buenos días, Luci —saludó Mía—. Di a nuestro amigo que suba cuando se despierte y que los niños se queden aquí viendo la televisión.

Una vez arriba, las dos amigas se acomodaron en una salita que había junto al dormitorio principal. Adam y ella solían utilizarla como despacho para trabajar en sus cosas cuando requerían intimidad. La sala no era muy grande, lo suficiente para alojar dos mesas, con sus respectivos ordenadores, una estantería con libros y un pequeño rincón formado por dos butacones y una mesita entre ellos.

—¿Qué me pasó ayer? He pasado una noche espantosa y tengo un dolor de cabeza terrible. No recuerdo haber bebido más que dos copas de vino y tengo la boca pastosa y una resaca horrible.

—¿Recuerdas lo que te contó Noah del viaje a Inglaterra? La noticia te hizo entrar en *shock* y sufriste un ataque de ansiedad. No sabíamos qué hacer y eché mano de unos ansiolíticos que llevo cuando viajo en avión.

—Confiaba en que todo hubiese sido un sueño. —La voz iba cargada de dolor e incomprensión.

—Ojalá, pero me temo que es cierto. Lo siento, Mía, no sé cómo puedo ayudarte a soportar tanto dolor.

Un golpeteo suave en la puerta detuvo la conversación. Noah irrumpió en la sala con un gesto serio, algo acobardado, y unas ojeras que acusaban la noche de vigilia.

—¿Qué tal estás? Ayer me asustaste. Quizá no debimos meter las narices en esto. Lamento mucho haberte dado este

disgusto.

Mía negó con la cabeza y subió las piernas al butacón para apoyar la cabeza en sus rodillas.

—Me niego a creer que no haya otra explicación. Ya os conté que Adam no se trataba con la familia, que los problemas en la empresa familiar habían desencadenado una ruptura. Puede que ideara esa artimaña de la familia falsa en Irlanda para calmar a Lea, ¿no?, con la idea de contárselo cuando fuese más mayor. Solo digo que es posible.

—Tu mayor problema, Mía, es que estás acostumbrada a justificar y defender a tu marido —dijo Emma—. Despierta de una vez, desde la desaparición de Adam te encuentro bloqueada. Una cosa es que no se lo dijera a Lea, eso podría ser, pero que te engañe a ti también me parece inaceptable.

Noah intervino para rebajar la tensión entre las dos mujeres.

—La situación es muy difícil para Mía. Vayamos poco a poco.

Mía se retiró las lágrimas de las mejillas.

—Piénsalo, Noah: ¿y si Adam se enteró de que sus socios le iban a echar el muerto y se encontró acorralado? ¿Y si alguien afectado por su mala gestión financiera lo hubiese amenazado?

Noah se mostró pensativo.

—De lo que contaste de tu última entrevista con el inspector parece posible que dejase el coche allí y huyese. Igual sigue en España a la espera de que las cosas se tranquilicen.

—Por esto sé que este es mi lugar hasta que lo encuentren. Nunca debí enviar a los niños a Suiza con mis padres ni viajar a la entrevista con Mathys. Aunque solo hayamos estado unos pocos días fuera, me reconcome pensar que lo hemos abandonado. Quizá se acercó a la casa en busca de ayuda…

—No te martirices con lo que no tiene solución —dijo Noah.

—No me voy a dar por vencida. Si Adam ha muerto en un accidente, confío en que aparezca. Mi sitio está aquí hasta que llegue ese momento. Y si ha huido, como cree la policía, los socios, los medios y hasta vosotros dos, esperaré hasta que lo encuentren. Además, en esta casa pasamos los últimos momentos juntos. Adam es el amor de mi vida y yo el de él. Me dijo que lo supo desde el momento en que me vio, y me prometió que envejeceríamos juntos. Que hasta conocerme había estado dormido…

Emma se mordió los labios, Noah le había hecho un gesto para evitar que interviniera.

—Mía, no sé cómo tranquilizarte —dijo Noah—, pero tengo que prevenirte. Si yo he conseguido esta información de los falsos tíos, los medios también podrán obtenerla. Date cuenta de que viven de vender información y este asunto es goloso.

Emma se metió en la conversación.

—Igual los falsos tíos quieren forrarse con esto. Si se prestaron a representar semejante papel a cambio de dinero, me creo cualquier cosa.

El detective levantó las manos en señal de negación.

—No nos pongamos en lo peor —dijo Noah—. Si fuesen en esa línea, habrían contactado con Mía o informado a la prensa, y de momento no se han movido. Han pasado ya varios días. Mi teoría es que cobraron generosamente por su papel y no van a hacer nada que pueda perjudicarlos. Si lo pensáis bien, ellos también tienen mucho que perder. La policía los investigaría hasta la saciedad para obtener información sobre Adam. A saber si están limpios. Incluso Mía o la propia policía podrían tomar acciones judiciales por haber participado en la farsa. Lo lógico es pensar que tengan un expediente oscuro, nadie normal en su sano juicio se prestaría a hacer algo tan vil y peligroso. Si los niños escuchasen algo, cosa que veo improbable, siempre podrías

decirles que no lo sabías o que se lo habías ocultado para evitarles mayor dolor.

Mía tomó aire, sus mejillas recuperaron el color.

—Noah, es urgente averiguar quién es Adam y por qué se ha ocultado bajo una identidad falsa. ¿Por dónde empezaremos? No tengo una pista que entregarte, un nombre olvidado… Emma —soltó—, quizá tú puedas ayudarnos. Necesito que digas en alto lo que piensas realmente de Adam.

—¿Ahora? Es que no viene a cuento. Además, ya lo hablamos hace días.

—Pero no te explayaste mucho. Ahora necesito oírlo y que Noah lo escuche.

—Es que va a sonar muy forzado, Mía. Lo sabía.

—¿A qué te refieres? ¿Sabías que la familia de Irlanda era falsa?

—No, claro, de eso no tenía ni idea. Pero siempre me pareció que escondía algo.

—Emma… —dijo Mía.

—No, es verdad. Es una sensación que tengo con Adam. Es un hombre inteligente, muy simpático y posesivo, pero maneja a la gente a su antojo; en definitiva, es un manipulador. Me hacía sentir incómoda. Siempre ha aparentado ser encantador conmigo, pero me dejaba muy claro cuáles eran los límites. Como te dije hace días, parecía estar en competencia conmigo. Recuerdo que una vez se enfadó contigo por haberme dado la razón. ¿Te acuerdas? ¿Qué fue lo que dijo?

—Sí, fue una cosa sin importancia —corroboró Mía—, pero se enfadó mucho. Dijo que yo ponía en una balanza lo que él decía y lo que decías tú, y que yo siempre me inclinaba por tu opinión. ¿Por qué nunca me dijiste lo que sentías?

—Porque sabía que Adam se las ingeniaría para alejarnos con cualquier disculpa y no estaba dispuesta a arriesgar nuestra amistad. No quiero hacerte sufrir más, pero también le molestaban las muestras de afecto de los niños. Tendrías

que haber visto alguno de sus gestos cuando Lea y Thomas se tiraban en mis brazos. Por no hablar de lo exigente que era contigo.

—¿Exigente? —se interesó Noah.

—No puedo olvidar lo que pasó una tarde que íbamos a cenar los tres.

Mía levantó la vista hacia su amiga con un gesto interrogante.

—Adam llegaba de trabajar y habíamos quedado para ir a picar algo a un café; era viernes y al día siguiente ninguno de los tres trabajaba. Cuando estábamos saliendo de la casa, se giró hacia ti y te recriminó por no haberte maquillado. —Dirigió la mirada a Mía—. Yo no podía dar crédito. Con la cara tan bonita que tienes, la piel tan fresca y luminosa… Pero Adam era así y te exigió que subieses a maquillarte. ¿Te acuerdas?

—Me gustaría no hacerlo. Me enfadaba cuando se ponía así, pero era mejor aceptar que aguantar su mal humor.

—Obedecer, dirás —volvió a intervenir Emma—. Ahora que por fin hemos aclarado mis sentimientos hacia Adam, me quedo más tranquila. Durante estos años me ha costado un gran esfuerzo disimular. No quería hacerte daño.

—Lo sé, Emma, y agradezco tu amistad.

—Posesivo, inteligente, celoso —intervino Noah, pensativo —, una combinación delicada.

Mía se tapó la cara con las manos.

—Noah, es urgente averiguar quién es.

—No te quiero engañar con falsas esperanzas, pero lo tenemos difícil. Desde que he vuelto de Dublín, he estado investigando en bases de datos mundiales, pero no he encontrado a ningún Adam Jones compatible con las características que me has dado de él. No es mi intención causarte más dolor. Soy consciente de por lo que estás pasando y me gustaría evitártelo, pero me decanto porque su desaparición haya sido voluntaria. —Noah suspiró—. Creo

que el escándalo en torno a los futuros financieros lo ha favorecido. Ha trasladado todo el foco de atención en esa vía. Quizá incluso él mismo lo levantase con esa intención.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿El propio Adam destapando el conflicto del despacho a su favor? —Mía movió la cabeza negándolo.

—Ya sé que es difícil de plantear. La urgencia por contactar con su familia y el escándalo financiero me llevó a pensar que él mismo podría haberlo planeado. Eso si descartamos la teoría del accidente, que ya sé, Mía, que es por la que tú te decantas. Pero si yo estoy en lo cierto, y ha huido, tengo que reconocer, Mía, que tu marido es muy listo y nos ha engañado a todos.

—¿Por qué? Explícamelo, por favor, no te sigo.

—Lo que acabáis de contar de él me ha hecho pensar en una nueva teoría. No sé qué lo ha empujado a huir así, pero me reconoceréis que desviar el foco de atención a lo de los futuros del agua sería una maniobra realmente inteligente. Si estás segura de que quieres conocer con quién has vivido, tenemos que encontrar información que nos lleve a su verdadero origen. Si hay algo que tenemos claro es que, en algún momento de su vida, cambió de identidad.

Mía lo escuchaba atónita.

—Lo encuentro todo surrealista —intervino Emma—. Se ve, Noah, que estás acostumbrado a ese tipo de casos, pero no lo creo en el caso de Adam. Mía asegura que su relación era muy fuerte, entonces ¿por qué nunca le habló de sus preocupaciones? Si Adam estaba en peligro, podrían haber huido juntos. No lo sé, igual es una locura lo que estoy planteando.

Que su amiga del alma dijese eso hundía a Mía en la miseria. Su mente se alejó de la conversación; era una forma que tenía su naturaleza de protegerse, de no dejarse arrastrar hacia el infinito. Al fin consiguió recuperar el control y un hilillo de voz salió de su garganta:

—¿Le cuento al inspector de policía que Adam Jones no es su nombre?

—No. —Noah respondió contundente—. Si lo ponemos en antecedentes, nos dejarán fuera de la investigación. No controlaríamos la información y podría haber filtraciones a los medios, con lo que eso supondría para ti y para tus hijos. Además, tenemos que encontrar el motivo de que Adam haya vivido bajo una identidad falsa. Este debe ser el punto de partida.

—¿Qué propones que hagamos? —dijo Mía—. ¿Por dónde empiezo a buscar?

Noah retorcía de un lado a otro el bolígrafo que sostenía en la mano. Tenía una personalidad obsesiva y, ante una incógnita, no paraba de dar vueltas en una y otra dirección hasta alcanzar resultados. Sentado frente a Mía, la observaba con sus ojos azules, llenos de inteligencia.

—Lo primero, hay que ser muy discretos. Estoy pensando en aquel día que fuimos Emma y yo a cenar a Cologny. Recuerdo que me enseñaste la casa y, cuando te pregunté por las cosas que había traído Adam de Londres, me respondiste que las guardaba en el trastero. ¿Lo has mirado?

—No. Soy incapaz hasta de mirar su ropa del armario o su cepillo de dientes del vasito. Tocar algo suyo me revuelve por dentro.

—Te entiendo, imagino el infierno en el que estás viviendo, pero tienes que hacer un esfuerzo. Quizá encuentres algo de su pasado entre sus cosas, algo que nos lleve a su origen.

—¿Estás sugiriendo que vuelva a Ginebra?

Pensar en regresar a Cologny, enfrentarse de nuevo a la presión de los medios, a las miradas malintencionadas de las personas del barrio, al ostracismo por parte de sus antiguos amigos o a los violentos manifestándose frente a su casa le resultaba impensable.

—Si ves que es absolutamente necesario que rebusque entre sus cosas, lo haré. Voy a pedir a mis padres que vengan

a cuidar de los niños. No creo que me lleve mucho tiempo revisar las cajas. Además, voy a investigar en el gabinete.

—¿El gabinete? —preguntó Noah.

—El lugar de la casa donde Adam se encerraba a trabajar. Aunque tiene todo cerrado. Como necesitaba información, entré en el gabinete a buscar la dirección de los tíos, pero no pude acceder a nada. Menos mal que la había apuntado en la agenda.

Emma abrió mucho los ojos e interrumpió a su amiga.

—Pero si decías que os tenía prohibido entrar si no estaba él y no sabías dónde guardaba la llave.

—No estoy orgullosa de lo que hice, por eso nunca te lo he contado. Un sábado, hace meses, que habíamos ido a comer con los niños por ahí, la comida me sentó mal y me acosté pronto. Adam se quedó abajo viendo la televisión. De madrugada me desperté con un fuerte dolor de estómago, Adam todavía no se había acostado. Bajé a la cocina a prepararme una manzanilla. Me sorprendió encontrar el salón a oscuras y a él moviéndose sigiloso. La televisión estaba apagada. Lo observé en silencio y lo vi metiendo algo en uno de los compartimientos del antiguo mueble de madera que está junto a la chimenea. Es un escritorio de secretaria Biedermeier de origen alemán, con muchos cajones y compartimientos secretos. El lunes, cuando Adam salió a trabajar, no pude contener la curiosidad; en el compartimiento había un llavero. Me imaginé que serían las llaves del gabinete.

—¿Y eran? —Emma no podía disimular la impaciencia.

Mía asintió.

—Confío en que sigan ahí.

—¿Y has entrado en el gabinete?

—Sí, y me avergüenzo de ello. Es una traición a la confianza, pero el hecho de que me impidiese la entrada cuando él no estaba me provocó una curiosidad irresistible. No entendía qué temía que yo viese o estropease… Después

de entrar la primera vez, lo hice muchas veces más. Aprovechaba cuando Adam estaba de viaje y los niños en el colegio. Lea es muy espabilada y temía que me viera y se lo contara a su padre.

—Me imagino que entraste en su ordenador —intervino Noah.

—Lo intenté, pero siempre estaba apagado y no sabía la clave de acceso. Nunca vi ningún documento, Adam era muy ordenado y tenía todo guardado bajo llave en los cajones de su imponente mesa de despacho.

CAPÍTULO XVII

La casa de la familia Jones en Cologny tenía unas dimensiones considerables. Se alzaba en tres plantas, cada una con una superficie de más de doscientos metros cuadrados, rodeada por un jardín extenso y meticulosamente cuidado, donde la vegetación parecía obedecer a un orden preciso. Tras la puerta de entrada se abría el vestíbulo principal, un espacio amplio y severo en el que acababa una fastuosa escalera.

Mía se dirigió al salón principal, que contaba con tres piezas claramente delimitadas: la zona de la chimenea, la destinada a recibir a las visitas y la de estar; todas ellas gozaban de unas vistas panorámicas al lago y estaban decoradas con lujo.

Estar de nuevo en la casa le removió el alma a Mía. Había algo en el ambiente que le causaba desazón. Pero estaba decidida a encontrar lo que fuese que le llevase a su marido.

Una pequeña puerta de madera, disimulada al final de la magnífica biblioteca, daba acceso al despacho de Adam. Un lugar que siempre permanecía cerrado y donde se necesitaba de su permiso para entrar. Mía solía bromear con él por lo celoso que era de sus cosas y Adam se justificaba haciendo hincapié en la enorme responsabilidad de proteger los importantes documentos que manejaba.

—Pero, cariño —le decía Mía—, ¿qué piensas que voy a hacer con ellos? Nunca me atrevería a tocarlos.

Adam le sonreía y le respondía con un tono meloso.

—Confió en ti, querida, pero imagínate si a la asistenta se le ocurre curiosear en mi trabajo, las consecuencias que esto traería, o si los niños los empleasen en sus juegos.

Mía asentía; creía firmemente en su marido, lo tenía idealizado en exceso a pesar de que, en muchas ocasiones, percibía que sus padres recelaban de él, más aún su amiga Emma. Pero esto no hizo cambiar su actitud, ni siquiera

aceptaba hablar de ello. Adam era su dios, ante el que se rendía.

Recorrió el salón hasta alcanzar el mueble alemán. Tal y como había imaginado, la llave estaba en el lugar esperado. La estrechó entre sus dedos y abrió la puerta del gabinete. Nada más entrar, se sintió mal. De alguna forma estaba violando un espacio que su marido guardaba solo para él.

El gabinete era un lugar muy masculino; Adam había escogido con cuidado cada uno de los muebles y demás accesorios para que todo el conjunto estuviese en perfecta armonía con su personalidad. No había dejado que Mía participase en su decoración; Adam era muy perfeccionista y se había encargado él mismo de dirigir al decorador. El resultado era perfecto, un espacio lleno de vida que compartía conocimiento y trabajo con una naturaleza que se erguía majestuosa a ambos lados de las ventanas.

Mía encendió la luz y se acercó a la mesa del despacho. Era de madera labrada y estaba cubierta por el centro con un cuero granate. Se acomodó en la silla y abrió un cajón al azar. Del llavero del que colgaba la llave que permitía la entrada al gabinete colgaban otras llaves; una de ellas abría los cajones de la mesa. Las carpetas estaban perfectamente ordenadas y rotuladas con la escritura tan característica de Adam, casi perfecta, con una letra redondeada y uniforme.

Le temblaron las manos mientras las iba ojeando. Para su sorpresa, las carpetas estaban casi vacías y no contenían información de interés, solo catálogos de ferias y propaganda diversa.

Presa de la angustia, palmoteó con rabia la mesa. ¿A qué venía tanto misterio si entre sus papeles no había nada de relevancia? Se resistía a abandonar la búsqueda y levantó la tapa del ordenador. Desconocía la contraseña y probó con varias combinaciones al azar: la fecha de nacimiento de Adam, la de ella, la de los niños, la del día que se celebró su

matrimonio, cuando se conocieron. El mensaje anunciaba repetidamente que la contraseña era incorrecta.

Un ruido sordo en la zona del salón la sobresaltó. Contuvo la respiración y el sonido cesó. Tras recorrer el salón y el vestíbulo y comprobar que no había nadie, llamó a Noah.

—Me siento fatal en esta casa, no sé si ha sido buena idea venir. Es tan grande y yo soy tan miedosa... Escucho pasos por todos lados, tengo la sensación de que Adam va a aparecer en cualquier momento. Me estoy volviendo loca. Además, no puedo acceder al ordenador. Lo he probado todo, no se me ocurre nada más.

—Tranquila, voy a ponerme en contacto con un conocido mío informático que vive en Ginebra para que vaya esta misma tarde a tu casa.

—¿Y tú? ¿No puedes venir?

—Sabes que iría sin pensarlo, pero esta noche tengo un seguimiento importante que no puedo dejar. ¿Por qué no llamas a Emma?

—Lo acabo de hacer, pero tiene que viajar a Alemania a realizar una inspección en un laboratorio. Sale en un par de horas.

—¿Y tu madre?

—A estas horas estará en el hospital, tiene guardia. No la quiero preocupar, bastante con que mi padre la haya dejado sola para ir a cuidar de mis hijos a Cambrils.

—No hagas nada más en el ordenador. En un rato te confirmo a qué hora va a pasar mi colega por tu casa. Te aviso de que mi amigo tiene un aspecto siniestro, pero es de total confianza. Solemos colaborar en muchas tareas de investigación. Estate tranquila. De todas formas, mañana tomo un tren a primera hora y voy para allá.

—¿De verdad? ¿Vendrás? —suplicó Mía, y se sintió mal por estar nerviosa por su llegada.

—¿Cómo dudas de mí? Hoy haz un esfuerzo por estar tranquila y mañana me tienes sobre las diez. ¿De acuerdo?

—No tengo palabras para agradecerte todo lo que estás haciendo por mí, Noah. —Mía cerró los ojos y agarró con fuerza el teléfono—. Me siento culpable por no haber mantenido nuestra amistad durante estos últimos años, pero Adam era especial y…

—Lo importante es hoy y mañana, lo anterior es pasado. Venga, relájate y estate tranquila. Te envío un WhatsApp para confirmarte la hora a la que pasa por tu casa.

Mía acabó la llamada con una sonrisa y fue a la cocina para calentar agua. Entre los sobres de infusiones, eligió uno que contenía valeriana, pasiflora y amapola de California. Luego, usando la taza para calentarse las manos, se sentó en el sofá frente al gran ventanal. El agua en calma y el reflejo de los rayos de sol sobre ella le recordaron las tardes que había navegado junto a Adam y los niños en la embarcación de su propiedad, atracada en el muelle donde acababa el jardín. Su marido era un gran amante del mar, esa fue una de las razones por las que había elegido vivir en aquel lugar.

Estaba yendo a la cocina a prepararse otra infusión de valeriana cuando recibió un nuevo mensaje de Noah. La llegada del informático estaba prevista para las siete de la tarde.

Faltaba un rato hasta la llegada del amigo de Noah, así que subió a darse una ducha. El agua caliente la ayudaría a relajarse. Envuelta en medio del vapor que empañaba los cristales, le pareció oír ruidos. El pulso le iba a toda velocidad; necesitaba algo más fuerte que la ducha y la infusión de valeriana para soportar el miedo.

Una hora más tarde de lo previsto, sonó el timbre de la entrada. Era una melodía de campanas siniestra. A Mía nunca le había gustado, pero a Adam le encantaba y a ella no le gustaba contradecirlo; siempre le decía que la melodía le recordaba a la de las mansiones de las películas de terror y

que, además, hacía juego con el damero marmoleado a cuadros negros y blancos que recubría el suelo.

Al otro lado de la puerta encontró a un individuo muy delgado, de estatura mediana y todo vestido de negro. El tono demasiado pálido de su piel contrastaba con la negrura de su cabello y del fino bigote que se alzaba sobre sus labios. Su aspecto le resultó más parecido a un agente funerario que a un informático.

—Buenas noches, soy Luka —se presentó dándole la mano.

Tanto se clavaban sus ojos en los de Mía que se sintió molesta. Parecía que quería saber todo de ella de un vistazo.

Mía lo saludó desviando la mirada y lo invitó a seguirla a través del enorme vestíbulo y de los salones. El hombre iba dejando a su paso un intenso olor a tabaco. Una vez en el gabinete, el informático tomó asiento frente al ordenador y ladeó la cabeza para enchufar un dispositivo en la parte trasera.

Mía le ofreció algo de beber.

—Le agradezco una Coca-Cola. ¿Puedo fumar en la ventana? Me ayuda a concentrarme —se disculpó.

—Claro, lo que necesite.

Respiró aliviada cuando salió del gabinete. Haber metido a un extraño en el espacio sagrado de Adam le provocó una enorme sensación de culpabilidad; otra vez estaba vulnerando la privacidad de su marido. Se dirigió a la cocina en busca del refresco.

—Me va a llevar un rato acceder al ordenador —dijo el informático aceptando la bebida—. Si no le importa, prefiero trabajar solo.

—Claro, claro. Voy a esperar afuera, avíseme si necesita algo.

Mía se sentó frente al ventanal del salón. A los pocos minutos, el móvil comenzó a vibrar. Se trataba de Emma, que pretendía saber todo sobre el informático.

—Tiene un aspecto siniestro, parece salido de un tanatorio, aunque también tiene pinta del típico *hacker* de las películas. No me gustaría que pasase la noche en la casa.

—Si Noah te lo ha enviado, quédate tranquila, será de confianza. Ya sabes lo importante que eres para él.

—No digas eso, por favor.

Una voz ronca la llamó desde el gabinete e interrumpió la incómoda conversación. Mía se despidió de su amiga y corrió al encuentro del informático; había pasado más de una hora desde que lo había dejado trabajando.

—¿Alguna novedad? —preguntó, expectante.

—Sí, buenas noticias. Acabo de entrar en el ordenador. —El hombre le hizo un gesto con la mano—. Acerque una silla. Voy a conectarme con el ordenador de Noah para darle acceso al escritorio y así los tres podremos ver a la vez en la pantalla lo que guarda su marido.

El informático instaló un programa de videoconferencia y, tras unos segundos, los tres se reunieron en una sesión virtual.

—Ya te avisé de que Luka era un fenómeno.

El informático esbozó una media sonrisa. Se manejaba con calma, pero con precisión.

Mientras Mía y Noah se saludaban, Luka se acercó a la ventana a fumar un cigarrillo. Mía no pudo evitar pensar en cómo se hubiese puesto Adam de estar allí y ver a Luka fumando en su ventana y exhalando el humo sobre la rosaleda.

—Me ayuda a concentrarme —se disculpó el *hacker*—. ¿Tiene su marido redes sociales? Ahí podríamos encontrar información.

—No, que yo sepa —respondió Mía—. Adam siempre decía que le parecían una pérdida de tiempo, criticaba a la gente por exhibicionismo. Además, le parecía peligroso compartir información personal con desconocidos e insistía en que no pensaba permitir que los niños se habituasen a ello.

—Esto me encaja con el cambio de identidad. Mantener un perfil bajo. Tras un cambio de esta índole siempre hay una historia difícil.

—¿Por ejemplo? —preguntó Mía.

—Pertenecer a un programa de protección de testigos. ¿Nunca observó nada raro en él, escuchó alguna conversación o leyó algo que le resultase extraño, alguna explicación que nunca le daba?

—Lo único, el alejamiento de su familia. Nunca me pareció razonable que, por mucha pena que tuviese por la pérdida de sus padres, no guardase nada de ellos: un recuerdo, una anécdota.

Durante horas, Noah y el informático buscaron a Adam en la inmensidad de internet. A excepción de las noticias recientes sobre su desaparición y relación con los futuros del agua, no encontraron mucho más. Solo alguna fotografía sacada en conferencias en las que siempre aparecía de perfil o con el rostro medio oculto tras las gafas de sol.

—Siento decir que lo tenemos difícil —dijo Luka—. En el ordenador no hay rastro que delate su identidad real. Se ve que estudiaba mucho, contiene gran cantidad de documentación sobre economía. Mi opinión es que utilizaba el ordenador para trabajar en internet, consultando los mercados financieros o noticias relacionadas. También era muy cuidadoso: los historiales de búsqueda en los navegadores están borrados. Disculpadme unos minutos, voy a fumar un cigarrillo. Se me tiene que estar escapando algo.

Tras unos minutos regresó al ordenador y se puso a teclear a toda velocidad. Mía lo observaba en silencio. La pantalla mostraba una cascada de carpetas que Luka iba marcando sin parar hasta que el puntero se detuvo en una posición.

—¿Qué es? —preguntó Mía con ansiedad.

—Me resistía a creer que su marido fuese tan perfecto —respondió Luka exhalando un intenso aliento a tabaco—.

Mirad, en la carpeta de correos eliminados hay uno sin encriptar. Voy a abrirlo.

El mensaje de correo estaba fechado seis meses atrás. Una breve conversación en la que Adam se dirigía a alguien dando unas instrucciones: «Estamos a punto de despegar. Aterrizaré en Cancún a las 19:30. Espérame en la cafetería de siempre».

—¿Cancún? —Mía no pudo contener el grito—. ¿Está seguro de que es Adam quien envió ese mensaje?

—Totalmente seguro.

—¿Hay más?

—El resto están encriptados, este se le debió escapar.

Mía se acercó a la pantalla en busca de algo que contradijese lo que acababa de anunciar el informático.

—Nunca le oí que viajase a México. Adam siempre me contaba todo, ¿por qué me lo iba a ocultar? Es absurdo.

—¿Solía viajar por su trabajo? —insistió Luka.

—Sí, pero se movía principalmente por Europa, sobre todo tenía reuniones en Londres.

—¿Recuerdas que Adam viajase en esa fecha? —intervino Noah desde el otro lado de la pantalla.

—Viajaba tanto que es posible. No se me ocurre dónde mirar. Es increíble que no me dijese nada. Sabía la ilusión que tenía yo por ir al Caribe. Incluso, aunque fuese un viaje de negocios, lo habría acompañado. Además, Lea, mi hija —dijo dirigiéndose al *hacker*—, tiene un álbum donde colecciona lo que su padre le trae de sus viajes: el billete de avión, un tique de un bar o de taxi, que pega en las páginas como si fuese un tesoro. Siempre les traía las cosas típicas que les gustan a los niños: chocolates, imanes de nevera… Si Adam viajó a México, seguro que les habría traído algo y yo lo recordaría. Les trajo recuerdos de Japón, de Italia, de Rusia. ¿Qué sentido tiene que ocultase un viaje a Cancún?

El detective permaneció unos segundos en silencio. Era difícil aventurarse en una u otra dirección.

—¿Insinúa que mi marido tenía una aventura? —Mía elevó la voz.

—Mi trabajo no consiste en insinuarle nada, solo informarla de lo que voy encontrando. Antes ha dicho que las tarjetas del banco son comunes. Si su marido hizo ese viaje, tendrá uno o varios cargos en la tarjeta de crédito. Puede mirarlo.

—Las he revisado a fondo y un viaje a Cancún me habría llamado la atención, téngalo por seguro.

—Por pensar algo —intervino Noah—, lo normal es que Adam utilizase la tarjeta de la oficina.

—En eso tienes razón —dijo Mía—, pero cómo se explica que no trajese un recuerdo a los niños.

Luka se puso en pie.

—Lamento no poder ayudar en más. Me tenéis a vuestra disposición para lo que necesitéis. Dejo sobre la mesa mi tarjeta; cualquier cosa me llama. Intentaré averiguar más por mi cuenta, pero no prometo nada.

—Gracias, estamos en contacto. —Mía se levantó para acompañarlo.

El informático, a su lado, fue dejando un aroma a tabaco por la casa. Mía se despidió de Luka con un apretón de manos bajo el marco de la puerta de la entrada. Entonces ella regresó al gabinete y se sentó frente al ordenador. Un pensamiento obsesivo le rondaba la cabeza.

—No me voy a rendir tan pronto —dijo entre dientes.

Se puso a buscar información entre la que el *hacker* había revisado ya dos veces. Abrió de nuevo correos y archivos.

Por lo bajo, Mía musitaba, entre la rabia y la pena:

—Quién eres, Adam —decía—. Enséñame quién eres.

En internet buscó información de Cancún, un lugar donde poder pasar unos días paradisíacos inolvidables, con hoteles lujosos a las orillas de playas infinitas y de blanca arena, y una vida nocturna atractiva. La aplicación de Google Earth le permitió visualizar el sitio. Su mente trabajaba rápido

eligiendo si su marido había ido a uno u otro hotel. Todo la conducía a pensar que Adam tenía una aventura, pero no a encontrar una justificación para su huida. No era su estilo, o lo que ella conocía de él.

Abrió la aplicación del banco en el móvil. En las fechas indicadas en el mensaje no había movimientos en la tarjeta de Adam. Ya no le quedaban dudas de que tuviera otras tarjetas ajenas a las comunes. Entonces se le ocurrió mirar las suyas, para ver qué había hecho ella en esas fechas. La semana del viaje de Adam ella había ido a pasar unos días a Alemania para participar en una rueda de conferencias.

—Quién eres, Adam —repitió de nuevo.

Avanzada la noche, se sentó en la butaca preferida de Adam, frente a la chimenea; era el lugar donde él se resguardaba para leer, escuchar música y pensar en su trabajo. A pesar de que el suelo radiante calentaba cada centímetro de la casa, Mía no conseguía entrar en calor. Además, temblaba ante el menor sonido que se produjese.

Prendió un par de leños y se quedó hasta el amanecer contemplando el fuego. El gabinete, en penumbra, tenía un encanto especial. Era pequeño pero muy acogedor. Desde la butaca, recorrió con la mirada las estanterías: estaban repletas de libros de economía. Pensó en la cantidad de horas que había permanecido Adam allí.

Buscó con desesperación una pista en su mente, un recuerdo inesperado, un detalle insignificante. Por muchas vueltas que le dio, Mía no sabía por dónde empezar a buscar algo que la condujese a averiguar su identidad real.

El sonido del cuco cantando a las seis de la mañana la sacó despacio de su ensoñación. Todavía no había amanecido y las brasas iluminaban tenuemente la estancia. El silencio que imperaba en la casa le hizo sentir un vacío en la boca del estómago. Le costaba un gran esfuerzo vivir en medio de tanta soledad.

Acurrucada en la butaca, esperó a que lucieran las primeras luces de la mañana. Durante la noche había decidido que iba a dedicar el día a hacerse cargo de las cosas de Adam: la ropa de los armarios y las cajas de enseres almacenadas en el trastero. También poner la casa a la venta y darse de baja del club de golf. Quería dejar a un lado esa vida que, en realidad, no era la suya. La vuelta con su marido era impredecible y no quería reencontrarse con las personas que la habían defraudado y a las que hasta hacía poco había considerado sus amigos.

Cuando amaneció, fue a la cocina a preparar un café. Llevaba horas sin tomar nada. Atravesó el salón con cuidado de no hacer ruido, como si no fuera su casa y ella fuese una intrusa.

Volvió al gabinete y mientras rebuscaba archivo tras archivo, sonó su móvil. Ella respondió la llamada, pero no se detuvo.

—¿Sí?

Su padre le preguntó por las gestiones, si había encontrado algo y cuánto tiempo pensaba permanecer en Ginebra. Parecía cansado.

—Los niños están inquietos y me cuesta dominar a Lea; está muy irascible y no deja de preguntar por su padre.

Mía hablaba mientras leía correo tras correo.

—Pásamela —dijo. Había momentos en los que no soportaba a la niña.

La voz de Lea sonó al otro lado del teléfono; los ojos de Mía recorrían carpetas y archivos, su mano movía el ratón.

—Lea, necesito que obedezcas al abuelo. Sabes que estoy buscando a tu padre, te prometo que no tardaré en volver con vosotros.

—Pero yo no quiero ir a este cole —dijo la niña—, aquí no tengo amigos y me aburro en esta casa. —Todavía necesitó unos instantes para vomitar las palabras—: Y-y-y echo de

menos a papá. —Se le entrecortaba la voz, luchaba por no llorar—. Mamá, quiero que vuelva papi.

También Mía luchaba por contener las lágrimas. No se detenía, sin embargo, pasaba de una carpeta a otra.

—Esta situación es difícil para todos, pero se va a arreglar, ya lo verás. Yo lo voy a arreglar. ¿Me oyes, Lea?

—Sí.

—Ten un poco de paciencia. Ahora ponte el uniforme y ve al colegio. ¿Me has oído, Lea?

Acaso había una determinación en aquella voz que la niña supo entender enseguida, pero no respondió. Nada más colgar, se puso el uniforme.

Mía dio un golpe en la mesa con el ratón y abandonó la mesa del despacho.

—Quién eres, Adam —musitó de nuevo.

Luego subió a la primera planta. El dormitorio principal tenía las dimensiones de la suite de un hotel de lujo. Descorrió las cortinas y los rayos de sol inundaron la habitación.

Comenzó la búsqueda por la mesilla de Adam. Analizó cada una de las cosas que contenían los cajones, pero no encontró nada significativo.

Pasó al vestidor y abrió los armarios de Adam. Prenda por prenda, las fue colocando con cuidado sobre la enorme cama de matrimonio. Buscó en los bolsillos de los pantalones, de las chaquetas. Cada jersey, camisa, pantalón, chaqueta le recordaban a su marido. Algunas prendas todavía guardaban restos del agua de colonia que usaba a diario.

Luego bajó de los altillos las maletas y bolsas de viaje, pero todo su esfuerzo fue inútil. De allí se dirigió al cuarto de baño a revisar los efectos personales de Adam: el cepillo de dientes, la máquina de afeitar, las cremas, geles y champús. Todo estaba en su sitio, tal como lo había dejado antes de salir de vacaciones.

Se miró en el espejo. Estaba tan pálida que parecía que de un momento a otro se fuese a desmayar.

Recibió un mensaje en el móvil: «Llego por la noche, Mía —decía Noah—. Me ha surgido otro problema en el trabajo. ¿Has encontrado algo?». Ella tecleaba deprisa: «Nada. Bajo al trastero a revisar las cajas que trajo Adam de Londres».

Mía se guardó el móvil y acudió a zancadas hasta la cocina, sus piernas caminaban solas. Tomó las llaves y bajó por unas escaleras de caracol que comunicaban con el garaje.

El trastero se encontraba al fondo. Era un espacio grande donde guardaban las bicicletas, monturas y demás artículos deportivos.

Ayudada con un cúter, abrió la primera de las cajas que había traído Adam de Inglaterra. Analizó trofeos de competiciones, títulos académicos enmarcados, libros y ropa de deporte. Abrió otra caja, igual que si estuviera poseída y esgrimiera un arma. Iba agarrando las prendas de ropa como en un zarpazo.

—Dímelo —farfullaba.

Rebuscaba en cada bolsillo, en cada pantalón y chaqueta deportiva; a su alrededor, el suelo iba quedando alfombrado de ropas y más ropas. Lloraba apretando los dientes. Rasgaba las cajas con el cúter y buscaba, buscaba sin descanso en cada pantalón y chaqueta, en cada pantalón y chaqueta.

—¡Dímelo! ¡Dímelo! ¡Dime quién eres!

Entonces se detuvo. Estaba helada por dentro y fue como si el tiempo se hubiera congelado también. Sus ojos fijos contemplaban el vacío, la respiración entrecortada, con dos dedos metidos en una de aquellas chaquetas de montar a caballo. Un papel arrugado, que se encontraba en el fondo de uno de los bolsillos, se había colado entre sus dedos.

Con todo el cuidado del mundo fue sacando el papelito, como si temiera romperlo. Lo extendió despacio y lo acercó a una de las bombillas que iluminaban el trastero. Parecía el tique de un bar. La letra impresa estaba descolorida y era casi

ilegible, pero Mía acertó a leer el nombre de un local que no conocía. Parpadeó y se fijó en que, más abajo, aparecía la dirección: Campus Universitario de la Universidad de Stanford.

¿Stanford? Adam nunca le había hablado de ello. ¿Sería la pista que estaba buscando? Abrió el móvil para ver dónde se encontraba: era una universidad de California. La fecha del tique coincidía con el año en que supuestamente Adam había iniciado los estudios universitarios. Pero su marido había estudiado en Oxford y eso sí era real; Noah lo había comprobado. Entonces le vino a la memoria una conversación que habían tenido al conocerse, cómo Adam había justificado el haber empezado un año más tarde los estudios debido a un accidente de moto. No había vuelto a pensar en ello hasta ese momento. Lo del accidente puede que sí hubiera sido cierto, Adam tenía una cicatriz en la frente y varias en el pecho.

CAPÍTULO XVIII

El gabinete se quedó en penumbra a media tarde. Mía estaba tan absorta buscando información sobre la Universidad de Standford en internet que había olvidado encender la luz. Una estrepitosa tormenta rompió su concentración. Relámpagos y truenos acompañados de una sonora granizada parecían manifestar el enfado del cielo y dibujaban siluetas tenebrosas en las paredes.

Encendió la luz y se dirigió a la chimenea a prender unos leños. Noah debía estar a punto de llegar. Mientras cerraba los cortinones, sonó la melodía siniestra de la entrada.

—¡Estás calado! —exclamó al ver a su amigo en la entrada —. Corre, pasa.

—¡Qué manera de llover! —murmuró Noah sacudiéndose el agua del pelo—. Hacía tiempo que no llovía de esta manera.

Noah colgó el impermeable en un perchero del vestíbulo y la siguió hasta el gabinete. Sentados frente al fuego, con una copa de vino en sus manos, Mía lo puso al corriente de las últimas novedades y le enseñó el papel que había encontrado en el bolsillo de una de las viejas chaquetas de Adam de montar a caballo.

Noah estudió con detalle el tique, mientras ella manoseaba la chaqueta de Stanford.

—Adam me dijo que no había estado en América. Era un viaje que teníamos pendiente y que, al final, por una cosa o por otra, siempre se torcía.

—Es raro que siendo bróker no haya ido nunca a Nueva York —apuntó Noah.

—La verdad es que sí, pero se arreglaba en su trabajo con las reuniones virtuales. A Nueva York, por lo que le oía decir, solía ir alguno de sus socios; principalmente Mathys. Digamos que en el despacho tenían las zonas repartidas y Adam se centraba en Europa. Yo creo que esa chaqueta no es suya.

—Pero entonces, ¿por qué la guardaría durante estos años? ¿Y los trofeos? Mira, se han arrancado las placas indicativas. Puede que fuesen de Stanford.

—Tampoco sé la respuesta a eso, Noah. No hago más que preguntármelo desde que vi lo que contenían las cajas.

—Mía, yo creo que deberías ir a California lo antes posible. Ve a la universidad para averiguar su identidad.

—¿Ir a California? —Mía lo observó con los ojos abiertos de par en par.

—Tengo la corazonada de que en California vas a encontrar la respuesta. Si de verdad quieres averiguar quién es tu marido, no te va a quedar otra opción que ir en persona. A nadie más que a ti le podrán dar esa información en Stanford, piensa en la normativa de privacidad. Pero tú eres su mujer y además hablarás en nombre de sus hijos. Seguro que en la universidad guardan anuarios de los estudiantes, podrías identificarlo entre las fotos.

—Pues no sé, solo de pensarlo me falta el aire.

—Lo siento —Noah la acarició la espalda con arrepentimiento—, no era mi intención angustiarte. Yo con gusto te acompañaría, lo sabes, pero mi trabajo no me lo permite.

—Tampoco te lo pediría, ya estás haciendo bastante por mí.

—Quizá Emma podría acompañarte.

—No le digas nada, hazme el favor —rogó Mía—. En este momento está en medio de una investigación importante y no puede perder ni un minuto de trabajo. —Enderezó los hombros y tomó aire antes de decir—: Voy a ir sola.

—Espera, se me está ocurriendo una cosa. —Noah tomó el móvil y saludó a alguien de espaldas a ella; hablaba en voz baja, pero Mía pudo escuchar que cruzaba unas indicaciones con su interlocutor, respecto de San Francisco.

—Perfecto, cuando lo tengas arreglado, me llamas y entonces Mía organizará el viaje. De tu parte, se los daré.

—¿Con quién estabas hablando? —preguntó ella mordiéndose las uñas.

—Con el *hacker*, te envía recuerdos. —Noah la invitó a volver al gabinete, donde se acurrucó en el sillón—. Le he pedido a Luka que nos ayude a buscar a alguien de confianza en San Francisco.

—¿Para qué?

—Para que te acompañe a la universidad y te ayude en los trámites que tengas que hacer.

Sin ser consciente de ello, se levantó y agarró la mano de su amigo. Una corriente eléctrica circuló imparable entre los dos. Noah la miró a los ojos, sorprendido. Sin decir nada, le acarició la mano. Los dedos de ambos se entrelazaron recordando algo aprendido. Mía se turbó al ver lo cerca que estaban sus cuerpos, pero, empujada por un impulso irrefrenable, se acercó aún más a él. Le tiró con suavidad del brazo para que se tumbase junto a ella en el suelo. Abrazados, sobre la suave alfombra persa que tan celosamente cuidaba Adam, sus cuerpos se fundieron al compás de los leños, mientras la noche avanzaba y la tormenta aumentaba su intensidad incontenible.

CAPÍTULO XIX

Los motores rugieron y las ruedas del avión adquirieron velocidad sobre la pista. Los alerones se desplegaron provocando un ruido sordo, una ligera sacudida movió la cabina cuando las ruedas se despegaron del asfalto. Al alcanzar una altura determinada, sonó el primer aviso anunciando que era el momento en que se podían desabrochar los cinturones. Las azafatas recorrieron el pasillo; ofrecían a los pasajeros prensa y aperitivos. Mía rechazó amablemente el ofrecimiento. Por delante le esperaba un viaje largo con escala, pero seguía inapetente. La diferencia horaria entre Suiza y San Francisco era de nueve horas. En Ajustes del móvil puso la hora de California.

Era la primera vez que iba a cruzar el Atlántico. Se puso en lo peor mientras contemplaba las nubes a través de la ventanilla. Si los orígenes de su marido estaban en California, algo muy grave debía haberle sucedido para verse obligado a huir.

Bajó la persiana de la ventanilla y tomó una pastilla para dormir. Luka, el informático, le había organizado una reunión con un detective en San Francisco y necesitaba llegar bien despierta al encuentro. El ronroneo de los motores la ayudó a conciliar el sueño. Su cuerpo se relajó al revivir los dulces momentos pasados con Noah. La trasladó a los años que pasó en la universidad, a la noche que Emma y ella habían ido al *pub* del campus y se les juntó un grupo de chicos entre los que se encontraba Noah. Ahora, después de su reencuentro, sabía que debía haber sido él y no Adam quien la hubiese ayudado a cumplir sus sueños, a despertarla del letargo y hacerla sentir viva.

Pero había entregado su vida a un hombre manipulador que la había tenido dominada, no porque le diese órdenes o la recriminase por faltas, todo lo contrario, había conseguido que ella se anticipase a sus deseos antes de que los

reclamase. Así que nunca discutían, todo en su matrimonio había sido buen humor, sonrisas, alegrías.

Estaba preocupada por sus hijos. Cuando les dio la noticia de su viaje, los dos se mostraron tristes y enfadados. Se llevaban bien con el abuelo, pero acusaban la falta de sus padres. No se habían recuperado de la pérdida de su padre y su madre llevaba días alejada de ellos.

El avión entró en una zona de turbulencias y se oyó algún grito entre el pasaje. Su estado de alerta se unió al bamboleo de la nave, pero no por el miedo a las turbulencias, sino por la claridad con la que visualizaba en ese momento la realidad de su vida con Adam. No pudo evitar preguntarse si alguna vez la habría querido o solo la había utilizado de tapadera. La inseguridad la dominaba en esos momentos dolorosos.

El hotel Clift Royal Sonesta se encontraba al lado de Union Square, el corazón de la ciudad, junto a prestigiosas tiendas, los mejores restaurantes, galerías de arte y espectáculos. Para llegar allí había que atravesar la ciudad. La asustó comprobar la cantidad de *homeless* que había apostados por todos lados, incluso en las aceras había pequeñas tiendas de campaña ubicadas al lado de los accesos.

—Había oído hablar de ello, pero no sabía que era un problema tan grave —dijo al taxista.

—La mayoría son drogadictos, adictos al fentanilo —apuntó el conductor—, el problema es que se les permite acampar en las calles a su antojo. Hay veces que ponen las mantas o la tienda de campaña junto a la puerta de entrada a los locales comerciales y hay que ir esquivándolos para entrar o salir. Las autoridades no hacen nada.

—Me imagino que los tenderos les ofrecerán algo a cambio de que permitan el paso —apuntó Mía.

—Esta gente no atiende a razones. Están en su mundo. Si me acepta un consejo, no se aleje mucho del hotel, es

peligroso y podrían asaltarla. Cuando están más despiertos, intentan conseguir dinero para comprar más pastillas.

A través de la ventanilla, le dio pavor ver cómo se tambaleaban como muertos vivientes mientras deambulaban por las aceras.

El hotel, sin embargo, parecía pertenecer a otro mundo. Todo estaba cuidado, no había *homeless* alrededor ni tiendas de campaña. Una vez registrada, con el equipaje en la habitación, telefoneó a Noah.

—Te echo de menos, ojalá estuvieras aquí conmigo.

—Si me necesitas, lo dejo todo —dijo Noah.

—No me hagas caso, sé que tienes un trabajo importante.

—Quiero que sepas cuánto te he echado de menos estos años, me equivoqué aquella noche en el campus cuando te dije que no era el momento. Tenía miedo al compromiso, a una relación en la distancia al irme a Bruselas a hacer el máster. Sabes que me arrepentí, pero tú te cerraste en banda y…

—Dejemos el pasado atrás, Noah. El otro día estuvimos bien, vayamos paso a paso.

—Lo que quieras. ¿Qué tal el viaje?

—Bien, pero el detective no ha dado señales de vida y ha pasado más de media hora desde la hora acordada.

—Tranquila, aparecerá. En nuestro trabajo es habitual que surjan imprevistos; mira lo que me pasó a mí el otro día, cuando llegué a tu casa de noche. Confía; Luka tiene referencias de él a través de informantes policiales que son de su plena confianza, así que ten paciencia. Estás en manos del mejor detective de San Francisco.

—No me hagas caso, ya sabes cómo estoy de nerviosa.

Abrió la *tablet* para leer las noticias mientras esperaba la llegada del detective. Un artículo informaba sobre las guerras por el agua ocasionadas en parte por las grandes sequías y, en otras, por la especulación. El agua se había convertido en un factor geopolítico que estaba ocasionando conflictos entre

países o zonas dentro de los propios países. Le extrañó que no se nombrase el despacho donde trabajaba Adam. De alguna forma inexplicable, Adam y sus socios habían dejado de ser noticia. Esto la llevaba a pensar que Noah tenía razón: la desaparición de Adam se debía a otra causa y, por alguna razón, se había trasladado el foco mediático a los futuros del agua. La cuestión era saber de qué o de quién huía.

Tres cuartos de hora más tarde de lo previsto la avisaron de recepción que había alguien esperándola.

El detective la saludó, jadeante. Mía se había imaginado un chico joven, atlético, con una mirada interesante. El hombre que le tendía la mano, sin embargo, sobrepasaba la edad de jubilación y caminaba con torpeza.

—Buenas noches, señora Domuiño, soy Morgan Cole. Le ruego que disculpe mi retraso. Ha surgido un problema imprevisto en el despacho y el tráfico en San Francisco a estas horas está complicado.

—No se preocupe, estaba avisada de que se podría retrasar.

—¿Qué tal ha estado el viaje? —le preguntó el detective Cole mientras hacía un gesto para que se sentara.

—Un vuelo largo. Entiendo que el detective lo habrá puesto al corriente de lo que me ha traído a aquí.

—Por supuesto. Uno de mis contactos me ha pasado un informe detallado de lo sucedido sobre la misteriosa desaparición de su marido y las hipótesis barajadas por la policía española y suiza: accidente, secuestro, asesinato y huida voluntaria.

—De todo lo que le han contado, ¿qué opina?

—Por lo que he investigado por mi cuenta —dijo el detective Cole—, parece que se han descartado las tres primeras hipótesis: accidente, secuestro, asesinato. Además, Luka me ha puesto al corriente de que su marido vivía bajo una identidad falsa. ¿Ha informado a la policía de esto último?

—No. Mi amigo, el detective que nos ha puesto en contacto, me aconsejó que no lo hiciera. ¿Piensa que la desaparición de mi marido está relacionada con el conflicto financiero del que lo acusaban a él y a sus socios?

—No, y lamento lo que le voy a decir.

Mía lo observaba expectante. El detective añadió:

—Le ruego que sea discreta y no hable de esto con nadie. Me pondría en un aprieto.

—Tiene mi palabra.

—A través de uno de mis contactos he averiguado que van a retirar los cargos contra el despacho.

—¿Retirar los cargos? —exclamó Mía—. Ahora sí que no entiendo nada.

—Las operaciones financieras con los futuros del agua estaban perfectamente cubiertas. Aunque todavía no se ha hecho público, los auditores lo han confirmado a la justicia.

—¿Entonces? ¿El escándalo, las acusaciones contra Adam…?

—Hubo una denuncia anónima en la que se le acusaba a su marido de haber cometido fraude en algunas operaciones financieras. La policía baraja la posibilidad de que alguien quiso poner a su marido en un aprieto. ¿Sabe si tiene enemigos?

—No, que yo sepa, pero a estas alturas poco o nada puedo contarle de mi marido. No sé ni cómo se llama en realidad. ¿Y todo el problema que se ha formado con el agua, las protestas de los perjudicados…?

—El dinero, cuando huele el peligro, ya sabe lo que pasa… Muéstreme el recibo que la ha traído hasta aquí —dijo Cole colocándose las gafas.

Mía le entregó el tique de consumición del bar del campus universitario de Stanford. El detective activó la linterna del móvil y acercó el recibo a sus ojos para estudiarlo con detenimiento.

—¿Ha estado alguna vez en esa universidad? —preguntó Mía con curiosidad.

—Sí, la he visitado en un par de ocasiones.

—¿Cree que nos ayudarán?

—Por eso no tiene que preocuparse. Mis contactos han cursado una especie de orden judicial. —Morgan levantó la mano al ver que Mía empezaba a enfadarse—. No me pregunte más. Si le parece bien, mañana vengo a por usted a las nueve. La Universidad de Stanford está a unos sesenta kilómetros de San Francisco, a más de una hora de aquí. Traiga consigo toda la información que tenga de su marido, sobre todo fotografías de su juventud.

—Lo de las fotografías de su juventud no va a ser posible. Adam odiaba que se le fotografiara y entre sus efectos más personales no he encontrado ninguna de su adolescencia o de su infancia. Se disculpaba de no guardarlas por la pena de no tener familia.

—¿Algún carné escolar, cartilla sanitaria, las notas de un curso, diplomas o trofeos deportivos?

—Lo único que contenían las cajas donde guardaba sus recuerdos eran libros de economía y revistas. Algún trofeo sin la chapita identificativa y algo de ropa deportiva.

El detective ladeó la cabeza y frunció el ceño.

—¿De su boda, alguna con sus hijos?

—Sí, le reenvío unas cuantas a su móvil.

El detective Cole garabateó con una letra difícilmente legible una serie de anotaciones y se despidió hasta el día siguiente.

A la mañana siguiente, Morgan Cole llegó puntual al hotel. Mía había imaginado que llegaría en un coche viejo y un tanto destartalado, acorde a su aspecto. Sin embargo, lo hizo en un Ford Mustang de color granate bastante nuevo.

Durante el trayecto a Stanford, Cole le fue explicando la historia de la universidad.

—Es una universidad privada y una de las diez mejores del mundo en el campo de la ingeniería eléctrica e informática, economía, ciencias empresariales y derecho. Además de por la calidad de su enseñanza, está muy valorada por su cercanía a Silicon Valley.

—¡Silicon Valley! —exclamó Mía—. ¿Quién la fundó?

—Leland Stanford, un senador del Estado de California, millonario. Construyó la universidad en memoria de su hijo, que había muerto. Siempre decía a su esposa que, así, los futuros hijos de California serían sus propios hijos.

—Qué trágico. No había leído nada sobre eso.

—Es una historia muy curiosa. ¿Sabe que la conocen como La Granja?

—¿A la universidad?

—La levantaron en lo que antes había sido la granja de cría de caballos del millonario. Si su marido estudió allí, seguro que viene de una familia con posibles.

—¿Es una universidad elitista?

—Elitista e importante. Ha sido la cuna de empresas como Hewlett-Packard, Yahoo y Google, entre tantas, y tiene varios premios Nobel entre su profesorado. Además, debido al legado de los Stanford, la universidad es la mayor propietaria privada de terrenos de la bahía de San Francisco. Su haber es tan grande que, entre sus propiedades, se encuentra un acelerador lineal, un importante centro médico y un parque empresarial con la sede mundial de Hewlett Packard.

Mía lo escuchó con atención mientras contemplaba abstraída el entorno. La mañana era espléndida, el cielo azul apenas estaba salpicado por unas pocas nubecillas blanquecinas que coronaban las montañas.

Morgan Cole tuvo que presentar sus credenciales al guarda de la entrada para acceder al campus. Estacionaron el coche en uno de los aparcamientos y tomaron uno de los senderos. Los jardines estaban bien cuidados, el verde inundaba el lugar. En la zona principal del cuadrángulo

central del campus se encontraba la iglesia memorial, de estilo neorrománico.

—En su interior suelen celebrarse eventos musicales aprovechando la magnífica acústica del templo. —Morgan Cole caminaba animado mientras le mostraba lo que encontraban a su paso—. Allí se encuentra el mausoleo donde descansa la familia —dijo señalando hacia la lejanía.

Antes de dirigirse al edificio de la administración, entraron en la cafetería de donde procedía el tique. El detective preguntó a una de las camareras por el encargado mientras Mía escudriñaba cada rincón. Le perturbaba pensar que su marido hubiese pisado aquel mismo suelo.

—Siento no poder ayudarlos —dijo el cocinero secándose las manos con un trapo—. Los anteriores dueños dejaron la cafetería hace cinco años y no queda personal de aquella época.

Del bar fueron al edificio de la administración. Morgan Cole había reservado una cita con la encargada. Tras el mostrador de recepción, los atendió una auxiliar que los hizo avanzar por un pasillo mal iluminado. Antes de llegar al fondo, se detuvo ante una puerta y llamó con los nudillos.

—Adelante, pasen y tomen asiento —los invitó la encargada.

La jefa de administración era de edad madura y, por cómo se manejaba, debía llevar toda su vida profesional en la universidad. El detective le expuso la situación mientras Mía le mostraba una fotografía de su marido.

La encargada observó con atención la imagen.

—Me resulta imposible recordar las caras de todos los alumnos que han pasado por la universidad, sobre todo teniendo en cuenta que el campus tiene cuatro escuelas profesionales y tres escuelas universitarias.

Tomando por referencia la fecha que le había dado Mía sobre el ingreso de Adam en la Universidad de Oxford, dato que había sido comprobado por Noah en su visita a

Inglaterra, la jefa de administración solicitó a una auxiliar los diez anuarios anteriores a esa fecha. Un rato después, un par de auxiliares los colocaron sobre la mesa.

Mía fue pasando las páginas de los anuarios mientras una sensación ambivalente la removía por dentro. Las manos le empezaron a sudar. Por un lado, ansiaba conocer la verdad; pero, por otro, estaba aterrada.

Morgan Cole señaló un rostro en una de las hileras de fotografías.

—Diría que se trata de él.

En efecto, el chico de la fotografía era un calco de Adam con unos cuantos años menos, pero en la fotografía tenía una nariz y un mentón diferentes. Bajo la foto había un número de identificación.

Paralizada por la inquietud, Mía se puso rígida.

La jefa de administración tecleó el número en el ordenador mientras intercambiaba una mirada seria con el detective.

—A no ser que se trate de un hermano gemelo o de un capricho de la genética, coincido con usted. Se trata de John Harper y cursó el primer año de Economía con un expediente brillante. ¿Por qué lo buscan? Les aseguro que no puede ser su marido. John Harper murió en un accidente de coche la noche de la fiesta de fin de curso. Fue un asunto muy triste para todos.

Tras agradecer a la encargada su ayuda, abandonaron el edificio; a Mía le pesaban las piernas, no le daba la cabeza para asimilar lo que había escuchado. Una vez en el coche, el detective la informó del siguiente paso que debían dar.

—Vamos a ir a la hemeroteca para averiguar lo que ocurrió aquella noche. Los Harper deben ser gente muy influyente y seguro que los medios publicarían la noticia. Venga, anímese, estamos cerca de conocer quién era su marido.

Durante el trayecto de vuelta a San Francisco, Mía interrogó al investigador sobre las causas que podrían

provocar que una persona cambiase de identidad. Era algo inaudito para ella.

—Una de las más comunes es que la persona en cuestión tenga dos familias. En el caso de un hombre, dos mujeres e incluso varios hijos. Debido a la edad de su marido y después de haber confirmado que estudió en Oxford, que vivió en el campus y después alquiló una casa en Londres bajo su segunda identidad, es una posibilidad que no se sostiene.

—¿Cuál es la otra opción?

—Que estuviese involucrado en alguna actividad criminal y hubiese huido para comenzar una nueva vida.

—¿Qué puede haber hecho tan grave un chico a los dieciocho años para tener que abandonar su vida? —lo interrumpió, alterada—. No lo imagino metido en ningún tipo de actividad criminal.

—Bueno, se me está ocurriendo que estuviese dentro de un programa de protección de testigos, que se fingiese su muerte y se le proporcionara una nueva identidad. Pero tampoco es el perfil de su marido. Lo lógico en una situación tan delicada sería pasar desapercibido, alejado del foco social. Sin embargo, su marido ha mantenido un perfil social y económico alto, es socio de una empresa y, por lo que me ha contado, ha participado en varias convenciones y conferencias. Encuentro que es demasiada exposición pública para encontrarse dentro de uno de esos programas.

—Lo cierto es que Adam siempre ha huido de las fotografías. En los eventos que participaba solía salir de perfil o con gafas oscuras. No lo sé, señor Cole, nada de esto encaja con el concepto que tengo de él. Además, la nariz y el mentón son un poco diferentes.

—Suele realizarse una operación de estética en un cambio de identidad. No lo descarte.

—No, no —replicó Mía—, todo esto que me cuenta suena demasiado a película; la verdad siempre es más sencilla.

—¿La verdad?

—Que no sea Adam. Que el tal John Harper solo sea un chico que se parecía a Adam.

Morgan sonrió, descreído, y Mía añadió:

—Un chico que se parecía a Adam y cursó estudios en el mismo año en que Adam pudo estar aquí.

—Mi trabajo, señora Domuiño, consiste en establecer todas las posibilidades, no quiero dejar escapar nada. Usted lo defiende.

—¿Lo defiendo? —dijo Mía.

—A su marido. Le parece imposible que fuera otra persona distinta de la que decía ser, que tuviera una vida secreta.

Mía contemplaba la carretera, pensativa. El detective no había terminado:

—¿Le parece lógica la actitud de su marido durante la tormenta?, ¿dejar abandonados así a sus hijos, por mucha confianza que tuviera con los dueños de aquella cafetería? Y que tirara el móvil después de hablar con alguien esa noche. A mí me parece que tuvo que pasarle algo muy grave durante la tormenta; algo que le hizo perder la cabeza.

Ella no replicaba a ninguno de sus argumentos.

—Usted tiene una teoría.

—Mi teoría —dijo Morgan Cole— es que alguien avisó a su marido de algo que lo asustó.

—Tiene razón, señor Cole, quizá se sintió amenazado, pero Adam nunca ha sido un cobarde.

Morgan Cole estacionó el coche frente a la entrada del hotel.

—Intente descansar. Ha sido un día lleno de emociones. Mañana paso a por usted a la misma hora.

Una vez en la habitación, Mía pidió al servicio de habitaciones que le subiera algo para cenar. Aunque seguía inapetente, necesitaba recuperar fuerzas para soportar lo que le esperaría al día siguiente.

Frente al plato de ensalada de rúcula y aguacate y tacos de pescado, hizo un esfuerzo por masticar. A la amargura de

la rúcula se le sumó la soledad que la embargaba en medio de aquella oscura habitación, en una ciudad extraña en la que no conocía a nadie. Lo único que deseaba con toda su alma era hablar con sus hijos, escuchar sus vocecitas al otro lado de la línea. Pero a esas horas estaban en el colegio.

Lo más horrible de lo que estaba viviendo era todo lo que echaba de menos a Adam. En los viajes, él siempre se encargaba de organizarlo todo: los hoteles, los vuelos, los coches de alquiler… Si estuviese allí, en el hotel, habría llamado a recepción a quejarse de que una camarera había olvidado una bandeja de otra habitación encima de la mesa y les hubiesen compensado de inmediato. Ella, sin embargo, sacó la bandeja y la dejó sobre una mesa del pasillo.

A pesar de la diferencia horaria respecto a Suiza y las horas que arrastraba sin dormir, era incapaz de cerrar los ojos. Su cuerpo se desplazaba de un lado a otro de la cama, sus piernas no paraban de moverse.

Antes de ir a dormir, habló primero con Noah y luego con Emma, y los puso al día de sus averiguaciones.

—Lo sabía —dijo Emma—. Tenía una segunda vida, te estuvo engañando todo el rato.

Mía se esforzaba en no darle la razón, pero lo cierto era que empezaba a quedarse sin argumentos para defender a Adam. Hablaron de esto y de lo otro, de los niños. Mía se interesó por el progreso de la investigación de Emma. Unos minutos después se despidieron con la promesa de que Mía seguiría manteniéndola informada.

—Bueno, te dejo dormir. Llámame mañana con lo que sepas. Da igual la hora.

Colgó el teléfono y apagó la luz de la mesilla.

Bajo la manta, se aferraba como a un clavo ardiendo a la convicción de que el amor que le había demostrado Adam había sido verdadero. El amor no se puede fingir, decía, se siente como el calor, el frío, el miedo. Quizás él la había

engañado en todo, quizás él no era él, pero de una cosa estaba segura: Adam se había entregado a ella por completo.

—Quizá —dijo en alto, sin darse cuenta— eso fue lo único real de mi vida con él.

CAPÍTULO XX

La cafetería del hotel recibió a Mía con un intenso aroma a bistec a la plancha, en lugar del acostumbrado olor a pan recién horneado al que estaba acostumbrada. Recorrió con la mirada la mesa donde estaba colocado el *buffet*, los huevos fritos, el tocino y las patatas a la brasa.

Mientras saboreaba un refrescante zumo de naranja, leyó en el móvil las noticias. Para su disgusto, el conflicto de los futuros del agua acaparaba el foco de atención de los medios. El periodista que conducía el programa hacía una dura crítica al poder por manejar el mundo a su antojo sin importar las repercusiones sobre los ciudadanos.

Marcó el número del inspector de Tarragona para ponerlo al corriente de los últimos acontecimientos. Antes de que respondiese, colgó. Era más seguro hablarlo con el detective Cole antes de actuar por su cuenta.

Nada más subir al coche de Morgan Cole, lo abordó con su inquietud.

—¿Cree que debería informar al inspector de la comisaría de Tarragona de lo que descubrimos ayer en la universidad?

—No se lo recomiendo, pasaría a la Interpol y nos sacarían de la investigación.

—La Interpol. Señor Cole, he estado a punto de cometer un error —dijo Mía y le explicó lo sucedido.

—Si le devuelve la llamada, dígale que se ha equivocado de número.

—¿Puede saber dónde estoy?

—Si rastrea la llamada, sí.

—¿Lo ve probable?

—Sí.

—¿Y qué le digo?

—Le preguntará qué hace en California —dijo el detective —. Habrá que pensar rápido una excusa.

Las profundas ojeras que surcaban el rostro de Mía delataban su enorme sufrimiento.

—Si me llama el inspector, le voy a preguntar por el coche que encontraron cerca de Montblanc. El otro día, cuando hablé con él, me dijo que estaban comprobando el número de bastidor. Era del mismo modelo y color, pero no tenía matrícula.

—Buena idea. Le pido que me disculpe, no era mi intención angustiarla más. Mire, ¿conocía la bahía?

—No, solo he salido con usted del hotel. ¡Qué bonita! ¿Y el puente? ¿Es el Golden Gate?

—Sí, y allí —dijo señalando con el dedo—, la isla de Alcatraz.

—Me habría encantado hacer este viaje en otras circunstancias. ¿A dónde nos dirigimos?

—Antes de ir a la hemeroteca, nos vamos a reunir con un agente federal con el que tengo una gran confianza. Hemos quedado en un local discreto que utilizamos para nuestros encuentros.

—¿No me dijo que no le parecía conveniente hablar con la policía?

—Esto es diferente, lo que hablemos quedará entre los tres. Solemos colaborar en casos, siempre hemos respetado las reglas. Hay veces que él necesita datos a los que yo puedo acceder, y viceversa.

Dejaron a un lado la bahía de San Francisco y entraron en el barrio chino. Los edificios eran de poca altura y sus fachadas estaban pintadas en diferentes tonalidades: verde, rojo, vainilla… Los carteles estaban escritos en chino y las farolas que iluminaban las calles también eran las típicas chinas. Mía sintió que entraba en un trozo de China dentro de los Estados Unidos, otro mundo. El revuelo de la gente moviéndose de un lado a otro hizo que caminara pegada al detective.

—No tenga miedo, aquí no hay *homeless* como los que ha visto por las calles de la ciudad. Ni aquí, ni en el parque Promenade, que está de lo más cuidado.

Aquel era el barrio chino más antiguo de América del Norte, contaba con la comunidad china más grande fuera de Asia. Antes de llegar a su destino, atravesaron una plaza bastante amplia, era uno de los pocos espacios abiertos del barrio; encontraron gente practicando taichí y ancianos jugando al ajedrez chino. Luego se perdieron entre callejuelas estrechas llenas de tiendas y restaurantes. Dejaron atrás una tienda donde fabricaban al momento las famosas galletas de la fortuna. En otra ocasión, Mía se habría parado a ver cómo lo hacían, era muy curiosa y le gustaba conocer todo, pero su mente estaba demasiado dispersa por la preocupación del encuentro.

El detective se detuvo frente a una puerta de madera verde, descolorida y bastante deteriorada. Sacó una llave del bolsillo de la chaqueta; tras mirar a uno y otro lado, abrió con disimulo.

—Entre —dijo—. Tenemos que ir con cuidado. Si alguien descubriese estos encuentros, el agente y yo tendríamos problemas.

Mía lo siguió, obediente. Se adentraron en el local que estaba en penumbra. Polvoriento y húmedo, parecía que fuese a ser demolido de un momento a otro. A medida que avanzaban, el detective iba retirando las telarañas que colgaban de los techos y les dificultaban el paso.

—Cuidado, no vaya a mancharse; las telarañas crecen como la maleza. Hace tiempo que no me reúno aquí con mi contacto y está más sucio que la última vez.

Tras recorrer un pasillo tenebroso, accedieron a una pequeña estancia, apenas iluminada por una bombilla de bajo voltaje. En el centro había una mesa plegable de plástico y un hombre sentado frente a ella. Cuando entraron, levantó la mirada del móvil y los saludó con un tono sigiloso.

—¿Entrada sin problemas?

—Tranquilo, todo en orden —respondió Morgan Cole e invitó a Mía a tomar asiento en un taburete de plástico.

El mobiliario iba acorde al estado general del local. El sonido de carreras junto a una de las paredes sobresaltó de nuevo a Mía. La inquietaban aquellos movimientos fugaces, las colas parduzcas corriendo entre las sombras.

—No se preocupe por ellas, no le harán nada. —El agente corroboró lo que le acababa de decir Morgan Cole al entrar en el local—. Tienen más miedo de nosotros que nosotros de ellas. Ya sabe lo que se dice de los chinos.

Una mueca de repugnancia se formó alrededor de los labios de Mía.

—Mía, le presento a Jake.

El agente federal tenía un aspecto más cercano al de un delincuente que a un policía. Llevaba el pelo rapado al cero, el cuello y los brazos tatuados con motivos orientales y una sarta de pendientes en las orejas.

—Morgan me ha contado lo que ha pasado con su marido y he estado husmeando —dijo. Colocó sobre la mesa unos papeles y confirmó que los había extraído de la base de datos del ordenador.

Mía y el detective Cole forzaron la vista, era difícil leer en medio de tanta penumbra. El informe corroboró lo que había predicho Morgan Cole sobre la familia de John Harper: se trataba de gente adinerada e influyente que había tratado de evitar que se diese popularidad a la investigación del accidente. John Harper era un chico brillante, de apenas diecisiete años, con un futuro prometedor a cargo del emporio familiar. Los padres habían alegado estar muy afectados por la pérdida y pedían respeto e intimidad a su dolor, pero los fabricantes del vehículo impidieron que la investigación se cerrase de facto. Entre las declaraciones de los técnicos, se plantearon varias dudas referentes al origen del fuego que había originado el incendio del vehículo. Como consecuencia

de la notoriedad con que replicaron los medios, se inició la investigación. Entre las teorías que se formularon, se especuló sobre la posibilidad de un atentado.

Por razones que se desconocen, el coche donde viajaban los jóvenes de Stanford, John Harper y Sarah Lane, se estrelló contra un árbol, orillado en el sendero por el que circulaba el vehículo. El camino conducía a un lugar apartado donde las parejas acostumbran a reunirse. Debido al brutal impacto, el cuerpo sin vida de la chica salió despedido del coche. Los agentes que acudieron al lugar del suceso lo encontraron junto a unos matorrales que crecían a la orilla del camino. Por el contrario, el cuerpo del joven John Harper, primogénito del magnate Elliot Harper, se encontraba en muy mal estado. Se especula que permaneció sujeto al asiento y, como consecuencia del incendio del vehículo, el cuerpo quedó reducido a carne abrasada y huesos.

Mía retiró la vista del informe y entrecerró los ojos.

—Jake —intervino Morgan Cole—, yo también he estado leyendo sobre el accidente, parece que el padre de la chica montó un gran revuelo.

—Sí, el señor Lane se sumó a la investigación para exigir justicia.

—¿Qué reclamaba? —A Mía le brillaban los ojos—. No entiendo nada.

—El padre de Sarah Lane compartió las dudas de la empresa fabricante del vehículo en cuanto a cómo se pudo producir el incendio. Peleó durante años para mantener la investigación abierta. Era su única hija.

—¿Qué pretendía conseguir el padre de la chica? ¿Dinero? ¿Cómo acabó?

El agente hizo unos aros con el humo del cigarrillo y se encogió de hombros.

—Quizá buscaba una indemnización. Por lo que consta en el informe, el juez que instruyó el caso lo dio finalmente por sobreseído.

—¿Cómo los encontraron? ¿Había gente en la zona? —continuó preguntando Mía.

—Buena pregunta. El lugar estaba alejado de la carretera, en medio del bosque, lo que justificó que el aviso llegase tarde, de madrugada. Una llamada desconocida, que nunca fue localizada, alertó a la policía local sobre un incendio. Acudió la policía acompañada de los servicios de emergencias, pero todo fue inútil. El coche había ardido durante horas, apenas quedaba rastro, solo los restos calcinados del vehículo y del chico, que fueron inidentificables.

—Parece increíble. —Mía se frotó los ojos—. ¿Cómo se determinó que se trataba de John Harper? ¿Se hizo prueba de ADN?

—Muchos compañeros declararon que lo vieron salir con Sarah Lane de la fiesta que se celebraba aquella noche en el campus de la Universidad de Stanford. Los restos del conductor fueron analizados y el forense dictaminó que coincidía con el ADN de Harper. Se comparó con el informe del último análisis de sangre que el chico se había realizado unos meses antes para un reconocimiento rutinario y con la información que tenía guardada su dentista. Además, la policía encontró en la calzada su móvil, con sus huellas dactilares, y las cámaras de videovigilancia de la autovía que daba acceso al camino donde se produjo el accidente grabaron el paso del vehículo a la hora estimada.

—Las fotografías de John Harper del anuario de ese año de universidad coinciden con el rostro de mi marido, aunque la nariz y el mentón son diferentes. El señor Cole opina que podría haberse sometido a una operación de cirugía estética.

—Es una opción —respondió el agente.

—¿El fallecido tenía un hermano gemelo? —insistió Mía.

—No, era el primogénito. Los Harper tenían tres hijos: John Harper y dos hermanas menores que él. Acabo de revisar el expediente completo.

—Podría ser el primogénito de gemelos o… —La voz de Mía salía entrecortada.

—Jake, ¿a dónde nos lleva esto? —dijo Cole—. Si el marido de la señora Jones es John Harper, y todo parece indicar que lo es, y el móvil estaba en el lugar del accidente, se les vio salir juntos, etcétera, entonces, ¿de quién era el cadáver calcinado al volante del coche? ¿Se planteó en la investigación que hubiese una tercera persona con ellos?

—No tengo ni repajolera idea.

—Perdone que le interrumpa —intervino Mía con la voz agitada—, pero, si había una tercera persona en el coche, habría habido una denuncia de desaparición. Lo lógico es pensar que sería un compañero o compañera de la fiesta.

—Lo he comprobado y no hubo ninguna denuncia de desaparición. Quizá el padre de la chica tenía razón.

—¿Qué insinúa? —Mía elevó la voz—. No entiendo a dónde quiere llegar.

—No quiero asustarla, pero sospecho que en esta historia hay más mentiras que verdades. Parece improbable que la gasolina del depósito fuese la responsable de generar semejante incendio. Pero no se encontraron pruebas de que se utilizase combustible externo. Si fue un montaje, el trabajo de quien lo hizo fue perfecto. —El agente empleó un tono serio mientras daba una calada profunda al cigarrillo—. Me veo en la obligación de advertirle de que se está metiendo en un asunto peligroso.

Mía lo observó con los ojos enrojecidos.

—Lo que cuenta me hace pensar que la muerte de John Harper pudo ser un montaje y eso explicaría el cambio de identidad. Es urgente que vaya a visitar a la familia Harper, hablar con ellos y enseñarles fotos de mi marido. Quiero descubrir si están al corriente de que su hijo no fue el que murió en el accidente. Si Adam Jones es John Harper, entonces ellos son los abuelos de mis hijos.

—Lo encuentro complicado sin una orden judicial. Esta gente es poderosa y está muy protegida.

Morgan Cole aproximó su rostro al del agente.

—Venga, Jake, seguro que se te ocurre un modo de que accedan a recibirnos.

—No puedo prometer nada, pero voy a intentar conseguir una visita.

El silencio se volvió tenso. El agente federal y Morgan Cole intercambiaron unas miradas furtivas que Mía no logró entender. Tampoco preguntó nada. Imaginó que serían intercambios de concesiones entre aquellos dos hombres tan peculiares. Estaba en sus manos y necesitaba confiar en ellos. Dentro del agujero negro donde se encontraba atrapada, no tenía argumentos para intervenir. Decidió dejar que saliese el sol por donde fuese.

—Voy a intentar conseguir la entrevista lo antes posible.

A pesar de la oscuridad presente en la estancia, el agente se puso las gafas de sol y se caló una gorra vieja que le daba aspecto de vagabundo. Tomó la documentación y la guardó entre el forro de la chaqueta. Con un «Adiós» escueto abandonó el local.

CAPÍTULO XXI

Un cartel de dimensiones gigantes, con las siglas LAX, anunció la llegada al aeropuerto principal de Los Ángeles. El vuelo desde San Francisco apenas había durado una hora y Mía estaba revolucionada ante la inminencia del encuentro con los Harper. El agente federal, Jake, había conseguido la entrevista y Morgan Cole la acompañaba.

La noche anterior había tenido una sesión de Zoom con Noah y Emma. Les había transmitido su intranquilidad ante la imprevisible reacción de los Harper. Si Adam era John y había cambiado la identidad, no les gustaría que lo hubiese descubierto. Tanto Noah como Emma la intentaron calmar: los Harper lo negarían y poco más.

Las palabras de sus amigos la habían aliviado un poco, pero, alejada de su familia —sus hijos la reclamaban a diario y no entendían por qué no regresaba con ellos—, se preguntaba cómo continuaría con su vida después de conocer la verdad. Eso si llegaba a conocerla, el agente federal no le había dado muchas esperanzas al respecto. Ante todo, sus sentimientos estaban constreñidos. Una parte de ella, la más importante, se había desvanecido la noche de la tormenta. El amor que profesaba a sus hijos, a sus padres, a Emma, así como su reencuentro con Noah, no eran suficientes para llenar el enorme vacío hacia el que la arrastraba la ausencia de Adam.

Durante el vuelo a Los Ángeles, fue imaginando todo tipo de situaciones alrededor de los Harper. Los supuestos padres de Adam tenían conocimiento de su existencia y de su sospecha de que él fuese su hijo.

Caminó por la terminal como un autómata. Estaba tan cerca de su destino y, sin embargo, se sentía tan lejos. Como si todo fuese un sueño del que, de un momento a otro, se fuera a despertar. A cada paso sentía una mirada acechadora, o imaginaba que alguien los seguía.

—Espéreme aquí. —Morgan Cole se detuvo frente a una cafetería—. Voy a acercarme en taxi a la oficina de alquiler de coches.

—¿No está en la terminal?

—Aunque parezca increíble, no. O se toma un autobús de la compañía de alquiler o se va en taxi. Cuando esté en la puerta de la terminal, la aviso para que salga. Solo tiene que seguir ese camino.

—Voy con usted. Aquí no hago nada y así ahorramos tiempo. Mejor que lleguemos con antelación. Además, estoy muy nerviosa.

Llamó a Noah mientras esperaba a que el detective realizase los trámites para el alquiler. En Suiza eran las nueve de la noche y su amigo le respondió al instante.

—Te espero despierto. —Hizo una pausa antes de proseguir—. Pase lo que pase, Mía, encuentres o no a Adam y vuelvas con él, quiero decirte…

—¿Qué? —dijo ella.

—No, nada.

—Dime, Noah, te noto triste, ¿ha pasado algo?

—He estado pensando en lo de la otra noche.

Mía esbozó una sonrisa.

—Fue bonito —dijo ella—. Después de tantos años.

—Sí, eso me pareció a mí.

—¿Qué es lo que ibas a decirme? —preguntó ella.

La respuesta de Noah vino enseguida.

—Mía, tengo miedo de volverte a perder.

Mía no sabía qué era lo que había en ese momento entre Noah y ella, si sería algo consistente en un futuro, o solo el fruto de la desesperanza, el dolor y la compasión.

Aquellas palabras, sin embargo, le infundieron fuerzas para seguir adelante, para sobrevivir en medio de aquella situación dramática.

—Ya tenemos coche. —Morgan Cole la sorprendió con el claxon—. ¿La ayudo con la maleta?

—No hace falta, gracias. —Y al teléfono, en voz baja, añadió—: Te echo de menos, Noah. Ojalá estuvieras aquí.

Colgó tras una rápida despedida y entró en el coche de alquiler.

—Rolling Hills está cerca, a unos veinte minutos —le contó Morgan Cole por el camino—. Como vamos con mucha antelación, iremos despacio, así puede disfrutar del paisaje. Es preferible esperar a llegar tarde. La oportunidad que nos ha brindado Jake es única; no creo que nos diesen otra. No hemos previsto vuelo de vuelta. ¿Quiere que reservemos ahora el hotel?

—Yo me quedaré en Los Ángeles en función de cómo me reciban los Harper. Si confirman que Adam es su hijo, me imagino que querrán saber qué ha hecho con su vida durante estos años y conocer a sus hijos. En ese caso, lo normal es que me inviten a estar unos días. Entiendo que usted tiene otros trabajos aparte del mío, y que, cuando acabe la entrevista, regrese a San Francisco.

—Lo que usted desee. Reservaré una plaza en el último vuelo de la noche en previsión de lo que pueda surgir y, si cambia de opinión y regresa conmigo a San Francisco, ya lo arreglaremos.

El paisaje de la península de Palos Verdes rebajó un poco el nivel de ansiedad que padecía Mía. El intenso verdor que inundaba el espacio, las colinas ondulantes y las vistas al mar eran espectaculares. Quería saber todo del lugar de donde se suponía que era su marido, de manera que durante el recorrido fue asaltando a Morgan Cole con todo tipo de preguntas. El detective hizo un excelente papel de guía. A pesar de llevar años viviendo por asuntos de trabajo en San Francisco, había nacido y se había criado en Los Ángeles, por lo que conocía muy bien la zona.

—Rolling Hills es una comunidad cerrada; las mansiones se comunican por caminos privados. El nivel de seguridad es muy alto y la comunidad está protegida con puertas de

entrada vigiladas. Es uno de los lugares de Estados Unidos donde las casas tienen más valor, por eso es elegido por personas poderosas que quieren preservar su intimidad.

—¿Le ha contado el agente Jake cómo ha conseguido que los Harper nos reciban?

Cole se rio.

—Si le soy sincero, no le he preguntado nada. Jake y yo, como le dije, intercambiamos información sin hacernos preguntas que en el futuro pudieran comprometernos. ¿Está preparada? Ya se ven las puertas.

Montaban guardia dos agentes de seguridad armados. Morgan detuvo el coche frente a una de las tres puertas de entrada que había en la urbanización.

—Tenemos una cita en la casa de los señores Harper. —Morgan entregó a uno de los agentes las acreditaciones.

El otro agente se acercó y luego habló por lo bajo a través de un intercomunicador que llevaba colocado en una de las orejas.

—Los acompaño, síganme. —El agente se subió a un coche eléctrico aparcado junto a la garita e inició el recorrido.

Las fachadas de las casas eran blancas. El entorno de la comunidad ofrecía una imagen rural con amplios senderos ecuestres a lo largo de los caminos. Entre las mansiones había mucho espacio, los terrenos donde se emplazaban tenían grandes extensiones. Durante el trayecto se cruzaron con un par de personas que iban a caballo. Esto hizo recordar a Mía lo mucho que le gustaba a Adam montar y cómo la afición había pasado a sus hijos, sobre todo a Lea. A Mía la aterraba lo lanzada que era su hija cuando montaba y cómo pedía que le subieran la valla para saltar más alto. Era una pieza añadida para encajar en el complicado rompecabezas. Mía supo que había demasiadas coincidencias para creer que no pudiera ser cierto: la fecha de ingreso en el primer curso de Stanford, la foto en el anuario, una urbanización donde la

afición por la hípica se respiraba por todos lados. Adam tenía que haberse criado allí.

El agente de seguridad detuvo el coche frente a la entrada a la mansión e hizo un gesto para que Morgan estacionara detrás. Un mayordomo uniformado salió a recibirlos; intercambió unas palabras con el agente de seguridad, que se quedó apostado junto al coche.

Una serenata de truenos retumbó a lo lejos, sobre las colinas, mientras el sol se ocultaba tras las nubes grisáceas que amenazaban lluvia. El mayordomo, después de meterles prisa para que entraran, los condujo hasta un grandioso salón.

—Acomódense en el sofá, voy a avisar a los señores.

Mía tenía los músculos en tensión. Recorrió la estancia con la mirada. Temía encontrarse en cualquier sitio con una fotografía de Adam. Lo imaginó de pequeño en aquella casa, en brazos de su madre, jugando con sus dos hermanas o montando a caballo junto a su padre. Sus ojos buscaban con desesperación algo que relacionase algún objeto con su marido, pero unos pasos contundentes la obligaron a desistir y dirigir la mirada hacia la puerta.

Un hombre alto y fuerte, con cara malhumorada y andares displicentes, irrumpió en el salón. Calzaba botas altas, muy bien lustradas, una camisa a cuadros al más estilo vaquero y un pañuelo anudado al cuello. Lo seguía una mujer altiva, con una mirada dura y unos ojos rasgados que a Mía le recordaron a los de Adam.

Sin saludarlos y ni siquiera presentarse, el hombre se sentó en una butaca frente a ellos dos. La mujer lo hizo a su lado. Con un porte altivo, observó a Mía y al detective de una forma despectiva. Iba vestida con un traje de chaqueta negro y zapatos de tacón altos y finos. Llevaba el pelo cortado a capas, muy bien peinado, en una tonalidad rubio ceniza.

—Ustedes dirán. —El señor Harper rompió el inquietante silencio con un tono de voz demasiado alto.

—Lo primero, quiero agradecerles el habernos recibido. —A Mía casi no le salía la voz.

Les relató paso por paso su vida con el que fuera su marido. Desde el día que se conocieron en la conferencia de Londres, donde ella fue a trabajar como traductora, a su matrimonio, sus hijos, su vida en familia, su desaparición.

—Lo que me ha traído hasta aquí es saber si Adam Jones es su hijo y qué hizo tan grave para vivir bajo una identidad falsa. Antes de nada, quiero que tengan una cosa clara: no vengo en busca de su dinero y nunca aceptaría nada de su parte. Yo he amado con locura a mi marido y lo único que necesito saber es dónde está, si es que está vivo; los dos éramos felices juntos y tenemos dos hijos que lo adoran y que, cada día, cuando hablamos, solo preguntan por su padre. No entiendo por qué no confió en mí, si algo le preocupaba; nos lo contábamos todo, o al menos eso creía. —Mía se detuvo y tomó aire, esperaba que sus palabras hiciesen efecto sobre sus duras corazas—. Se lo ruego, si mi marido es su hijo y saben dónde se esconde, díganle que se ponga en contacto conmigo, lo necesitamos.

Abrió el bolso y colocó con cuidado sobre la mesa una batería de fotografías de Adam y ella, Adam y los niños, los cuatro juntos. Sus manos le temblaban sin control.

—¿Para qué viene aquí a contarnos esto? —El señor Harper esperó a que acabara su historia. Tenía el cuerpo tensionado y la cara y el cuello enrojecidos—. Nuestro hijo falleció hace muchos años. No sé si es consciente del dolor que nos provoca al remover esto. Esas fotografías no demuestran nada, hay cientos de personas en el mundo que se parecen y eso no indica nada.

La tensión en el salón era evidente. A Mía le dio la sensación de que la cabeza se le quedaba sin sangre; se sintió mareada. El señor Harper oponía resistencia, mostrando su negativa a escuchar y negándose a responder. Mía desistió de su empeño y dirigió la mirada hacia la señora Harper. Había

estado observando de reojo las fotografías y le pareció percibir un atisbo de dolor en su mirada.

—Durante horas intenté contactar con mi marido, presa del pánico ante lo que les hubiese sucedido a él y a los niños.

El señor Harper cambió de táctica y empleó un tono más condescendiente.

—Lamento mucho lo que le ha sucedido, pero le repito, ¿qué tiene que ver esta historia con nosotros? Sepa que hemos accedido a recibirla por cortesía con la autoridad. Siento que haya realizado un viaje tan largo para obtener un resultado infructuoso, pero aquí le aseguro que no va a encontrar a su marido.

—¿Me quiere hacer creer que no ha oído hablar de Adam Jones en las noticias? —Mía sacó un genio que desconocía tener. Miró a sus anfitriones con los ojos muy abiertos, tanto que parecía fueran a salirse de sus órbitas—. Mi marido y sus socios han ocupado durante días espacios importantes en los medios de comunicación. No creo que justo aquí, en California, donde se creó el parámetro de los futuros del agua, no se haya hablado de esto.

El señor Harper asintió irritado con la cabeza, confirmando estar al corriente de las noticias. Su mujer cerró los ojos y apartó el rostro. La conversación parecía desbordarla.

Morgan le pidió a Mía que se tranquilizara. La agarró con suavidad de las manos y la relevó en el turno de palabra.

—Hay que reconocer —dijo el detective mostrando una de las fotografías— que el parecido entre su hijo y el marido de mi cliente es enorme. Aparte del mentón y la nariz, que pueden haber sido modificados, los dos tienen la misma pequeña protuberancia en el lóbulo de la oreja izquierda.

Mía observó a la señora Harper; evitaba mirarla mientras se atusaba nerviosa el cabello.

—En Suiza —dijo Mía con voz entrecortada—, contraté los servicios de un amigo que tiene una agencia de detectives. La

policía no daba con el paradero de Adam y yo estaba desesperada por encontrarlo. No había rastro del coche ni explicación alguna para que dejase a los niños al cuidado de los propietarios del bar. Era de noche y había una tormenta devastadora. Son muy pequeños y los dejó solos en un bar. Yo conozco a mi marido, nunca habría hecho algo así de no estar en un gran apuro.

El señor Harper levantó los hombros dando a entender que no estaba al tanto de nada de lo que Mía relataba, mientras su mujer, antes altiva y con una mirada orgullosa, iba pareciendo más diminuta en el sofá, como si su cuerpo se estuviese diluyendo entre los mullidos cojines.

—Mi amigo, el detective —insistió Mía—, viajó a Londres. En la Universidad de Oxford confirmaron que Adam había cursado allí los estudios de Economía, pero cuando fue a comprobar su identidad registral, no obtuvo ningún dato de él ni de sus padres. Ante esta información, viajó a Dublín a casa de unos tíos a los que Adam, los niños y yo visitamos la pasada Semana Santa. —Ahora sí que percibió una emoción especial en el señor Harper y, cuando ella relató que los tíos eran falsos y reconocieron haber participado en la farsa a cambio de una importante suma de dinero, el hombre se llevó las manos a la cabeza. Su mujer se mantuvo inmóvil, paralizada, pero, a pesar de lo expuesto sobre la mesa, no emitió ni una palabra—. Siguiendo las indicaciones de mi amigo, rebusqué entre las pertenencias de mi marido. En el bolsillo de una chaqueta, de esas que se usan para montar a caballo, encontré un tique que me ha conducido hasta la Universidad de Stanford. Mi amigo se puso en contacto con el señor Cole, también detective, e iniciamos la investigación. En uno de los anuarios encontramos la fotografía de un chico, John Harper, que es idéntico a mi marido.

—Pero nuestro hijo murió. —El señor Harper la apuntó acusatoriamente—. Le exijo que deje de repetir semejantes atrocidades.

La señora Harper no podía evitar las lágrimas y se cubrió el rostro con las manos. Los agentes de seguridad, que habían permanecido en un segundo plano al fondo del salón, se acercaron.

—¡Acompáñenlos a la puerta! —vociferó el magnate mirando a Mía y al detective con los ojos encendidos—. Y ustedes dos…, no vuelvan a acercarse a nosotros si no quieren sufrir las consecuencias.

Sin ninguna opción de réplica, Mía y Morgan Cole se vieron obligados a levantarse. Los agentes los miraban impacientes para que abandonaran de inmediato la estancia.

Mía se levantó del sofá y echó un último vistazo a los que estaba segura de que eran sus suegros. Dejó las fotografías de Adam esparcidas sobre la mesa y, antes de abandonar el salón, depositó una tarjeta con su móvil y el nombre del hotel donde se alojaba en San Francisco. En Los Ángeles no le quedaba nada por hacer.

De camino al aeropuerto, se volvió hacia Morgan Cole y comentó:

—Hay algo que me obsesiona y no puedo dejar de darle vueltas: la actitud de ambos, tanto la del señor Harper a la defensiva como la de su mujer tan afectada. ¿Qué conclusión ha sacado de ellos? Pensé que ella se iba a echar a llorar. Si Adam es su hijo, esa mujer estará sufriendo. Lo que no entiendo es su afán por no reconocerlo.

—Hay una historia truculenta alrededor del accidente, no hace falta mucho olfato para darse cuenta.

CAPÍTULO XXII

Lo primero que hizo Mía al llegar a la habitación del hotel fue llamar a Noah. Al escuchar su voz, sintió sus manos en su piel, por todo el cuerpo, igual que las había sentido aquella noche en el gabinete. Sus palabras, tan cercanas, la arroparon en medio de la inquietud.

—Noah, felicita a Luka por el fichaje de Morgan Cole. El hombre es infatigable. Sin él, no habría podido acceder a los Harper.

—Me tienes intrigado. ¿Qué tal te recibieron?

Mía tuvo que imponerse al amargo recuerdo de la conversación.

—Prefiero no hablar de ello. —Unos ligeros sollozos escaparon de su garganta—. Ha sido terrible. Si de verdad son los padres de Adam, me horroriza pensar que su sangre pueda correr por las venas de mis hijos. Son un par de estirados, antipáticos y groseros.

—¿Estás segura de que son su familia?

—Adam se parece a la señora Harper, desde luego: los mismos ojos rasgados, tez pálida. Y lo del lóbulo de la oreja me parece determinante. Ella intentó ocultarlo colocándose el pelo sobre las orejas, pero la vi perfectamente. Tiene la misma protuberancia un poco partida en la parte inferior de la oreja izquierda. Igual que Adam. Él me contó que se la había rasgado en un accidente deportivo, pero ahora no me lo creo. Podría ser un tema hereditario. Tiene la misma forma que la del chico de la foto del anuario. Cuando la jefa de administración de la universidad se levantó a buscar en el archivo le hice una foto al anuario. No puedo dejar de verla; en la foto, John Harper, su madre y Adam tienen el mismo defecto en la misma oreja. Además, el señor Harper hace gestos parecidos a los que hace Lea. Los dos fruncen de la misma forma el ceño cuando se enfadan. Cuando se ha

puesto tan violento, me parecía estar viendo a Lea con una de sus rabietas. ¿No es demasiada coincidencia?

—Ya sabes que no creo en las coincidencias… ¿Qué han dicho cuando han visto las fotos?

—Nada. Los dos han estado distantes, sobre todo el señor Harper, que es muy frío. Parece que ese hombre no tenga nada dentro. No las han tocado. Antes de marcharnos, bueno, de que nos echaran, las he dejado sobre la mesa junto a mi tarjeta. Confío en que recapaciten, por lo menos la señora Harper. He visto cómo miraba las fotos de reojo; yo creo que ella sí se ha emocionado. Eso no se puede esconder.

—¿Cuál es el siguiente paso que vais a dar? —preguntó Noah.

—No lo sé. Supongo que el señor Cole me lo contará ahora, hemos quedado para cenar.

—No sé si conseguirás encontrar a Adam, pero sabes que has hecho todo lo que estaba en tu mano. Disfruta de la cena, descansa y llámame para contarme cuándo vuelves.

Al colgar el teléfono, dudó sobre si llamar a Morgan Cole para anular la cita. Había quedado a cenar con el detective para decidir cómo iban a continuar la investigación. Además, el hombre quería obsequiarla con una comida típica de la tierra. Aunque lo que más deseaba en ese momento era meterse en la cama y olvidarse de todo, hizo un esfuerzo por acudir.

Sumergida en un cálido baño de espuma, Mía trató de desprenderse del mal cuerpo que le había dejado la visita a los Harper. Lo único que no le encajaba de lo poco que los había conocido era la diferencia de carácter entre Adam y su padre, si es que en efecto era su padre. Su marido siempre tan delicado con ella y con los niños, frente a aquel ogro maleducado y violento.

El sonido del móvil la hizo sacar la mano del agua. Su hija, Lea, le gritaba desde el otro lado de la línea.

—¿Por qué no vuelves? ¡Dijiste que estarías unos pocos días! —La niña estaba fuera de sí—. ¡Yo quiero que vuelva papá!

Mía no podía explicarle la visita a los Harper ni que estaba segura de que acababa de conocer a sus abuelos. Le dolió en el alma que su hija fuese tan dura con ella. Siempre le hablaba como si tuviese más años que su edad real, la recriminaba por haberlos dejado solos con la chica de servicio y el abuelo. Exigió a gritos que quería volver a su vida de antes, con su padre, su colegio, sus amigas, sus clases de baile y de pádel.

—Lea, cálmate. ¿Qué crees que estoy haciendo en América? Desde el día en que tu padre desapareció, no he hecho otra cosa que buscarlo. Te pido que no me presiones. Cuando vuelva a casa, te lo contaré todo. ¿De acuerdo?

—Eso dices siempre y luego no me cuentas nada —respondió la niña con desgana—. ¿Dónde estás ahora?

—En San Francisco. Acabo de regresar de Los Ángeles.

—¿Cómo es California? No nos has enviado ni una foto.

Thomas, a su lado, se apretaba para escuchar a su madre.

—Lo siento, ni se me ha pasado por la cabeza. Luego sacaré alguna, te lo prometo. Pásame al abuelo, lo oigo por ahí.

—Tráeme cosas para el álbum, como hacía papá.

—Bien —gritó el niño, dando fuertes palmotadas al saber que su madre volvía a casa—. Mami, ¿traes regalos?

—Sí —respondió mientras disimulaba que había estado llorando—, pero no os voy a contar nada, va a ser sorpresa. Os he echado tanto de menos, me muero por veros.

Hizo un esfuerzo por visualizar mentalmente a los niños. En unas horas volvería a estar con ellos. Eran la fuerza que tiraba de ella para mantenerla en tierra firme. Los imaginó corriendo a recibirla por los pasillos de la terminal, saltando, riendo.

—Venga, pasadme al abuelo.

La conversación con su padre también le dejó mal sabor de boca. La tutora le había dicho que Lea estaba bajando su rendimiento, se había encerrado en sí misma y no quería hacer nuevas amistades.

Abrió una videollamada en Skype, reunió a su madre y a Emma para ponerlos al corriente de los últimos sucesos. La visita a los Harper, su mal recibimiento…

—¿Y no vas a ir a hablar con el padre de la chica que murió en el accidente con John Harper? —preguntó Emma—. Quizá podría contarte algo que te dé una pista para seguir.

—Pero ¿cómo dices eso? —la interrumpió la madre de Mía —. Lo que tienes que hacer es volver de inmediato a casa y dejarte de líos. ¿No dijiste que el agente federal te advirtió de que el señor Lane era un hombre violento?

—Sí —respondió Mía, pesarosa—. Emma, igual tienes razón, pero todo esto me sobrepasa. Le he pedido al detective Cole que continúe la investigación; si es necesario, regresaré cuando él me lo pida.

—Claro, Mía, no debí decir eso —se disculpó Emma—. Como dice tu madre, podría ser peligroso. Buen viaje y avisa cuando llegues.

Volver. Eso es lo que iba a hacer.

Tras pasar por el hotel a por Mía, el detective estacionó su flamante coche en un inmenso *parking* del Pier 39. Durante el trayecto, había ido hablando en un tono animado, intentando elevar el ánimo de su clienta.

—El Pier 39 es un muelle de principios del siglo XX, fue remodelado más adelante para simular un pueblo de pescadores.

Mía, a su lado, caminaba disimulando una curiosidad que en ese momento no sentía. Pero el detective no cejaba en su empeño de distraerla antes de ponerse a hablar de cosas importantes.

Mezclados entre el bullicio de gente que entraba y salía de las tiendas y bares, llegaron al restaurante elegido por Morgan Cole: el Fog Harbor Fish House. Situado al borde del mar, sus enormes ventanales brindaban unas vistas impresionantes a la bahía de San Francisco, el Golden Gate y Alcatraz.

El camarero, tras tomarles la comanda, entre la que se encontraba la popular sopa de almejas acompañada por una ración de pan recién horneado, cortesía de la casa, les sirvió una copa de vino blanco que se encontraba a una temperatura perfecta. La sopa de almejas le recordó a Mía a la que solía preparar los fines de semana Adam y que tanto les gustaba a sus hijos. Otra coincidencia para añadir a la lista.

—Aprendió a prepararla aquí —musitó Mía, sorprendida, ensimismada en el sabor.

—¿Qué? —preguntó el detective.

—Hablaba sola. Adam cocinaba esta misma crema.

El detective tomó una cuchara y elevó las cejas.

—Mañana voy a solicitar una verificación de los datos biológicos registrados de John Harper para que se realice una comparativa con los datos médicos de su marido.

—Me parece muy buena idea —dijo Mía.

—El otro día comentó que se había realizado un análisis hace poco. ¿Recuerda en qué laboratorio?

—En el centro médico que nos corresponde en Cologny.

—¿Podría llamar al laboratorio y solicitar que se lo envíen? —preguntó Cole.

—¿Me lo darán?

—Si justifica que es su esposa, no deberían ponerle ningún problema.

—Le agradezco todo lo que está haciendo por mí, señor Cole.

El detective se disponía a tomar una cucharada de sopa y dejó escapar una sonrisa.

—Usted, señora, habría conseguido todo lo que he conseguido yo, no le quepa la menor duda.

—¿Yo?

Morgan Cole comenzó a reírse.

—Habría tardado más. Pero no hay nada sobre la faz de la tierra que se le ponga a usted por delante.

Mía agachó la mirada y esbozó una sonrisa.

Durante los postres hicieron las cuentas sobre los gastos efectuados aquellos días y Mía extendió un cheque. Morgan Cole pagó la cena.

Mientras caminaban hacia el coche, Mía se enjugó las lágrimas y dejó la mirada perdida en la bahía. En la intimidad de ese momento de inmensa tristeza, su mente no dejaba de atormentarla con preguntas para las que no tenía respuesta.

Le vino a la cabeza una conversación que mantuvieron Adam y ella mientras navegaban por el lago de Lucerna. Fue durante una excursión que hicieron para celebrar su primer año de convivencia juntos. Abrazándola, le susurró al oído que su sueño se había cumplido: había encontrado a la mujer con la que quería llegar hasta las puertas de la muerte. Por esto y por muchas cosas más, una parte de ella se había roto como un cristal ante sus mentiras, y era consciente de que, pasase lo que pasase, los trozos nunca podrían volver a juntarse.

Morgan Cole y Mía se despidieron con un fuerte apretón de manos en la puerta de entrada del hotel. Acordaron que ella volvería a España al día siguiente, él proseguiría con la investigación y se mantendría en contacto con Noah.

En la soledad de la habitación, la sensación de desamparo la desbordó. Tomó el bote de ansiolíticos y, tal y como le había indicado el médico, se colocó una pastilla debajo de la lengua. En segundos, su pulso comenzó a recobrar la normalidad y el sueño la fue venciendo.

Avanzada la madrugada, sin poder determinar qué había ocurrido, tuvo la sensación reciente de las manos de alguien

acariciando las suyas. Se incorporó, estremecida. Sus manos todavía guardaban el calor y en su cuello quedaban restos de un agua de colonia que conocía.

Se levantó de la cama y corrió hacia la puerta. El pestillo seguía cerrado por dentro. Adam no podía haber estado allí, se decía Mía medio dormida. Es imposible, se repetía. Sin embargo, toda la habitación, y hasta su propio cuerpo, olía a él.

CAPÍTULO XXIII

Las ruedecillas de la pequeña maleta que arrastraba Mía se deslizaban por el suelo reluciente del vestíbulo del hotel, emitiendo un ligero quejido. Se acercó a uno de los mostradores individuales de la recepción para abonar el importe de la estancia y dejar la maleta en consigna mientras desayunaba.

Sin prestar atención a la gente que había a su alrededor, se dirigió a la cafetería para tomar un café. Había dejado la habitación con excesiva antelación; faltaban horas para que saliese su vuelo, y permanecer allí sola, sin nada que hacer, la consumía.

Mientras saboreaba el café, echó un vistazo rápido a las noticias; eran tan negativas que enseguida guardó la *tablet* en el bolso.

Un ligero toque sobre el hombro la sobresaltó. Alzó la mirada y se encontró frente a frente con un rostro que le resultaba conocido.

—Acompáñeme —dijo uno de los agentes de seguridad de los Harper—. Quieren hablar con usted en privado.

—¿Conmigo? —A Mía casi no le salía la voz por la garganta.

—La esperan en la otra sala. —El agente de seguridad de la familia le insistió con un gesto para que lo siguiera.

Mía se levantó como un autómata, confundida por la inesperada visita. El agente la condujo a una sala adyacente.

La señora Harper la saludó con una leve inclinación de cabeza y la invitó a sentarse a su lado. Vestía un traje de chaqueta de color beis y lucía una estola de piel de marta cibelina alrededor del cuello.

Los agentes salieron de la sala y se apostaron junto a la puerta.

—Buenos días, señora Jones, no la entretendré mucho, pero es importante que hablemos.

—Usted dirá —replicó Mía con la voz entrecortada.

—Vengo a pedirle discreción, que deje de hablar y de preguntar por mi hijo.

—No es mi intención hablar de su hijo como tal, solo saber dónde está mi marido. ¿Usted no haría nada si su marido desapareciera sin más? ¿Si se enterase de que ha vivido con alguien que no era quien decía, que no sabe nada de su vida? Tenemos dos hijos que lo adoran y que cada día que pasan sin noticias de su padre sufren con mayor desesperación su ausencia.

—La entiendo y me pongo en su lugar. —Su tono se volvió un susurro. Su rostro palideció tanto que parecía que de un momento a otro se iba a desmayar—. Es muy difícil para nosotros.

—Tendrá que confiar en mí si quiere que la entienda. Sus ojos la delatan, es evidente que mi marido es su hijo. No se tomaría la molestia de venir a verme si no fuera así. Si le preocupa que se hable de él, debe decirme qué ocurre. Yo soy la primera interesada en no hacerle daño. Solo quiero saber qué le pasó para que actuase de esa forma con los niños y los dejara solos en medio de aquel caos. Y, sobre todo, de qué huye o quién lo persigue. Qué lo obligó a cambiar de identidad.

La señora Harper se tapó la cara con las manos. Llevaba una manicura cuidada: uñas redondeadas, de longitud adecuada y cubiertas con un fino brillo.

Una medalla que colgaba de su cuello le indicó que era una persona religiosa, quizá colaboradora en obras sociales.

—Si quiere a su marido, debe dejar el asunto como está. Es peligroso para él que lo siga buscando. Deben olvidarlo.

—¿Olvidarlo? —Mía apretó los puños y elevó el tono.

—Baje la voz. ¿No ha entendido lo que le acabo de decir?

—Exijo saberlo todo. Ya puede empezar a hablar si no quiere que llame a la policía. —Mía sostuvo el móvil en una actitud amenazante—. ¿Sabe dónde está su hijo?

—No.

—Pero reconoce que mi marido es su hijo.

La señora Harper apartó el rostro y asintió levemente.

—No quiero hacerle daño. Estoy desesperada por encontrarlo. ¿Cuándo fue la última vez que habló con mi marido?

—El mismo día que usted, cuando la tormenta en España. Desde entonces no sabemos nada de él. Elliot y yo estamos igual de desesperados. John llamó a su padre para decirle que estaba en peligro.

—¿En peligro? ¿En peligro por qué? —preguntó Mía con un hilo de voz.

—Es una historia larga. —La mujer alzó los ojos y observó la puerta cerrada.

—Ya puede empezar si quiere proteger a su hijo.

La señora Harper dio unas vueltas al anillo de matrimonio.

—He venido a proponerle que continuemos la conversación en casa.

—¿Volver a su casa? ¿Por qué no hablaron conmigo ayer?

—Sé que no tenemos disculpa, pero todo esto nos ha sobrepasado. —Se le escapó un ligero gemido—. Un contacto en la policía avisó a mi marido de que usted quería venir a vernos para hablar de John. Elliot llamó a su abogado y este le recomendó que la recibiésemos. Pero nos supuso tal sorpresa su visita que necesitábamos tiempo para meditar qué íbamos a contarle.

—¿Tiempo? ¿Para qué?

—Para decidir qué hacer, reconocer los hechos o mentir. Después de conocerla y comprobar el amor que siente por mi hijo, le he insistido a mi marido en que debíamos hablar en confianza con usted; nuestro interés es común. Queremos a John y, por tanto, protegerlo.

—Le agradezco su cambio de actitud, pero mi avión sale en cuatro horas. Me resulta del todo imposible desplazarme hasta su casa. No puedo fallar a mis hijos, están desesperados por mi regreso, no entenderían que no lo hiciera. ¿Por qué no puede venir aquí su marido? Después de cómo me trató ayer es lo mínimo que puede hacer.

—Es peligroso hablar de un asunto tan serio aquí. Somos gente muy expuesta y alguien podría escucharnos. No se preocupe por el viaje, el ayudante de mi marido se encargará de cambiar su vuelo, solo se retrasará un día a lo sumo. Cuando acabemos de hablar, la llevarán al aeropuerto. Puede salir desde Los Ángeles. Entiendo que ha viajado hasta aquí para conocer la verdad.

Tras unos segundos de vacilación, Mía asintió con la cabeza.

—De acuerdo —dijo—, voy a enviar un mensaje a mi padre para que se lo diga a los niños.

En vez de escribir a su padre, envió un escueto WhatsApp a Morgan Cole para que hiciese de informante y le siguiese la pista si en un tiempo prudencial no daba señales de vida.

CAPÍTULO XXIV

El avión particular de los Harper esperaba con el motor encendido en el aeropuerto. Era una nave de doce plazas con dos pilotos al frente y una azafata para atender el servicio. La señora Harper se situó a un lado del pasillo y Mía al otro. Aunque el vuelo duró poco, menos que el vuelo comercial, la azafata les sirvió un aperitivo frugal.

Las dos mujeres apenas cruzaron unas palabras. La señora Harper se había puesto unas gafas de sol y evitaba mantener contacto visual con Mía. Se mostraba muy afectada.

Los agentes de seguridad, situados en los asientos de atrás, también viajaban en silencio.

A la salida del avión los esperaba el coche de los Harper. Un chofer perfectamente uniformado les abrió la puerta y las ayudó a acomodarse.

Volver a cruzar las puertas de Rolling Hills revolvió a Mía por dentro. Todavía mantenía presente la experiencia vivida durante la noche, la sensación de que alguien, quizá Adam, hubiese estado en la habitación del hotel. Pero esto no pensaba decírselo a los señores Harper, la tacharían de loca. La experiencia, tan íntima, la acompañaba en esos momentos tan difíciles.

Cuando llegaron a la mansión familiar, el mayordomo las condujo al salón. Mía se sentó en el mismo sofá del día anterior. Esa mañana, sin embargo, estaba más inquieta: echaba en falta la seguridad que le daba Morgan Cole.

A los pocos minutos llegó el señor Harper. Sus pasos no eran como los de la mañana del día anterior, contundentes y sonoros, sino lentos y derrotados. Su mirada al saludarla transmitía otro tipo de emoción. Sus ojos tenían un brillo especial, sus facciones, antes duras y agresivas, se mostraban consumidas.

Tras los pertinentes saludos, el señor Harper tomó la palabra.

—John es nuestro primogénito, un chico brillante, siempre el número uno de su clase, con una enorme empatía y don de palabra. Desde pequeño le gustaban las empresas de la familia y en vacaciones solía venir conmigo a la oficina, yendo de aquí para allá, viendo cómo se trabajaba. Decía que cuando fuese mayor iba a ser el jefe de la empresa. Yo estaba orgulloso de él, apuntaba maneras y dotes para el mando. —Su voz estaba cargada de dolor—. Pero, bueno, usted está aquí para saber qué ocurrió. Nosotros tememos tanto por nuestro hijo que le vamos a desvelar la verdad. Es importante proteger a John; por tanto, lo que hablemos debe quedar entre estas paredes. Si llegase a oídos de la prensa o de la policía, lo pondríamos en peligro.

—Me tranquiliza que reconozca que mi marido es su hijo. —La voz de Mía sonaba entrecortada mientras su cuerpo se ponía en máxima tensión—. Su mujer me ha dicho que no saben dónde está y quiero creerla. ¿Su desaparición tiene que ver con el conflicto del despacho?

—¡Por favor! ¿Cómo se le ocurre pensar eso? —El señor Harper resopló varias veces—. John es muy inteligente, nunca deja cabos sueltos. La tarde de su desaparición me llamó desde una gasolinera cercana a Cambrils, me contó que el padre de Sarah Lane lo había descubierto. Me dijo que acababa de enviar una llamada anónima a un periódico de Ginebra culpando a Adam Jones de un fraude con un lote de futuros del agua. Pero, créame, fue una mera estrategia para desviar el foco de atención hacia él y su despacho, y así ganar tiempo para preparar su huida. Luego la comunicación se cortó y no pude averiguar sus planes. Lo llamé y lo llamé sin conseguir nada. Desde entonces no hemos tenido noticias suyas, así que estamos tan desesperados como usted.

—Acaba de nombrar al padre de Sarah Lane. Es la chica que iba con él la noche del accidente en el coche. Lo leí en la

hemeroteca.

—Eso es.

—¿Pero que temía que le hiciese ese hombre? Fue un accidente…

—El señor Lane es un hombre violento; quería justicia para ver a John entre rejas. Le dijo que su sicario estaba muy cerca. Que no le iba a hacer daño, pero sí entregarlo a la policía.

—No entiendo cómo Adam no me contó nada, cómo ha podido vivir estos años en esa angustia. ¿Cómo es posible que la policía no rastrease la llamada entre ustedes?

—Lo harían, pero el móvil que utilizábamos para hablar entre nosotros no está registrado a mi nombre. Lo destruí al instante, así lo teníamos acordado, esto es lo que nos ha impedido hablar.

La señora Harper asintió a lo que decía su marido mientras se retiraba con disimulo unas lágrimas que no podía contener.

—Entiendo su desesperación por encontrar a su marido —balbuceó—, pero piense también en la mía como esposa y como madre. Desde la noche del accidente no he vuelto a ser la misma.

Mía le devolvió una mirada de empatía. Luego se dirigió al señor Harper.

—Le ruego que empiece por explicar qué le hizo a esa chica que fuese tan grave como para que su padre lleve toda la vida persiguiéndolo.

—Cada año, al acabar el curso —al señor Harper le costaba encontrar las palabras—, se celebra en el campus de Stanford la tradicional fiesta que da comienzo a las vacaciones. Usted no sabe cómo era John en aquel entonces.

—¿A qué se refiere? —preguntó Mía.

Los padres se contemplaron durante unos segundos, aplastados por todos aquellos recuerdos que llevaban encima.

—Bebía —reconoció la madre.

El padre añadió enseguida:

—Ojalá fuera solo que bebiera —dijo—. Nunca, jamás en la vida, debería haber conducido el coche. No en ese estado.

La madre se tapó la cara.

—Qué error, Dios mío. Qué error más grande, qué inconsciente.

El señor Harper tomó la mano de su mujer; parecían dos ancianos, tan frágiles, tan tristes.

—No reconozco a mi marido en esto que cuentan. Nunca lo he visto beber alcohol ni excederse en nada. Siempre tenía todo bajo control.

—Pero era muy joven —lo defendió el padre—, hacía todo con intensidad. Cuando estudiaba, se empeñaba como el que más, y cuando se divertía, lo hacía a lo grande. Por decirlo de alguna forma, John exprimía la vida al máximo; para lo bueno y para lo malo.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Mía.

—John salió de la fiesta del campus acompañado de una chica que no era su novia.

—Cuando recuerdo lo que sufrió la pobre Beatrice… —lo interrumpió la señora Harper—. Era su novia de siempre. Su familia vive también en Rolling Hills y nos une una gran amistad. John y ella se trataban desde que eran niños, iban al mismo club, al colegio, compartían las mismas amistades, celebraciones… Beatrice es una chica estupenda: seria, responsable, educada. La desgracia fue que se encontrase mal aquella noche y no acudiese a la fiesta. De haber estado allí, John no habría salido con esa chica. Se habrían casado, tenido hijos y John estaría trabajando en las empresas familiares.

—Gracias por lo que me toca —replicó Mía.

—Disculpe. No era mi intención molestarla.

—¿Qué pasó después? —Mía dirigió la mirada al señor Harper.

—En una curva, John perdió el control del coche, que impactó contra un árbol. Sarah Lane salió despedida del vehículo; era descapotable. Al parecer, no llevaba puesto el cinturón de seguridad. John me llamó en cuanto sucedió. Le costaba contarme con claridad lo ocurrido. Se encontraba en estado de pánico. La chica estaba muerta, él borracho y gritaba que lo iban a meter en la cárcel; me pedía ayuda. Como comprenderá, tuve que actuar rápido. Le dije que no hiciera nada y que esperara a que fueran a por él.

—¿Cómo manipularon las pruebas? —preguntó Mía con miedo—. Estoy al corriente de lo ocurrido y, por lo que he leído, no hubo dudas de que los restos fueran de su hijo.

—Desperté a mi jefe de seguridad y enseguida organizó todo. Antes de ir al lugar del accidente, fue a la morgue y se apropió del cadáver de un mendigo que llevaba días allí sin que nadie fuera a recuperar sus restos. Después enfiló hacia el sitio, que está en una carretera apartada; las parejas van mucho por allí. Por suerte, aquella noche no había nadie. Mi jefe de seguridad encontró el cuerpo sin vida de Sarah Lane tendido junto a unos matorrales. No se podía hacer nada por ella. Colocó el cadáver del chico de la morgue en el asiento del conductor y anudó alrededor de su cuello la cadena de mi hijo; los datos del grupo sanguíneo y fecha de nacimiento de John estaban grabados en ella. Luego prendió fuego al coche.

—¿Nadie reclamó el cuerpo del mendigo?

—No. Como le digo, era un *homeless*. Una vez que tuvimos a John en casa, lo pensamos con más calma. Estuvimos a punto de ir a la policía.

—Debieron hacerlo.

—Pero John habría ido a la cárcel. Toda su vida se habría derrumbado en ese momento. Nos pidió ayuda y se la dimos. ¿Qué no se hace por un hijo? Una vez que tomamos la decisión y se montó la escena, era imposible echarse atrás. Las consecuencias judiciales habrían sido peores.

Mientras el señor Harper se explicaba, la señora Harper lloraba en silencio, sin levantar el rostro.

—Por lo que he leído en la hemeroteca —dijo Mía—, el padre de la chica se sumó a la denuncia de los fabricantes del coche; no creían posible que el depósito de gasolina hubiese provocado el incendio.

—Y no les faltaba razón, claro, pero no lo pudieron demostrar. El señor Lane es un hombre muy violento y crítico con la gente de nuestra clase; habría destrozado a John de descubrirse que había salido indemne del accidente. Los muy muy ricos somos un blanco fácil. En el campus hubo gente que declaró que John había abandonado la fiesta con una copa de más.

—Acaba de decir que el padre de la chica era crítico con la gente de su clase, pero es de suponer que, si la chica iba a la misma universidad, su familia también tendría recursos.

—Sarah Lane estaba realizando prácticas en el departamento de Administración de la universidad. Era cuatro años mayor que John y, por la información que obtuvimos después, llevaba tiempo detrás de él.

—Pero si todo salió a la perfección —intervino Mía—, ¿cómo es que el padre de la chica lleva toda la vida persiguiendo a Adam? Si había muerto… Por la información que tengo, se verificó el ADN del cadáver del chico que iba al frente del coche y coincidía con el de su hijo. Por esto no entiendo la postura de ese hombre.

—El señor Lane no dejaba de repetir que la gente poderosa tiene soluciones para todo. El revuelo que organizó fue terrible. Se apoyó en el fabricante del automóvil y el seguro, que tampoco encontraba explicación para semejante incendio. Llegó a decir que su hija lo había llamado agonizando, antes de morir, pero no pudo probarlo. Tuvimos miedo a que se descubriese el montaje.

—Pero en los móviles quedaría registrada la llamada —dijo Mía.

—El móvil de la chica estaba carbonizado y en el de su padre aparecía una llamada a medianoche, pero no demostraba nada.

—¿Cómo pudo dictaminar el forense que el ADN era de su hijo si el cuerpo era el del mendigo?

La señora Harper hizo un gesto a su marido.

—Se apañó el asunto, el dinero lo calla todo.

La explicación del señor Harper respecto al padre de la chica y a cómo se había producido el accidente coincidía con la versión que el agente federal, Jake, les había dado a Morgan Cole y a ella en la reunión en el barrio chino de San Francisco.

—¿Cómo ocultaron a mi marido? —preguntó Mía—. Debió ser difícil con toda la presión policial.

—En una cabaña, en las montañas. Nadie sabe que es de nuestra propiedad. John permaneció allí hasta que se arreglaron sus nuevos papeles y pudo salir del país.

—Si no me están mintiendo y de verdad no saben dónde está, debe haberle sucedido algo grave. O el señor Lane se tomó la justicia por su mano, o mi marido tuvo un accidente al intentar escapar. Después de lo que me han contado, estoy segura de que se habría puesto en contacto con ustedes; hay cientos de formas de llamar sin dejar rastro con una tarjeta de un solo uso. Tampoco entiendo cómo el señor Lane no me llamó para avisarme de quién era mi marido.

—Si pensaba hacerle daño a mi hijo… —Suspiró el señor Harper.

—Por lo que he leído, tienen otras dos hijas casadas y varios nietos. ¿Están al corriente de que su hermano sobrevivió al accidente?

—No. —La señora Harper abrió mucho los ojos—. No se podían correr riesgos y ellas eran menores. Además, lo que hicimos no estuvo bien.

—Su jefe de seguridad podría haberlo desvelado.

—Puede estar segura de que no lo haría. —El señor Harper la miró desafiante—. Su padre trabajó para el mío y él se crio aquí. Nos une por tanto una relación muy profunda, nunca pondría a John en peligro. De hecho, él y su mujer viven en esta casa.

La señora Harper se retiró con un pañuelo la humedad de los ojos. Se mostraba visiblemente destrozada. Además de la pérdida de su hijo, la culpa por haberlo ayudado a huir parecía perseguirla. Con voz acongojada, se dirigió a Mía.

—Debimos afrontar lo sucedido, animarlo a ser valiente y cumplir con su deber, enfrentarse a las consecuencias, pero John tenía tanto miedo... Nunca lo había visto en semejante estado.

—Ahora nos tememos lo peor —intervino el padre—. La noche de la tormenta, cuando John me llamó, hablaba apresurado: «Me ha llamado el señor Lane». Y, como le he dicho, me contó en pocas palabras lo que había ideado para desviar la atención de la policía. Luego se cortó la comunicación. Mucho me temo que ese hombre sea el único que sepa dónde se encuentra John. No quiero pensar qué ha podido hacerle.

La señora Harper tenía una de las manos metida en el bolsillo de la chaqueta y realizaba pequeños movimientos que emulaban el contar las cuentas de madera de un rosario. El señor Harper levantó la mirada hacia Mía y le habló en un tono agresivo.

—Dígame cuánta gente conoce la identidad real de John.

Mía dudó unos segundos antes de responder.

—Solo saben de su verdadera identidad mis padres, dos íntimos amigos en los que se puede confiar plenamente y Morgan Cole, el investigador. La única persona que puede hablar es la mujer que nos atendió en la administración de la universidad. Estuvimos horas verificando con ella los anuarios hasta que dimos con la identidad de John Harper. Habría que advertirla, pero yo no sé cómo hacerlo.

—Déjelo de mi cuenta. —El señor Harper tecleó rápido en su móvil—. Espero no equivocarme con usted. Mi mujer insiste en que confíe, en que está de nuestro lado y va a proteger a nuestro hijo. Su marido. Por nuestra parte, no les faltará nada ni a usted ni a sus hijos. Lea y Thomas son nuestros nietos y, a pesar de que nunca hemos podido estar juntos, desde el día que nacieron, John nos ha mantenido informados de cada momento de sus vidas. Los queremos mucho.

—Sabe hasta sus nombres… Gracias, pero no necesito su dinero. Además de que tengo un trabajo, dinero es lo único que me ha dejado Adam, o bueno…, John. —Mía negó con la cabeza por la situación tan absurda que estaba viviendo—. Me cuesta acostumbrarme a nombrarlo por su verdadero nombre. Nunca lo pondría en peligro. Por muy enfadada que esté con él por haber vivido conmigo una mentira, es el padre de mis hijos. Me imagino que también sabrán todo sobre mí. Mi marido les enviaría fotos de nuestra boda, de cuando estaba embarazada, de nuestras reuniones familiares. Seguro que hasta han visto fotos de mis padres, de mi amiga…

La señora Harper asintió.

—Me siento desnuda ante ustedes —dijo Mía—. Me encuentro como en una noria. Me aterra que la verdad salte en cualquier momento por los aires. La policía sigue investigando la desaparición, y si yo he llegado hasta ustedes, la policía también podrá hacerlo.

—No lo creo. —Los ojos oscuros del señor Harper estaban llenos de inteligencia—. A usted la trajo hasta aquí algo que pertenecía a John, pero la policía, por lo que nos ha contado, no tiene esa información.

La señora Harper se tapó de nuevo la cara. Escuchar la palabra «policía» la ponía en tensión. Su aspecto elegante se ensombreció.

—¿Conocían ustedes a la chica fallecida? —preguntó Mía.

—No —dijo el señor Harper—. No nos había hablado de ella ni conocíamos a la familia; a raíz del accidente, supimos que eran de Texas.

—Antes de marcharme, quería comentar algo que me ha llamado la atención. Como les he dicho antes, Adam no bebía alcohol, en mi vida lo he visto tomar una copa.

—A raíz del accidente no lo volvió a probar. Cuando John llegó a casa —dijo el señor Harper—, todavía tenía una buena borrachera. Olía a alcohol y se tambaleaba. ¿Recuerdas cómo hablaba? —se dirigió a su esposa. La señora Harper confirmó que apenas se le entendía—. Le pregunté qué había tomado, reconoció que demasiado. Cosas de la juventud. Tenía diecisiete años. Si algo bueno tuvo aquel accidente, es que cambió todos aquellos hábitos espantosos de mi hijo.

Poco quedaba por decir; Mía se levantó con la intención de despedirse y abandonar la casa. El chofer la iba a llevar al aeropuerto. Cuando estrechó la mano de la señora Harper, esta la retuvo entre las suyas.

CAPÍTULO XXV

El trayecto desde la mansión de los Harper hasta el aeropuerto de Los Ángeles no llegó a la media hora. Mientras contemplaba el paisaje a través de la ventanilla del coche, Mía pensó en las veces que su marido habría recorrido el mismo camino. Lo vivido durante las últimas horas le resultaba irreal, no se podía quitar de la cabeza la sensación de que Adam había estado con ella en la habitación del hotel durante la noche.

Antes de llegar al aeropuerto, escribió un escueto mensaje a Morgan Cole; le informaba de que se quedaba en Los Ángeles y le pedía que se reuniese con ella en el hotel. Después de lo que acababa de escuchar a los Harper respecto al accidente, le quedaban asuntos pendientes allí.

El chofer de los Harper detuvo el coche frente a la puerta de entrada a la terminal. Mía arrastró la maleta por el vestíbulo principal envuelta en un maremágnum de emociones. Temía que alguien la siguiese y recorrió con la vista el vestíbulo de un lado al otro. Cuando pensó que nadie la vigilaba, desanduvo el camino y se dirigió a la parada de taxis. Una vez en marcha, pidió al conductor que la llevara a un hotel modesto en un lugar discreto. Pretendía pasar lo más desapercibida posible de los Harper.

—No he sido capaz de subir al avión. —Mía hablaba acelerada con Morgan Cole—. Necesito encontrar a su antigua novia, Beatrice; intuyo que podría saber algo de Adam. Si a mí me hubiese ocurrido algo parecido, habría tirado de mi amiga Emma.

—Voy a hacer unas llamadas para averiguar cómo podemos contactar con ella, la aviso en cuanto sepa algo. Ya tengo el billete, nos vemos mañana.

Comenzaba a bajar el sol cuando Mía salió hacia la hemeroteca principal de Los Ángeles. Quería volver a leer lo ocurrido la fatídica noche del accidente por si se le había

escapado algún detalle. En la habitación del hotel se encontraba como un animal enjaulado, se movía de un lado a otro sin ton ni son, y el detective Cole no llegaría hasta el día siguiente. Además, estaba preocupada por sus hijos; Lea le había recriminado haber retrasado su vuelta gritándole que no aguantaba las órdenes del abuelo y Thomas había llorado amargamente. Sus padres también se habían mostrado preocupados por el cambio de planes. Los únicos que apoyaban su decisión eran Emma y Noah; en ese momento hablaban por el chat.

—Aunque tus padres se molestaron conmigo —dijo Emma desde el otro lado de la línea—, has llegado demasiado lejos para marcharte sin atar todos los cabos. Lo que has contado que te pasó en el hotel me parece espeluznante. Quizá te sentó mal la pastilla para dormir…

—Es un ansiolítico suave y nunca me ha dado un efecto secundario. Te repito, Emma, Adam estuvo en la habitación. Su olor quedó impregnado en mi cuerpo. Lo que no me explico es cómo salió y quedó el pestillo cerrado. ¿Qué opinas, Noah?

—En esto no te puedo ayudar, he oído casos de gente que siente presencias nocturnas y viven la experiencia como si fuese real, pero es un tema que se sale de mi campo.

—Yo creo que Adam está en Los Ángeles y su antigua novia lo está ayudando. Lo del hotel fue demasiado real.

Una revuelta de manifestantes la obligó a terminar la llamada. La gente portaba pancartas reclamando la bajada del precio del agua. Era un tema que tenía aparcado con lo que estaba viviendo. Por lo que escuchó entre el griterío, la situación se había vuelto insostenible. El precio del agua debido a la sequía que asolaba el planeta había subido a unas cifras inimaginables, lo que encarecía o hacía imposible en muchos casos el cultivo o el cuidado de la ganadería, además de infinidad de problemas para la industria. El agua era un elemento clave en la cadena de producción y consumo, las

pérdidas se habían vuelto insostenibles. La alivió comprobar que en las pancartas no se leían protestas en relación con los futuros del agua.

Morgan Cole no tardó mucho en averiguar datos sobre la persona que le había pedido Mía.

—La antigua novia de John Harper se llama Beatrice Anderson, abogada mercantilista; trabaja en un importante despacho de la ciudad. Llegaré a Los Ángeles a primera hora de la mañana. Voy a por usted al hotel y vamos directos al despacho. He enviado un correo a la secretaria de la señora Anderson y he solicitado una cita urgente.

El despacho donde trabajaba Beatrice Anderson se encontraba en el *downtown* o centro de Los Ángeles. Era la zona donde se concentraban comercios y oficinas que ocupaban plantas de elevados rascacielos.

Una vez en el despacho, la secretaria los hizo pasar a la sala de espera. El correo enviado por Morgan Cole había ido acompañado por la recomendación de una persona importante ante la que la abogada no podía declinar la reunión. Mía se mordisqueó las uñas. Por mucho que intentaba imaginarla, no era capaz de hacerse una idea sobre cómo sería aquella mujer.

Pasaron unos minutos, la secretaria entró en la sala para pedirles que la siguieran.

Sentada frente a una elegante mesa de despacho, de madera oscura y bien ordenada, se encontraba una mujer elegante que se levantó a estrecharles la mano. Su aspecto no era muy diferente al de Mía, que enseguida se percató de ello. Se podría decir que eran del mismo estilo: estatura mediana, complexión atlética, rubias y con ojos azules, nariz chata. Se preguntó, horrorizada, si Adam la había elegido como una doble de aquella mujer y no pudo evitar sentir cierta aversión ante su presencia. Lo único que las diferenciaba era su forma de manejarse. Mía era una persona sencilla y Beatrice, una

mujer despampanante. El tono que empleaba y cada gesto que hacía denotaban la clase de la que provenía.

—Ustedes dirán —dijo sin perder tiempo con presentaciones.

Mientras el detective Cole se presentaba, Mía la observó fijamente. Se preguntó si Adam habría pasado tiempo con ella durante los últimos años. ¿Quizá durante los múltiples viajes, conferencias y reuniones? ¿Y si muchas de estas citas hubiesen sido falsas y solo fueran excusas para estar con ella?

Una sensación de pánico le recorrió el cuerpo, tuvo que contener el impulso de salir corriendo de aquel lugar. Se resistía a sufrir más, había sido una buena esposa, había cuidado bien de los niños. Odiaba tener que enfrentarse a la otra vida de Adam; ella no formaba parte de esa historia secreta, solo les pertenecía a ellos: a Adam, los Harper y a Beatrice, si estaba al corriente de la farsa. Encubrir a su marido ante la policía la hacía sentirse mal. Además del temor a que los Harper tomaran medidas contra ella o su familia si descubrían ante las autoridades la identidad real de Adam.

La abogada estaba de sobra entrenada para manejar conflictos y situaciones complicadas, ni siquiera movió una ceja mientras el detective hablaba.

—Nos encontramos aquí en busca de respuestas —continuó Morgan Cole—. Mi clienta es la esposa del desaparecido Adam Jones. Doy por hecho que estará al corriente de su implicación en el escándalo financiero provocado por los futuros del agua.

La abogada asintió haciendo una breve referencia al despacho financiero.

—Por lo que tengo entendido, el caso ha sido sobreseído. Si no recuerdo mal, la prensa recibió una noticia de un informante anónimo que, tras la investigación, resultó ser falsa. Ocasionó un gran escándalo financiero.

El detective comenzó con un resumen detallado de lo ocurrido desde la noche de la desaparición de Adam Jones: el descubrimiento de su identidad real y la visita a los Harper.

—Sigo sin entender qué quieren de mí. Si me preguntan por John Harper, les confirmo que tuve una relación con él. —El tono de su voz no presentaba altibajos—. Nuestras familias tienen una gran amistad y John y yo nos criamos juntos. Su pérdida fue muy dolorosa para mí.

—Los señores Harper nos hablaron del accidente, dieron a entender que usted tenía conocimiento del mismo.

—No le entiendo.

—John Harper y usted se reunieron tras su supuesta muerte —adelantó Morgan Cole.

Mía dirigió una mirada atónita al detective. ¿Cómo se atrevía a decir eso a la abogada? Los padres de Adam no habían mencionado ni sugerido nada de lo que acababa de plantear el detective. De hecho, les habían dado a entender que solo ellos y su hombre de confianza estaban al corriente de lo ocurrido.

El investigador le devolvió una mirada inteligente expresando que se mantuviese al margen. La abogada, por su parte, los miró escéptica.

—No trate de fingir, señora Anderson, usted y yo sabemos que lo que le he dicho es cierto —presionó el detective Cole—. Puede hablarlo con nosotros o con la policía. Piénselo, pero la aviso de que no tiene mucho tiempo. Mi clienta tiene que volver a su casa y pretendemos aclarar el asunto antes de su marcha.

—Este no es el sitio adecuado para hablar y tengo trabajo urgente que despachar. Si les parece, nos vemos en un par de horas en este lugar. —Tomó una tarjeta y escribió rápido la dirección del sitio donde se encontrarían. Luego se la entregó a Morgan y los invitó a marcharse.

—No puedo creerlo. —Mía la interpeló, atónita—. ¿Para qué dilatar más la situación? Necesito saber qué ocurrió.

Morgan Cole le hizo un gesto para que aceptase la propuesta, se levantó y la ayudó a levantarse. Una vez en el ascensor, le dijo a Mía:

—La hemos pillado de sorpresa y está ganando tiempo. Quizá quiera hablarlo con los Harper o con un abogado de su confianza.

El bar donde habían quedado con Beatrice era un lugar discreto, con un ligero toque de anonimato. Estaba alejado del despacho mercantil, lo que les hizo pensar que la abogada requería una privacidad extrema para contar lo que fuera a contar.

Durante el trayecto, Mía le recriminó a Morgan su actuación. No estaba de acuerdo con el método que había empleado para forzar a Beatrice, aunque reconocía que había surtido efecto. El hecho de haber aceptado a reunirse fuera del despacho había delatado su complicidad en la huida de John Harper o, por lo menos, su papel como conocedora de los hechos y, por tanto, cómplice. La ansiedad por conocer todos los detalles alrededor del accidente consumía a Mía, que no podía entretener su mente con nada y no paraba de revolver el café con la cucharilla. Sus pensamientos fueron interrumpidos por la llegada de Beatrice.

—No podré estar mucho tiempo. —Sus ojos, nerviosos, miraron rápido a todos los lados—. ¿Qué quieren de mí?

—¿Por qué no nos cuenta lo que pasó en realidad? —dijo el detective Cole—. Si fuese tan inocente como pretende hacer ver, no habría venido aquí.

—¿A dónde quiere llegar? ¿Insinúa que tengo algo que ver con el accidente que sufrió John?

—Con el accidente, no —Morgan Cole elevó el tono—, pero yo creo que usted lo ayudó aquella noche. Durante la reunión en casa de los Harper, a la señora Harper se le escapó su nombre cuando su marido estaba contando cómo habían escondido a su hijo en la cabaña. El señor Harper también

dijo que, una vez llegó su hijo a la casa familiar, dudaron en llamar a la policía, y que luego, cuando regresó el agente de seguridad, lo llevaron a la cabaña. Pero si al lugar del accidente fue el hombre de seguridad solo y el coche de John Harper estaba destrozado, ¿cómo pudo ir a la casa? En la casa familiar estaban las hermanas pequeñas aparte del personal de servicio. Habría sido de dominio público si lo llegan a ver. Mi teoría es que nunca volvió a la casa. Lo llevaron directamente a la cabaña —dijo señalando a Beatrice —. Apuesto a que aquella noche John Harper se puso en contacto con usted. ¿A quién llamaría John Harper en una situación tan dramática? Yo le respondo: a usted. Era su novia, la persona con la que más confianza tenía, o se supone que tenía. Puede estar tranquila. No tenemos ningún interés en complicarle la vida, solo saber si se han mantenido en contacto y si tiene una idea de dónde podría estar el hijo de los Harper.

Beatrice vaciló unos instantes, su mirada iba de Mía al detective, después a la puerta.

—De acuerdo, les contaré lo que ocurrió aquella noche, pero les confirmo que desde hace tiempo no sé nada de John. Tras el accidente, yo fui la primera persona a la que llamó. — Los ojos de Beatrice se humedecieron—. Me dijo: «Beatrice, tienes que ayudarme, estoy metido en un buen lío». Le pregunté qué pasaba, era la una de la madrugada, pero le costaba explicarse, solo me pedía que fuera en su ayuda, que estaba malherido.

—¿No llamó a emergencias? —preguntó el detective—. Se me hace raro ante un accidente.

—Me pidió que no lo hiciera, se le notaba que había bebido y me imaginé que no quería problemas con la policía. Ya había tenido un par de disgustos con controles de alcoholemia.

Mía la contemplaba desconcertada. Era como si le estuviese hablando de un extraño, no del hombre con el que

había compartido la vida.

—Continúe, por favor —la animó Morgan Cole.

—El primer problema fue salir de la residencia de estudiantes. El portero me preguntó qué me ocurría para salir a esas horas; le dije que tenía fiebre e iba a la farmacia en busca de un medicamento que me habían recetado por la tarde. John me había enviado la ubicación y no tuve problema en llegar. Al entrar en la carretera que llevaba al bosque, una espiral de humo ascendía por encima de los árboles. Cuando nos encontramos, John se lanzó a mis brazos, no dejaba de llorar. Tenía una brecha en la frente y sangraba mucho, muchísimo. John me decía todo el rato que la chica iba sin cinturón, que había salido despedida del coche. Yo le preguntaba: «¡¿Pero quién, de quién hablas?!». Había tantos cristales en el sendero que tuvimos que caminar con cuidado de no pisarlos. Me llevó hasta donde estaba tirado el cuerpo de Sarah Lane. John me dijo que la había intentado reanimar, pero que estaba muerta. Me agaché para tomarle el pulso y no encontré los latidos. John estaba histérico, me decía que no sabía qué estaba haciendo allí, que yo era lo más importante de su vida.

Beatrice se detuvo unos segundos, le faltaba el aliento.

Mía la observaba horrorizada. No entendía cómo Adam había llevado una vida aparentemente tan normal después de pasar por aquello.

—Prosiga, por favor —la animó el detective Cole.

—Sí, perdonen —dijo Beatrice limpiándose la nariz con el pañuelo—. Recordar aquello me ha emocionado. John estaba destrozado, no paraba de llorar. Le sugerí que llamásemos a sus padres. Podrían ayudarlo mejor que yo, que no sabía qué hacer. Pero él no quería. Tendrían que haber visto el colocón que llevaba. Tenía la voz pastosa y le costaba hablar, así que llamé yo a Elliot y le conté lo ocurrido. Elliot me insistió en que no nos moviésemos ni llamásemos a nadie más por teléfono.

Beatrice se frotó los ojos. Se percibía el dolor que le causaba revivir lo sucedido.

—Pasó una hora y llegó el agente de seguridad de Elliot. George, su hombre de confianza, tomó el mando. Me pidió que llevase a John a la cabaña y esperásemos allí hasta nuevas instrucciones.

—¿Conocía usted la cabaña?

—Sí.

—¿Vio usted el cadáver que llevó el agente para hacer ver que era John?

—Sí. George lo sacó del coche y le pidió a John la medalla. Entonces John se mareó y empezó a vomitar. George me insistió en que saliésemos pitando.

—¿Y no preguntaron nada? —Mía la escuchaba atónita.

—John quería quedarse, pero George llamó a Elliot y este se puso como loco. Comenzó a gritar: «¡No hay tiempo para explicaciones! ¿Quieres ir a la cárcel? Ya pensaremos cómo salimos de esta. Una muerte a tu espalda, cargada de alcohol o drogas, te va a arruinar la vida. No insistas: no podemos decir que era la chica la que conducía. George dice que por el sitio donde ha caído el cuerpo y el impacto en el coche no es posible esta opción. Además, habrá dejado huellas en el asiento del copiloto. John, hazle caso y daos prisa en salir de allí. Cuando entréis en la autovía, romped la tarjeta del móvil y deshaceos de ella para evitar que lo rastreen».

—¿Y usted aceptó sin más? —Mía la miraba con incredulidad.

—Me pareció una locura huir del lugar del accidente. Le pedí a John que reflexionara; si tenía que enfrentarse a la policía, debía asumirlo. Pero John estaba muy colocado y no atendía a razones. Solo repetía que había que obedecer a su padre. Aunque intenté convencerlo, al final acabé ayudándolo. Nos detuvimos en una gasolinera de la autovía y nos deshicimos de las tarjetas del móvil; George me aconsejó que yo también lo hiciera para evitar que me interrogaran.

Sucedió todo tan rápido que en aquel momento no valoré que, al ayudarlo a escapar, me convertía en su cómplice. Esto me ha pesado cada día desde entonces y, en cierto modo, ha alterado cada instante de mi vida. Siempre pendiente de que el caso se reabriera y pudiera aparecer mi nombre.

—¿Qué sucedió después? —intervino el detective.

—Una vez llegamos a la cabaña, esperamos con impaciencia a recibir órdenes. No teníamos forma de comunicarnos con el señor Harper ni con su hombre de confianza. John deambulaba por la cabaña como un zombi, no dejaba de renegar por haber sido tan inconsciente. Estábamos nerviosos, no teníamos teléfono, así que solo podíamos esperar. Me confesó que había bebido demasiado y se había dejado llevar por Sarah Lane. Al principio me dijo que era ella la que conducía, pero no lo creí y así se lo hice saber. John era muy maniático con el coche y no se lo dejaba a nadie. Al final, me confesó que era él quien lo llevaba y no sabía cómo había perdido el control.

Beatrice bajó los ojos. No se mostró orgullosa de lo que hizo o, más bien, no hizo. Morgan Cole la animó a continuar.

—Estaba amaneciendo cuando se oyó el ruido de un motor acercándose a la casa —continuó Beatrice—. Habían pasado más de cinco horas desde el accidente. El señor Harper entró en la cabaña acompañado de George. John se abalanzó sobre su padre para exigirle que le contara qué había hecho: «George ha colocado en tu coche el cadáver que ha tomado de la morgue. Luego le ha prendido fuego. Si queda algo del reloj y la medalla que llevabas colgada, con tu grupo sanguíneo y fecha de nacimiento, te identificará. Aunque lo dudo, seguro que están carbonizados. Una vez que George me ha confirmado que todo estaba en orden, he avisado a la policía. Tenía una llamada tuya en el móvil y la tenía que justificar. Le he dicho al agente que me ha atendido que tenía miedo de que te hubiese ocurrido algo. Que no te había entendido, había sonidos extraños y después nada. El resto te lo puedes

imaginar. George y yo hemos ido al lugar del accidente donde el coche seguía ardiendo».

—Me cuesta creer que mi marido aceptase eso —gritó Mía y varias personas de otras mesas los miraron. Preocupada, bajó la voz—. Adam es muy ambicioso y esa decisión arruinaría su vida.

Beatrice se encogió de hombros.

—¡No le quedó más remedio! —dijo en un lamento—. Según hablaba su padre explicándole que tenía que adquirir una nueva identidad, John se fue quedando cada vez más pálido. Yo también estaba alucinada, parecía una película de terror. Él no quería aceptar que a partir de ese momento estaba muerto y que ya no podría cumplir sus sueños. Se puso a gritar como loco. Lo perdía todo: su familia, a mí, a nuestros amigos y su futuro como jefe de la empresa familiar.

—Pero al no haber avisado a la policía tenía que saber que era la cárcel o eso —intervino Morgan Cole.

—Como he dicho, pasó todo demasiado rápido, no hubo tiempo para pensar. John estaba borracho y se dejó llevar por su padre.

—¿Y qué le dijo su padre? —intervino Mía.

—Se enfadó mucho con él. Todos sabíamos que no se podía haber hecho otra cosa, pero aun así era complicado asumirlo: «Tendrás que empezar en otro sitio. No había otra solución —repitió Elliot abrazándolo—; de no haber actuado rápido, estarías en el calabozo y en unos días en la cárcel. Ibas bebido o drogado, y tienes una muerte a tu espalda. Has reconocido que eras tú el que conducía».

Mía se frotó los ojos. Parecía que le hubiesen caído unos años encima.

—Es como una pesadilla —tartamudeó.

—John gritó, recuerdo sus gritos muchas noches antes de irme a dormir —continuó Beatrice—: «Papá, ¿qué va a ser de mí? Beatrice, déjame las llaves de tu coche», decía.

—¿A dónde quería ir? —la interrumpió Mía.

—No sabía lo que quería. Salió de la cabaña corriendo, pero George corrió más rápido y lo detuvo. Le pidió que no hiciera tonterías, mientras yo, paralizada a un lado, solo deseaba no haber contestado la llamada de John, así no tendría que haber acudido en su ayuda y haberlo llevado a la cabaña. Su padre intentó que se calmara, que fuera razonable. Insistió en que lo ayudaría a encontrar una forma de que viviera su vida, lejos del escrutinio y de la opinión pública. Le repitió que había sido la única opción que se les había ocurrido para protegerlo; no podían cargar la culpabilidad a la chica, además de por donde había caído el cuerpo, la chica no tenía carné de conducir. John rompió a llorar. Me agarró de las manos en busca de un consuelo inalcanzable. Al final accedió a continuar con la farsa y huir.

Mía escuchó anonadada el relato de Beatrice. Incluso se compadeció de ella por lo que le había tocado sufrir. De alguna forma, aquella historia también había trastocado su vida.

—¿Cuánto tiempo estuvieron en la cabaña? —preguntó Morgan Cole.

—Yo me marché al amanecer, al rato de llegar Elliot y George. Tenía que estar en el campus cuando recibiese la noticia de su muerte. John se quedó allí a la espera de que estuvieran preparados los documentos con su nueva identidad.

—¿La amenazaron o compraron su silencio? —presionó Cole.

—Elliot me dio una orden estricta de no desvelar el secreto. No quise imaginar hasta dónde podría llegar si ponía en peligro a su hijo. Le dije que cómo pensaba que lo podía delatar. Elliot es muy perceptivo, captó al instante mi enfado y desapego por John; el supuesto idilio con Sarah Lane era difícil de aceptar.

Sus labios temblaron ligeramente cuando les pidió que no destaparan el secreto. Si lo ocurrido se hiciese público, su

vida saltaría por los aires como cómplice de un fugitivo.

—Aquella noche conocí quién era en realidad el padre de John. Hasta entonces lo había tenido por alguien muy cercano, casi de la familia. Mis padres y los Harper eran íntimos amigos y compartimos muchos momentos juntos. Pero esa noche, Elliot Harper me amenazó. Tras hablar con John, no dejó de recordarme que yo había ayudado a un culpable a evadir la justicia y las graves consecuencias en las que podría incurrir. Aterrada, le juré que nunca lo hablaría con nadie. Hasta ahora no lo he hecho —concluyó Beatrice, con un suspiro de derrota.

—¿Fue capaz de asistir al funeral? —Mía la observaba incrédula.

—Dije a nuestras amistades que estaba muy afectada y me fui a casa de mis padres. No era capaz de afrontar la mentira, era demasiado reciente, temí flaquear. De hecho, mientras se celebró el funeral, el foco mediático se situó allí. Fue entonces cuando John abandonó el país. Me llamó al cabo de unos días, un avión privado lo había trasladado a Jamaica. A pesar del daño que me había hecho, sentí una enorme compasión por él: un chico de diecisiete años envuelto en la más profunda soledad. Pero esto, en vez de hundirlo, lo hizo más fuerte y emprendió con más ahínco su nueva vida. El resto ya lo saben: Oxford, usted, sus hijos… Hasta ese momento habría hecho lo que fuese por John. Era el amor de mi vida, mi compañero, mi guía, con él todo resultaba fascinante y divertido. Sin embargo, ese amor se marchó con el humo del incendio y, aunque sentí en lo más profundo del alma su situación, no me quedó otra que dejar de sentir lo que había sentido por él. John se había convertido en una persona diferente, perdí la confianza. No me creí la versión que me dio sobre su relación con Sarah Lane. Estaba claro a lo que iban después de la fiesta. Muchas veces me pregunté cuántas veces me habría sido infiel y, si les soy sincera, nunca se lo perdoné.

Morgan Cole se rascó la nuca.

—¿Y no se comprobó el ADN de los cadáveres?

—El dinero lo compra todo. —Beatrice se tapó la cara con las manos—. Cuando estábamos en la cabaña, escuché a George hablar con alguien. Hablaba con contundencia, dando órdenes. Luego entró y le pidió a John que lo acompañase al cuarto de baño. Lo oí gritar: «¡Me estás haciendo daño! ¡Para!». En ese momento no supe qué pasaba, ni me atreví a preguntarlo. John salió hecho una furia, pero no dijo nada. Más adelante me imaginé que George había hablado con algún contacto en el instituto de anatomía patológica y le había tomado una muestra a John. Esto, como digo, no lo sé.

Morgan Cole resopló:

—Lo que cuenta parece razonable. ¿Cuándo es la última vez que ha visto a John Harper o ha estado en contacto con él? —preguntó el investigador.

Beatrice miró a Mía fijamente y luego dirigió la mirada hacia la ventana.

—Por mi parte —dijo Mía—, puede hablar con total libertad. Adam o John, o como quiera que se llame ahora, ya no significa nada para mí. Lo único que siento ahora es una pena enorme por mis hijos. Solo pido que nunca se enteren de cómo es en realidad su padre; mi hija lo tiene idealizado, el daño psicológico sería terrible.

Tras unos segundos de vacilación, Beatrice respondió con una mirada esquiva.

—A lo largo de estos años hemos hablado algunas veces, bastante; incluso nos veíamos de vez en cuando, pero John y yo nunca retomamos la relación sentimental. Él solo vivía para usted y sus hijos. Son el gran amor de su vida.

Mía se sentía sucia, estafada. No podía soportar el saber que Adam había llevado una doble vida con esa mujer. Así que los días que había pasado de viaje de negocios, las reuniones hasta altas horas de la noche y un largo etcétera los había pasado en realidad con ella.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaron? —Morgan insistió evitando que Mía se derrumbase.

—Unos días antes de su desaparición. Tengan claro, llegados a este punto, que les confesaría dónde se encuentra, pero no lo sé.

—El señor Harper me contó que, la noche de la tormenta, su hijo lo llamó desde una gasolinera cercana a Cambrils —intervino Mía—. John Harper le dijo que el padre de Sarah Lane lo había localizado y tenía un sicario siguiéndole los pasos. Luego se cortó la comunicación y tampoco ha vuelto a saber nada de él. Creo que lo que me dijo es verdad. Tanto él como su mujer estaban muy afectados.

El rostro de Beatrice palideció al escuchar la noticia.

—Me da la impresión de que nos oculta algo. —Morgan Cole aproximó su rostro al de la abogada—. ¿A qué tiene miedo?

Beatrice se retorció las manos. Luego dirigió una mirada avergonzada a Mía.

—Hable, por favor.

—Lamento lo que voy a contarle, Mía. Un mes antes de que se fuesen a Cambrils de vacaciones, John y yo quedamos en encontrarnos en Toronto. Yo tenía que asistir a una convención y él aprovechó para venir a verme. Una de las noches, cuando estábamos tomando una copa en el bar del hotel, vi a un tipo sacándonos fotos. John corrió detrás de él, pero no pudo pillarlo. Al cabo de unos minutos, recibí una foto en el móvil, que venía firmada: «Sarah».

—¿Sarah? —gritó Mía—. ¿Qué locura es esta?

—Estaba claro que el señor Lane estaba detrás y había ordenado que nos siguiesen. John se puso como loco y me dijo: «Seguro que ese loco lleva toda la vida detrás de ti para dar conmigo. Déjame tu móvil».

—Imagino lo ocurrido —la interrumpió Morgan—. ¿Habían compartido la ubicación?

Mía los miró con cara de pánico.

—¿De qué habláis? ¿Qué es esto de compartir ubicación?

—Yo tampoco entendía qué pasaba —continuó Beatrice—. Por suerte, uno de los informáticos del despacho donde trabajo había asistido a la convención. Lo llamé y enseguida vino en mi ayuda. Comprobó mi móvil y me dijo que alguien había accedido a él, a saber cuánto tiempo antes, y que se había compartido mi ubicación.

—Pero entonces habrían encontrado a mi marido antes… —la interrumpió Mía.

—John y yo usábamos móviles secretos, por decirlo de algún modo, con tarjetas que cambiábamos cada dos meses. Solo los llevábamos con nosotros cuando nos veíamos. No sé, no puedo decirles qué ocurrió. —Beatrice se echó a llorar—. Me persigue la culpa, por mí han dado con John.

—¿Qué hizo él al descubrir lo del móvil? —preguntó el detective.

—Salió pitando de Toronto y adelantó las vacaciones a España. Lo siento, Mía, no tengo palabras.

Morgan Cole tomaba notas en su agenda y levantó la vista hacia Beatrice.

—¿Recuerda cuándo cambió por última vez la tarjeta?

—Unos días antes del viaje a Toronto. Extremábamos las precauciones y lo llevábamos a rajatabla. Le dije cientos de veces que era peligroso que siguiésemos en contacto, pero yo era lo único que lo mantenía unido con su pasado. No podía acercarse a sus padres ni a sus hermanas; lo llevaba mal.

El detective Cole insistió:

—¿Pasó algo diferente en los días previos al viaje? En la oficina, en su casa… Hay detalles que parecen insignificantes y, sin embargo, pueden ser importantes.

Beatrice se mordisqueó suavemente el pulgar. Se quedó unos segundos en silencio. Luego elevó la vista hacia el detective.

—Un par de días antes de salir de viaje, hubo una inundación en el piso de arriba, y vino a casa personal de una

empresa a mirar las tuberías, pero no creo que tenga nada que ver.

—Pues yo creo que ahí podría estar la clave —exclamó Cole—. ¿Les pidió acreditarse?

—No. Dijeron que los enviaba el administrador de la comunidad. Había estado hablando con los vecinos de arriba por los daños: tenía el techo de la cocina empapado y no dudé para nada de ellos.

—¿Iban uniformados?

—Llevaban los típicos monos de trabajo. ¿Qué está pensando?

—Aunque no lo podemos comprobar, todo apunta a que los hombres que se presentaron en su casa no fuesen en realidad de la empresa, o quizá le habían pagado a alguno de ellos para manipular su móvil.

—Pero lo tenía guardado en el cajón de la mesilla. ¿Cómo podían saberlo?

—¿Quién le dice que no hayan puesto cámaras en su casa?

—No me asuste, señor Cole —tartamudeó Beatrice.

—Mi consejo es que lo compruebe. Si lo medita, llegará a la misma conclusión que yo.

Beatrice volvió a taparse la cara con las manos.

CAPÍTULO XXVI

—¡Mami, mami, déjanos ir con el abuelo a buscarte al aeropuerto! —gritó Lea desde el otro lado de la línea—. Dice que nos vamos a perder el cole, pero es solo un rato y yo quiero ir, *porfi*.

Mía llevaba tantos días alejada de los niños que le pareció necesario que fueran a recibirla.

Llamaba la atención lo mucho que el tono de la niña recordaba al del señor Harper. Había en su voz algo displicente, que Mía percibía, pero era incapaz de identificar, un aire irascible presto a saltar a la mínima. Thomas, sin embargo, se parecía a ella, a su familia, aunque también había heredado algo de los otros abuelos. Su porte, elegante, era similar al de la abuela Harper.

El niño se puso al teléfono y balbuceó una retahíla de preguntas a su madre. La más importante: si le había comprado el juguete prometido, una videoconsola recién estrenada en América.

—*Yo tambe quero i al aeopuerto* —balbuceó con su lengua de trapo—. El *abu* me deja.

—Que sí, que vendréis los dos. Papá, no te olvides de avisar a la profesora de que irás a por ellos al mediodía.

—Tranquila, yo me ocupo. Tengo a mi lado a dos que están locos por verte. Descansa en el vuelo, te noto agotada.

La niña le quitó el móvil al abuelo y le hizo la pregunta más esperada:

—¿Has encontrado a papá?

Mía fue incapaz de responder. La niña insistió.

—¿Mamá?

—Dime —dijo Mía en un hilo de voz.

—¿Has encontrado a papá? —El tono era más elevado.

—No, cariño.

Esta vez fue la hija la que permaneció un instante en silencio.

—¿No?

—No, Lea. Lo siento. Lo he intentado, pero todavía no he dado con él.

La niña no respondió nada al otro lado.

—¿Lea?

Mía escuchaba su respiración entrecortada.

—Lea, te prometo que voy a seguir intentándolo. Os echo mucho de menos, cariño. Muchísimo, tú no sabes cuánto. Voy cargada de regalos y de ropa, ya verás cuánto te van a gustar los vestidos que te he comprado; vas a estar guapísima en la fiesta de Navidad del cole.

No hubo gritos en la respuesta de la niña, ni rabia; apenas quedaba en su voz una tristeza desolada.

—¿Por qué llevas tanto tiempo fuera si no has conseguido nada?

La niña colgó el teléfono sin decir adiós.

Todavía quedaba un rato para embarcar. Mía se había sentado en un lugar apartado de la sala vip y abrió una videoconferencia a tres para hablar con Emma y Noah. Las emociones de los últimos días, añadidas a la diferencia horaria, habían dificultado la comunicación entre ellos. Además, necesitaba desahogarse. La conversación con su hija le había dejado mal cuerpo.

—Ya sabes el pronto que tiene Lea —dijo Emma—, pero enseguida se le pasa. ¿Hay novedades de Adam? Me tienes en ascuas.

Mía les relató a grandes rasgos la reunión con Beatrice, la antigua novia de Adam.

—Mi consejo —intervino Noah— es que cuando regreses, denuncies todo a la policía. Por tu seguridad y por la de todos. Además, si se descubre lo de Adam y te lo callas, en cierto modo también te conviertes en cómplice.

—Noah, por favor, no asustes más a Mía.

—Lo tengo que pensar. No voy a conseguir nada y podría meter a Adam en problemas. Es el padre de mis hijos; entendedme, no puedo hacerles esto. Si por mi culpa lo detienen y lo meten en la cárcel, los niños no me lo perdonarían.

—Olvídalo por un rato —intervino Emma, conciliadora—, puedes decidirlo con calma a tu vuelta. Ahora solo tienes que pensar en que, en unas horas, te vas a reencontrar con tus hijos; eso es lo único que importa.

—Gracias, chicos, no sé qué haría sin vosotros. Lo que no me puedo quitar de la cabeza es la obsesión del padre de la chica buscando venganza. Han pasado dieciocho años. Si su hija murió en el acto, tal y como consta en la documentación, ¿por qué sigue insistiendo? Que Adam condujese bebido no es razón suficiente para pasarte toda la vida persiguiendo un fantasma…

—A no ser que… —comenzó Noah y se calló.

—Por favor, dime qué estás pensando. —Mía se puso en alerta—. No quiero pasarme todo el vuelo dándole vueltas a lo que estás a punto de plantear.

—Me he precipitado al insinuarlo, pero siento que debo decirlo. Mía, ¿no te has planteado que la chica no hubiese muerto en el acto y se le negase el auxilio por evitar comprometer a Adam?

—Beatrice, la novia, fue en ayuda de Adam. Ella misma nos ha contado a Cole y a mí con todo lujo de detalles que Sarah Lane estaba muerta. Incluso le tomó el pulso, intentó reanimarla.

—No lo sé, pero alguna sospecha tendría el padre de la chica. Por lo que he leído en estos días, peleó mucho para intentar esclarecer las causas del accidente. Puso en tela de juicio que el cadáver calcinado fuese el de Adam y que su hija hubiese muerto en el acto.

—¿De dónde te sacas eso, Noah? —dijo Mía—. Ni lo he leído ni nadie lo ha mencionado.

—Digamos que un contacto tiene acceso al expediente clasificado…

—Yo creo que Beatrice ha sido sincera y no me la imagino dejando morir a una chica.

—A ver, Mía —la cortó Noah—, que el padre de la chica estuviera desquiciado y se planteara cualquier cosa no quiere decir que sea verdad.

—No quiero pensar en lo que le habrá hecho si ha encontrado a Adam.

Una llamada en las pantallas de la sala hizo que Mía se levantara del asiento.

—Bueno, chicos, cierro la sesión, avisan de que empieza el embarque del vuelo.

—Buen viaje, descansa. —Los dos le enviaron besos desde el otro lado de la pantalla.

Antes de cerrar la *tablet*, envió un mensaje a Morgan Cole resumiendo lo que acababa de plantear Noah.

Luego se encaminó hacia la puerta de embarque. A su lado, un grupo de pasajeros hablaba en un tono alegre. Le parecía irreal encontrarse en medio de aquella gente, con sus risas y maletas, mientras ella cargaba a duras penas con el problema que viajaba en su mochila. Todo lo que había escuchado recientemente sobre Adam la hacía sentir cada día más débil, apenas podía comer y mucho menos dormir. Sus pasos eran muy pesados, su cerebro trabajaba a cámara lenta.

Una vez acomodada en el asiento, a la espera del aviso para apagar los dispositivos electrónicos, envió un nuevo mensaje a Morgan Cole confirmando que ya estaba en el avión. Le extrañó que no hubiese respondido a su anterior mensaje; siempre estaba pendiente del teléfono y, si no, devolvía la llamada de inmediato. Los dos *ticks* indicando que había recibido los mensajes no salían. Comprobó la hora de la última conexión: pasada la medianoche.

El comandante confirmó que el despegue se demoraría todavía unos minutos; había una cola de aviones por delante. Esto aumentó la intranquilidad de Mía, que no podía contener la angustia. Un impulso la empujó a escribir al inspector de los Mossos de Tarragona. Llevaba días sin hablar con él y necesitaba descargar todo lo que había averiguado sobre Adam. Para cuando escuchó por los altavoces que iban a despegar ya, había acabado de escribir un resumen concienzudo de la situación.

Le dio a enviar.

Luego, apagó el móvil y se cubrió los ojos con el antifaz. Pretendía descansar durante el viaje para encontrarse en plena forma ante el reencuentro con los niños. Era lo que más deseaba en la vida: volver a tenerlos en los brazos, aspirar su aroma y acariciarles el cabello.

Entre sueños, revivió lo ocurrido en los últimos días. La imagen dura y poderosa de su suegro la sacó bruscamente de la ensoñación. El pasajero que iba a su lado le preguntó si se encontraba bien. Mía asintió y se dirigió a los lavabos a refrescarse.

Cuando regresó al asiento, todavía tenía el pulso acelerado.

Por delante quedaban muchas horas de vuelo hasta aterrizar en el aeropuerto de Barcelona. Mientras saboreaba la infusión tranquilizante que le había llevado la azafata, recreó mentalmente la nave sobrevolando el mar, realizando el giro para posicionarse hacia la pista de aterrizaje del aeropuerto del Prat. Sobrevolar los enormes depósitos cercanos a la explanada llena de vehículos y visualizar el comienzo de la pista.

Por unos segundos, su mente oyó el sonido del tren de aterrizaje al desplegarse, el vaivén de la nave tomando tierra, la desaceleración progresiva y la frenada hasta llegar a detenerse junto al *finger*. Al final, la apertura de la puerta del avión para acceder a la pasarela de acceso a la terminal. Los

abrazos de sus hijos, las risas, sus manos escondidas entre las suyas.

CAPÍTULO XXVII

Una luz mortecina, algo azulada, recibió a Mía al despertar. Entreabrió los ojos; le costaba fijar la vista, sentía los párpados pesados. Giró la cabeza de un lado a otro y trató de averiguar dónde se encontraba. El espacio era pequeño y se escuchaba un sonido intermitente que desconocía. Estaba tendida sobre una cama. Tocó las sábanas. A ambos lados de esta, a poca distancia, caían unas telas de color verde que la separaban del entorno. «¿Es un hospital?», se preguntó, asustada.

Pulsó un interruptor que colgaba de un cable y una chica vestida de enfermera se acercó a atenderla.

—¿Dónde estoy? —preguntó Mía—. ¿Qué me ha ocurrido?

—La trajeron del aeropuerto en ambulancia. El informe dice que sufrió un ataque de ansiedad en el avión. Voy a avisar al médico.

Mientras Mía esperaba al doctor, los recuerdos fueron regresando a su mente. Lo vio todo claro. Nada más aterrizar, al encender el móvil, había encontrado quince llamadas perdidas de su padre y un mensaje de WhatsApp que decía: «Estoy en la comisaría de Tarragona. Alguien que se ha acreditado como su padre se ha llevado a los niños».

A pesar de los ansiolíticos que le habían administrado, Mía rompió en un llanto ensordecedor. Había tanto dolor en su corazón que era imposible contenerlo. El médico se acercó a ella y solicitó a la enfermera que le inyectase más diazepam para que se relajara.

—Tengo que ir a la comisaría. —Las palabras salían de su boca cada vez más lentas y confusas—. Me han quitado a mis hijos…

La medicación comenzó a hacer efecto, los músculos se le fueron relajando, los párpados caían y, en pocos minutos, se sintió entregada a un nuevo sopor.

Unas horas después, Mía despertó de nuevo de su duermevela. Su madre acababa de llegar de Suiza. Le estaba acariciando las manos.

—Mía, cariño —le dio un beso en la frente—, tienes que ser fuerte. La policía está trabajando para encontrarlos. Vamos a mantener la esperanza.

Mía se incorporó despacio y se fundió entre los brazos de su madre. A pesar de que las lágrimas no dejaban de brotar, su mente no se rendía.

—Tengo que ir a buscar a los niños. Quítame la vía.

—Pero el doctor ha dicho que hay que esperar unas horas…

—No, mamá, tengo que ir ahora mismo a la policía.

—Voy a avisar a la enfermera.

En ese momento, el psiquiatra del hospital entró en el box. Era muy alto, tenía el pelo liso y oscuro y llevaba un bigote muy bien recortado. Su voz transmitía cercanía. Pidió a la madre de Mía que los dejase a solas.

—Como veo que está decidida a marcharse, le voy a pedir a la enfermera que le entregue la medicación. —El psiquiatra estrechó su mano con la de ella.

La madre entró de nuevo en el box y ayudó a Mía a vestirse y a prepararlo todo para irse. En una esquina estaban la maleta y la bolsa de viaje con los regalos de los niños.

—Vaya —se lamentó Mía cuando tomó el teléfono—, no puedo creerlo, estoy sin batería. Parece que los hados se han puesto en mi contra todos a la vez. Quería hablar con el detective que me acompañó en California. Avisa a papá de que salimos. Tenemos que alquilar un coche para ir a Tarragona.

—Le acabo de escribir, tomaremos un taxi. No vamos a Tarragona, sino a Tarrasa, está a unos veinte kilómetros de aquí.

—¿A Tarrasa? ¿Para qué?

—Como los dos desaparecidos son menores, el caso lo han trasladado a la central.

—¿Se ha puesto la alerta AMBER?

—Sí —respondió la madre con la voz entrecortada.

—Yo, volando tan tranquila, y mis niños… —Mía no pudo continuar, tampoco le salían las palabras, pero enseguida reaccionó. Tenía que salir cuanto antes del hospital.

Tras recibir el informe de alta y las recetas, madre e hija salieron al encuentro del taxi. Por las indicaciones que había enviado su padre, la Unidad Central de Personas Desaparecidas se encontraba en Egara, en el Vallés Occidental, edificio donde se ubicaban los servicios centrales de los Mossos d'Esquadra.

Durante el trayecto hacia la UCPD, Mía fue cargando el móvil en uno de los enchufes del vehículo. Cuando tuvo una mínima carga, buscó el chat de Morgan Cole; pero no había nada. En ninguno de los mensajes que le había enviado aparecían los dos *ticks*.

El padre de Mía las esperaba en la calle, junto a la puerta de entrada a la UCPD.

—¡Papá! —gritó echándose en sus brazos.

—¡Lo siento! —sollozó el padre. Su rostro era la imagen de la desesperación—. No sé qué ha podido pasar. Los dejé en el colegio como cada día, había quedado con la profesora que pasaría antes a por ellos y…

Un agente se acercó a su encuentro y los invitó a seguirlo hasta el despacho del sargento de la UCPD, donde tocó con suavidad una puerta y una voz desde el interior les dijo que pasaran.

Mía y sus padres se sentaron en unas sillas frente a la mesa de despacho que ocupaba el sargento.

—¿Alguna noticia? —preguntó Mía entre sollozos.

El agente hizo un gesto de negación.

—Vamos a hacer todo lo posible para recuperar a sus hijos. Por favor, haga un resumen lo más detallado posible de

lo ocurrido desde el día que desapareció su marido.

Mía repitió lo mismo que había declarado ante el inspector de los Mossos d'Esquadra de Tarragona. Primero dio sus datos personales, profesionales, propiedades y residencias. Le relató el descubrimiento de sus falsos tíos, cómo había averiguado su identidad real y conocido a los Harper y a Beatrice, la antigua novia de Adam. Las conversaciones que habían mantenido, las confesiones respecto a su implicación en la huida de John Harper.

—He revisado el caso de su marido y la atención que ha dedicado el inspector de Tarragona, pero la realidad es que una persona mayor de edad, si no está vinculada a ningún delito criminal, no puede ser investigada. Piense que el noventa y ocho por ciento o más de las desapariciones son voluntarias y, ante una persona en sus plenas facultades, mayor de edad, no se puede hacer mucho. Cualquiera es libre de desaparecer de su entorno, abandonar a la familia, el trabajo, las posesiones. Otra cosa son los menores, ahí sí que podemos actuar. Le confirmo que, desde que su padre puso la denuncia en la comisaría de Tarragona, se puso en marcha la alerta AMBER.

Mía hacía un esfuerzo por mantener la compostura ante el sargento, máxima autoridad de la UCPD. Con una mirada carente de esperanza, preguntó:

—¿Qué han hecho hasta ahora y qué pretenden hacer?

—De momento se han requisado las grabaciones de todas las carreteras, autovías y autopistas alrededor de la escuela de Cambrils. También la estación de autobuses, Renfe y el aeropuerto de Reus. Cuando desaparece un niño, cada minuto cuenta. Desde el momento que hemos tenido conocimiento, hay un equipo realizando un análisis exhaustivo en el colegio. Lo primero es confirmar que quien fue a buscar a sus hijos es su marido.

—Entiendo que no han encontrado nada.

—En efecto. De momento, nada.

—¿Por qué han trasladado el expediente aquí? Llevo meses en conversaciones con el inspector de Tarragona y él está al corriente de toda nuestra vida. Me parece una pérdida de tiempo volver a empezar.

—Esta unidad, la UCPD, revisa a diario las bases de datos de desapariciones de las zonas territoriales. En la mayoría de las ocasiones, son desapariciones sin más, como le he dicho, voluntarias, pero cuando salta una alarma de un menor o hay un indicio criminal, el asunto se convierte en prioritario. Es entonces cuando solicitamos el traslado del expediente. Pero, bueno, no tenemos tiempo que perder, procedamos con los interrogatorios.

»Dígame, señor Domuiño, ¿qué ocurrió durante el día de ayer? Intente ser lo más preciso posible.

El padre de Mía carraspeó y echó una mirada rápida a su mujer y a su hija. Se le notaba incómodo.

—La chica de servicio despertó a los niños a la hora de siempre. Cuando bajaron, ya uniformados y con la mochila preparada, yo estaba desayunando y leyendo las noticias. La chica les sirvió el desayuno y entonces llamó Mía; estaba en el aeropuerto a punto de embarcar. ¡Maldito hijo de puta! Nunca hubiese creído esto de él. Nos la ha pegado pero que muy bien. Ya verá cuando pille a ese malnacido.

—Continúe. —El sargento se frotó los ojos.

—Cuando acabaron de desayunar y colgaron la llamada, los llevé como cada mañana a la escuela. Pedí hablar con la directora, es una escuela pequeña, así que le dije que pasaría a por ellos a las dos, ya que su madre aterrizaría a media tarde en el aeropuerto de Barcelona.

El hombre se detuvo, le flaqueaba la voz.

—A las dos en punto, llegué a la escuela. Imagine cómo me quedé cuando la directora me dijo que se había adelantado el padre de los niños. Le pregunté cómo sabía que era él. La directora estaba al corriente de que Adam había desaparecido antes de que ingresaran en el colegio y estaban inscritos con

el apellido materno. La directora me confirmó que le había pedido la documentación, y que todo estaba en regla y era su padre. Además, los niños, cuando lo vieron, corrieron emocionados a sus brazos mientras gritaban «Papá, papá».

—Así que dejó que se fueran.

—Eso es. Cuando llegué, hacía rato que se habían marchado.

—¿Y qué alegó para sacarlos fuera del horario escolar? —insistió el sargento.

—Lo mismo que le había planteado yo: su madre aterrizaba en unas horas en el aeropuerto de Barcelona e iban a recibirla.

Mía empezó a temblar. Su madre insistió en que tomase una pastilla. Temió que entrase en otro ataque de pánico.

—¡Fueron ellos, sus padres! Si no, ¿cómo sabía Adam cuándo iba a llegar? —gritó, desesperada.

—Los señores Harper, entiendo —dijo el sargento—. El inspector de Tarragona me ha pasado el mensaje que le escribió antes de partir hacia aquí.

Mía se tomó unos minutos hasta que se relajó y el pulso retornó a una velocidad normal. Acababa de relatarle paso por paso todo lo acontecido en California, desde su encuentro con Morgan Cole en San Francisco, su visita a la Universidad de Stanford, su encuentro con la familia de Adam en Rolling Hills, su reunión con Beatrice, su implicación en la huida de Adam y su advertencia de que tuviese cuidado para evitar que actuasen contra ella misma si hablaba de los Harper.

—No debí enviar el mensaje al inspector, me pudo la impulsividad, pero estaba tan enfadada que le envié el correo para ponerlo al corriente de todo. Seguro que los Harper tienen acceso a mi teléfono y se enteraron de que había estado con Beatrice, que había retrasado mi viaje. Hablen con la policía de California, que vaya a interrogar a los Harper.

El agente empleó un tono tranquilizador.

—El dispositivo lleva horas en marcha, agentes del FBI se han personado en la casa.

—¿Y qué han dicho?

—Lo han negado todo, a excepción de que usted fue a visitarlos acompañada de un detective. Han negado su versión de los hechos: que su marido fuese su hijo y estuviese vivo y huyendo.

—¡Qué sinvergüenzas! Hay que localizar a Morgan Cole, quizá grabó las conversaciones. ¿Y Beatrice?, la antigua novia de mi marido.

—También lo ha negado. Ha reconocido que fue a su despacho a visitarla con un detective, ha confirmado que les dijo que su novio, John Harper, falleció la noche del accidente.

—¡Qué cobardes! Les juro que todo lo que les he contado es verdad. El problema es que si lo reconocen tendrán que enfrentarse a la justicia, los tres son cómplices de la huida y el cambio de identidad de John Harper. ¿Y la jefa de administración de la universidad? Morgan Cole y yo estuvimos horas con ella mirando anuarios hasta que dimos con John Harper.

—Aunque no lo crea, se han realizado gran cantidad de interrogatorios durante las horas que ha permanecido en el hospital. Agentes del FBI han estado en Stanford, en su correo estaba escrito el nombre de la encargada de la administración.

—¿Y? —Mía lo interrumpió atragantada.

—La encargada confirmó su visita y que les había mostrado los anuarios, pero tampoco podía aportar nada. Hay algo que no les he contado y es de suma gravedad —anunció el sargento.

Mía se llevó las manos al pecho. Comenzó a respirar con dificultad.

El sargento habló por el interfono y solicitó un vaso de agua. Los padres se volcaron en su hija, intentaban

tranquilizarla.

La tensión en la sala era insoportable. Mía tragó saliva.

—El FBI ha interrogado al padre de la chica fallecida. A raíz de las declaraciones de unos y otros, el juez ha ordenado que se reabra el caso de urgencia y se ha desclasificado la información sobre la autopsia de Sarah Lane.

A Mía le volvieron a la cabeza las palabras de Noah sobre su nueva hipótesis. La aterró lo que estaba a punto de escuchar.

—El informe del forense —continuó el sargento— confirma que Sarah Lane no murió en el acto. Los resultados de la autopsia que se le realizó al día siguiente del accidente indican que debió estar más de una hora agonizando.

—¿Cómo no se tuvo en cuenta este hecho en la investigación que solicitó su padre? —intervino el padre de Mía.

—El cuerpo del acompañante, John Harper, estaba carbonizado, por lo que en aquel momento se dio por hecho que no le fue posible darle auxilio. Pero en el supuesto de que John Harper sea realmente Adam Jones, entonces…

Mía sollozó al fin.

—Los Harper me mintieron. Beatrice me mintió. Ella misma estuvo en el lugar del accidente, tuvo que ver que la chica estaba viva.

—No es que yo quiera defender a los Harper ni a la novia —la interrumpió el sargento—, pero cabe la posibilidad de que John Harper tardase tiempo en avisarlos. Tiempo en el que no ofreció el auxilio que requería la chica, o que él mismo, en el estado que se encontrase, quizá estuviese un rato inconsciente y llegara hasta donde estaba ella cuando era demasiado tarde.

—¿Cómo se ocultó esta información a la prensa? Estuve en la hemeroteca y no leí nada al respecto. Hablé con un agente federal que se había estado informando y tampoco lo mencionó —gritó Mía, descompuesta.

—Es una información que solo concierne a la familia; a su padre me consta que se le informó. Aparece su firma en la notificación de la autopsia.

—Ahora entiendo por qué el padre de la chica busca a mi marido sin descanso. Pero, sargento, lo que no entiendo es cómo Adam, o John Harper, en esta situación tan delicada, se arriesga a volver a buscar a sus hijos. Escapar con unos niños pequeños tiene que ser muy difícil. Hubiese sido más fácil la noche de la tormenta, en medio del caos…

—Quizá solo quiera pasar un rato con ellos —dijo el sargento frunciendo el ceño.

—Prométame que va a encontrar a mis hijos.

—Le prometo que estamos haciendo y vamos a hacer todo lo posible para encontrarlos. La noticia ha inundado todos los medios. La prensa, la radio y la televisión mundial han empezado a difundir la noticia; los Harper se encuentran en el centro del huracán. El padre de Sarah Lane, la chica fallecida, está reclamando de nuevo que se haga justicia y se investigue lo acontecido en el fatal accidente. Por tanto, John Harper o Adam Jones lo va a tener difícil para mantenerse oculto con dos niños pequeños.

Aun con todo, Mía estaba convencida de que no había solución, nunca encontrarían a sus hijos. Pensar en que no habían pasado ni veinticuatro horas desde que había hablado con ellos y lo felices e impacientes que se encontraban por su regreso. Los juguetes y ropitas que llevaba para ellos en la maleta. En su desesperación, se preguntó si estarían felices de estar con Adam, si les habría contado que iban a ir a buscarla para darle una sorpresa.

El sargento prosiguió con la investigación mientras los interrogaba. Hacía y recibía constantes llamadas tanto de la policía española como de la americana. No se estaban escatimando los recursos.

Mía estaba impaciente por abandonar la UCPD y dirigirse a Cambrils a buscar a los niños por el resort, por las calles,

encontrar alguna señal de que hubiesen pasado por la casa.

—Volviendo con usted —el sargento se dirigió al padre de Mía—, ¿ha echado algo en falta entre los enseres de los niños?

—No he tenido tiempo de mirar nada, del colegio fui corriendo a la comisaría.

—Ha comentado que en la casa trabaja con ustedes una chica de servicio. ¿Ha hablado con ella?

—Lo cierto es que lo intenté, pero no me respondió al teléfono. Con todos estos acontecimientos, me olvidé de ella.

—Llámenla. Vamos a preguntarle si falta algo de los chicos.

Mía había recargado la batería del suyo y le envió un mensaje.

El padre giró el teléfono para que todos escucharan lo que decía: «El número que ha marcado no existe». El desconcierto se dibujó en los rostros de quienes estaban en el despacho.

—Marque otra vez —ordenó el sargento.

Así lo hizo, con la mano temblorosa; tecleó número tras número, todos lo observaban.

«El número que ha marcado no existe».

—No lo entiendo. Si la llamé esta mañana... ¿Habrá cambiado de móvil?

El sargento suspiró.

—No, no es eso.

—¿Entonces? —exclamó la madre. Nadie acertaba a atar los cabos hasta que lo hizo la propia Mía en un susurro.

—¡No puedo creerlo! —dijo.

—¿Qué es, Mía? ¿A qué te refieres? —preguntó la madre.

—Habla, hija —dijo el padre.

Mía era incapaz de levantar la mirada. Una sensación de repugnancia le recorría el cuerpo.

—La chica también estaba metida en esto.

Pensar que había convivido con una persona que estaba a las órdenes de Adam la dejó sin aliento. No pudo evitar

pensar en lo listo que había sido. Como bien había puntualizado el señor Harper, su hijo nunca dejaba cabos sueltos. Con un topo en la casa, había tenido acceso a toda la información, a seguirle todos los pasos. Adam siempre había tenido la información al instante. Por eso sabía cuándo llegaba y probablemente estaba al tanto de todas las conversaciones con su padre sobre sus investigaciones en California.

—Lo que no entiendo —volvió a intervenir el padre de Mía — es por qué no se llevó a los niños antes y esperó a que regresases.

—Tras mi segunda visita a casa de los Harper, el chofer me dejó en el aeropuerto de Los Ángeles. Llamé al detective Cole y le pedí que regresase para intentar entrevistarnos con Beatrice, la antigua novia. Hay algo que no os he contado —dijo Mía—. La noche anterior a mi segunda visita a casa de los Harper, me desperté con una sensación extraña en la habitación del hotel de San Francisco. Las sábanas y mi cuerpo olían al perfume que usaba Adam. Al principio pensé que eran imaginaciones mías, pero ahora estoy segura de que Adam estaba en California y que aquella noche estuvo en mi habitación en el hotel. ¿No os dais cuenta? —Lanzó una mirada a sus padres—. Adam lo sabía todo. Acordaos; siempre lo tachabais de ser demasiado controlador. ¿Cómo iba a pasar por alto algo que le concernía tanto? Yo creo que se enteró que el señor Cole y yo nos reunimos con Beatrice y esto le hizo tomar un avión de vuelta a España. A saber qué le diría ella, cómo se sentiría él al saber que yo me había enterado de todo.

—Esto que cuenta es interesante —intervino el sargento—. Voy a comprobarlo.

El sargento tomó el interfono y solicitó que se comprobasen todos los viajes desde San Francisco y desde Los Ángeles a Barcelona en los últimos tres días. Se abriría una nueva línea de investigación por si Adam había cambiado

de identidad otra vez. Esto llevaría horas, había que ponerse en contacto con los pasajeros masculinos.

La madre de Mía, que había permanecido todo el rato en silencio, se dirigió al sargento:

—¿Qué van a hacer ahora? Si, como ha dicho, no hay rastro de Adam ni de los niños por tierra, mar y aire, ¿qué nos queda?

Mía permaneció absorta mientras hablaba el sargento.

—Desde hace horas controlamos los accesos a las vías principales —dijo el policía—, pero es verdad que pueden haber tomado carreteras secundarias.

Un frío fue invadiendo el pecho de Mia; la congelaba por dentro a medida que caía en la cuenta de algo. Ya no escuchaba al sargento, que añadía:

—También existe la posibilidad de que se hayan ocultado en alguna masía perdida. Investigar eso nos va a llevar más tiempo.

—Hay una tercera posibilidad —dijo Mía.

Apenas se escuchaba su voz. Tenía la mirada clavada en la pared, en el vacío.

—¿De qué hablas, cariño? —dijo la madre, preocupada.

—Mía, ¿estás bien? —dijo el padre—. Te has puesto muy pálida.

Solo el sargento había comprendido a qué se refería.

El color había abandonado los labios de Mía, y hasta la vida parecía haber escapado de aquellos ojos fijos en el abismo.

—Puede que los tres estén muertos.

—¿Qué dices, hija?

El sargento procuraba calmarla.

—Vamos a intentar no pensar en eso ahora.

Mía se puso en pie.

—Hay padres o madres que prefieren matar a sus hijos y suicidarse antes que dárselos a su pareja. ¿Es verdad o no es

verdad, sargento? ¿No pasa eso muchas veces? Hay que darse prisa. Puede que Adam esté planeando algo así.

La madre gimoteaba por lo bajo. Mía agarró su mano.

—No llores, mamá, estoy segura de que todavía estamos a tiempo. ¿Me oyes? No llores. Lo voy a solucionar. ¿No lo soluciono siempre todo? —dijo, mientras ella también lloraba.

El sargento observó algo en la expresión de Mia; algo que había visto en ocasiones anteriores, siempre que ocurría alguna de aquellas desgracias: la determinación ciega, inquebrantable, de quien está dispuesta a hacer lo que sea por salvar a sus hijos.

—Mi marido —dijo Mía al sargento— tiene un barco velero atracado en el puerto de Cambrils.

CAPÍTULO XXVIII

Se notaba la falta de turistas que habían finalizado las vacaciones; el centro de Cambrils estaba poco concurrido.

El velero de Adam no se encontraba en el amarre del puerto. Los policías que habían acompañado a Mía y a sus padres se dedicaron a preguntar aquí y allá, repartidos por el pueblo.

A Mía le temblaban las manos mientras llamaba al sargento, que ya había sido informado por sus hombres.

—Puede que su marido pasase con los niños por la casa a por algo y que alguien los haya visto. O que estén en su casa, incluso. Dos de mis hombres estuvieron por allí, pero no pueden entrar sin una orden judicial. A usted le va a ser más fácil.

—Voy —dijo Mía—. Voy al resort.

Derrotados de tantos fracasos, Mía y sus padres se dirigieron a la casa, esa que siempre los recibía tan acogedora y que, sin embargo, en ese momento los recibió vacía. Sin Adam y los niños, el ambiente resultaba viciado.

Era difícil soportar tanto dolor, los padres se empezaron a desmoronar, pero Mía no podía detenerse y los impulsó a continuar.

En el hotel preguntaron a cuantos vieron —camareros, asistentas, conserjes, administrativos, personal del pequeño supermercado—, pero la respuesta también fue negativa.

Lo único que calmaba a Mía era saber que la policía los buscaba sin descanso. De vuelta a la casa, su padre se encargó de guardar en el garaje la bolsa con los regalos de los niños; Mía se echaba a llorar cada vez que la veía.

Mía llamó a la agencia de colocación que le había proporcionado la chica de servicio para que le diesen información sobre dónde vivía o si tenía registrado otro teléfono. Pero por protección de datos no pudieron darle la información.

—Voy a informar a la policía para que pasen por su oficina —replicó Mía.

La madre se puso a preparar la cena. Esperaban la llegada de Emma y Noah en un par de horas.

Mía se sentó en el sofá que tantas veces había compartido con Adam. Su mente estaba dispersa, le impedía pensar con claridad. No dejaba de preguntarse por qué su marido le infligía aquel dolor infinito. Los niños eran su vida, siempre había creído que el amor de su marido había sido sincero; quizá era de lo único de lo que estaba segura respecto a él. Una llamada desde el otro lado del océano la sacó de golpe de sus pensamientos.

—Señor Cole, ¿dónde estaba? Llevo dos días llamándolo.

—Acabo de encender el móvil y he visto sus llamadas. He estado hospitalizado y con el teléfono inoperativo.

—¿Hospitalizado? ¿Qué le ha pasado?

—Un accidente de coche; sin mucha importancia, por suerte.

Mía temía preguntar.

—¿Cómo fue?

—Fallaron los frenos y choqué con otro coche al cruzar una rotonda. Mía, ¿está usted bien?

Mía apenas era capaz de responder y él insistió:

—Señora, acababa de salir del taller con el coche. Ya sabe, la revisión ordinaria. Acababa de salir del taller con el coche y fallaron los frenos. ¿Comprende lo que quiero decir?

Ella trataba de hablar, pero era incapaz.

—Mía, tenga mucho cuidado.

La voz de ella se ahogaba en sí misma.

—Señor Cole, siento haberle complicado la vida.

—Gajes del oficio, señora. ¿Ha pasado algo? La noto alterada.

—Adam se ha llevado a los niños.

—¿Qué dice la policía? ¿Les ha contado lo de la identidad real de su marido?

—Sí —respondió Mía—. Desde entonces estoy sin parar, de aquí para allá, pero nada.

—Lo siento, Mía, no sé qué decirle.

—Hay algo que no me puedo quitar de la cabeza.

—Cuénteme.

—Nada más llegar a Cambrils, mis padres y yo hemos ido al puerto con la policía. El velero de Adam no estaba atracado en su amarre. Solo de contarlo se me revuelve el estómago. —Mía escuchó el ruido de un motor acercándose—. Ahora lo tengo que dejar, señor Cole, aquellos amigos de los que le hablé están llegando a la casa.

—Me tranquiliza saber que está bien acompañada. En los momentos difíciles se necesita a la familia y a los amigos. Cuídese y, por favor, manténgame informado. No dude en avisarme si necesita mi ayuda.

Emma y Noah entraron en la casa. Mía se levantó y se echó en los brazos de sus amigos. Un círculo de amor, dolor y desesperación envolvió a los cinco.

Unas nubes oscuras ocultaron la luna y comenzó a llover. La luz de la casa se fue y quedaron a merced de las brasas de la chimenea.

Mía se encontró de nuevo inmersa en aquella tarde tormentosa de agosto, cuando esperaba el regreso de su marido y sus hijos. Aquella tarde en la que los vio a los tres juntos por última vez. En ese momento, arropada entre los brazos de sus padres y sus amigos, echó de menos al hombre que conoció en Londres, el que había sido su marido, no al desconocido que había surgido a raíz de la tormenta.

—Adam no me conoce tan bien como cree —dijo secándose las lágrimas.

—¿A qué te refieres, hija? —preguntó la madre.

—Debe pensar que me voy a morir en vida, en una agonía constante, sin esperanzas ni ánimo para seguir adelante. Pero yo no me voy a rendir —añadió Mía—. Cada instante que me quede de vida lo dedicaré a buscar a mis hijos.

Noah la agarró de las manos con cariño.

—Eso está bien.

La llamada del sargento de la UCPD sonó como un golpe en el cristal.

—Los helicópteros han divisado un barco mar adentro —dijo el sargento—. En unos minutos vamos a saber si se trata de ellos, la embarcación coincide *a priori* con la descripción que usted nos dio.

—Ahora mismo voy al puerto —dijo Mía.

—No, quédese en casa. Yo la aviso cuando tenga noticias.

Mía no podía esperar a que el sargento la avisase y los apremió a ponerse en marcha.

Al pasar junto a la cocina, se detuvo. Acababa de recordar el mensaje que le había dejado a Adam en la cajita secreta que guardaban en uno de los cajones bajo la encimera. Acudió al cajón, sobresaltada, temblando. Lo abrió de golpe. Abrió la caja. En la cajita no estaba el mensaje que ella le había escrito, sino un lápiz USB.

Adam había estado allí.

Estaban todos distraídos, poniéndose los abrigos, por lo que ninguno acertó a observar que Mía subía las escaleras.

Una vez arriba, en el despacho, Mía encendió el ordenador e introdujo la memoria USB en uno de los puertos laterales. El USB solo contenía un vídeo. Mía hizo doble clic en el archivo. El sistema tardó un instante en responder; luego se abrió la aplicación.

El rostro de Mía palideció. En la grabación se observaba el gabinete de la casa de Cologny, el lugar preferido de Adam, su santuario. Junto a la chimenea, sobre la alfombra, el cuerpo de Mía retozaba con el de Noah.

—Abajo preguntan por ti —dijo Noah a su espalda.

Mía lo observaba, los ojos llenos de miedo.

Noah adelantó un paso hacia el interior.

—¿Qué te pasa? Estás muy pálida.

Ella no respondía, él insistió.

—Parece que hayas visto al diablo.

—Eso mismo —dijo Mía al fin—. Te quiero enseñar una cosa, pero antes me tienes que jurar que no se lo vas a contar a nadie.

—Sí, claro.

—Dame tu palabra —insistió Mia.

—Tienes mi palabra.

—Acércate.

Mía hizo doble clic sobre el archivo. Esta vez, retiró la mirada de la pantalla, como si la grabación la hiriera.

—¡Qué cabrón! —dijo Noah.

—Baja la voz, que te pueden oír. No quiero que se sepa. ¿Te das cuenta, Noah?

—¿Qué Adam sabe lo que pasó entre nosotros? Para mí fue un momento mágico.

—No solo eso. No solo eso, Noah —dijo Mía.

Tuvo que sentarse en el sillón, le faltaban las fuerzas.

—Lo que pasó esa noche entre nosotros —añadió ella— me ha hecho perder a mis hijos.

—Mía no pienses…

Mía hundió su rostro entre sus manos.

—No los hubiese cambiado por nada en el mundo —continuó sin escucharlo. Ya no era capaz de ver nada ni oír nada.

—No te tortures —dijo él y la abrazó—. Seguro que es otra de sus tretas para tenerte bajo su control. Deja esta prueba para castigarte como si todavía fueras suya y te tuviese en sus manos.

—Me ha hecho perder a mis hijos —repitió ella, sorda, ciega.

—Se habría llevado a los niños de cualquier modo, en cualquier otro momento y con cualquier otra excusa, ¿no lo ves? El muy psicópata nunca renunciaría a ellos. Anda, vamos a bajar. Me voy a inventar una disculpa para justificar tu retraso.

—Ve tú primero, Noah, necesito estar un segundo a solas.

—Claro —dijo él.

Apretó su mano con ternura, se puso en pie y le dio un beso en la frente.

Nada más quedarse a solas, Mía no pudo evitar sentir una profunda repugnancia por todo lo que la rodeaba en la habitación; las estanterías estaban repletas con los libros de Adam, además de sus útiles de trabajo sobre la mesa. Se esforzaba por controlar sus piernas para recuperar las fuerzas; todavía temblaba.

Escuchó que sonaba su móvil en el piso de abajo y que su madre respondía.

—Sí, sí, nos hemos quedado aquí. Está saliendo en la televisión. Sí, por favor, avísenos cuando sepa algo.

Mía bajó las escaleras a toda prisa.

Sentados alrededor de la mesa del comedor estaban sus padres, Emma y Noah, frente a la televisión. El reportero hablaba de la desaparición de los niños mientras por detrás se oía el sonido de helicópteros que sobrevolaban el mar en busca de la embarcación.

—Toma algo, Mía, tienes muy mala cara.

Su madre le sirvió una tisana y le ofreció unas rebanadas recién tostadas.

—No tengo hambre —dijo Mía contemplando la tele.

Tanto sus padres como sus amigos le insistieron en que intentase hablar con los Harper, quizá ellos podían mediar con su hijo. Eran los abuelos de los chicos y habían mostrado un gran afecto por ellos. Mía observaba la televisión, parecía que viera el final trepidante de una película americana.

Los rostros de todos, sombríos y alargados, retransmitían la tormenta; una tormenta que había comenzado una tarde de agosto y que parecía no alejarse nunca.

CAPÍTULO XXIX

En la línea que delimita el mar con el horizonte, se divisó un barco. Se trataba de un velero de unos quince metros de eslora. Las televisiones retransmitían el hallazgo mientras las velas se elevaban majestuosas a merced del viento. De uno de los helicópteros que sobrevolaban la zona se descolgaron dos policías para investigar la nave.

El sargento responsable de la UCPD de Egara, Tarrasa, tecleó rápido en el móvil. Al otro lado de la línea le respondió una voz quebrada entre ahogos y suspiros.

Cuando la comunicación se cerró, Mía se cubrió el rostro con las manos. Sus padres la envolvieron entre sus brazos. El llanto de los unos se sumó al de los otros. Había demasiado dolor en el ambiente.

Las palabras del sargento retumbaban en las cabezas de los cinco; todos habían escuchado la conversación a través del altavoz del móvil de Mía: «Siento comunicarle que en la embarcación no se ha encontrado a nadie, aunque se presume que sus hijos han estado allí. Están las mochilas del colegio y restos de comida infantil. Vamos a analizar las huellas dactilares y los restos, para comprobar el material genético».

—¿Dónde cree que están?

El sargento se tomó unos segundos antes de contestar.

—Es difícil plantear las diferentes hipótesis. Mejor esperaremos a que me faciliten los resultados de los análisis.

—No me haga suplicarle. Dígame sin rodeos qué posibilidades se barajan.

—Puede que alguien haya pasado a por ellos. Se está investigando la posibilidad.

—¿O?

—Es posible que los tres hayan muerto.

—Es decir, que mi marido haya matado a los niños y luego se haya quitado la vida.

—Es otra posibilidad que barajamos, en la que será difícil trabajar. El agua es profunda en esta zona y el barco está a bastantes millas de la costa.

El móvil se deslizó entre los dedos de Mía. La pantalla se hizo añicos a la vez que su consciencia viajaba hacia otro lugar. Sus ojos no fijaban la vista, su pulso apenas latía, le hablaban y solo oía sonidos en la lejanía. Quería gritar, pero no le salía la voz. Solo le volvían las palabras del sargento y la imagen del barco en el que tantas veces había navegado. Podía ver las mochilas de los niños sobre los asientos, los restos de galletas sobre la mesa de madera.

Luego llegó el silencio. Invadió la casa hasta que el sonido de la lluvia, acompañado de relámpagos y truenos, chocó contra las ventanas.

EPÍLOGO

Los medios de comunicación transmitieron la noticia a nivel mundial: una semana después de encontrar el velero donde habían embarcado John Harper y sus hijos, la comisaría de los Mossos d'Esquadra de Tarragona recibió una llamada telefónica. Se trataba de un turista de origen alemán denunciando el hallazgo de una bolsa de plástico, en la orilla de la playa. Contenía los restos de un cuerpo humano. Según el relato y la descripción ofrecida por el inspector de los Mossos, la noticia insinuaba que se trataba del cuerpo de una niña.

Las Arenas, 27 de junio de 2023

Tu reseña en Amazon es una forma sencilla pero poderosa de apoyar a los escritores y contribuir a que más personas descubran y disfruten de nuestros libros.

¡No dudes en compartir tu experiencia y ayudarnos a difundir el placer de la lectura!

Puedes hacerlo desde mi página de autor en Amazon

https://www.amazon.es/stores/Cristina-Gumuzio



Por último, si has encontrado alguna errata en el libro, te pido disculpas y agradecería mucho que me la indicaras a través de hola@cristinagumuzio.es para poder corregirla.

Muchas gracias por tu apoyo.